

Roberto Blanco Moheno

**UN SON QUE CANTA
EN EL RÍO**

EDITORIAL DIANA

Para Ángel Zumárraga, fraternalmente.

LA CHINGADA

—¡BOGANDO, con una chingada!

Llegábamos a La Trocha. El Julián, el Arturo y el José María flojeaban con los remos, mientras el Enrique apenas si apretaba el canaleta. Yo iba, acurrucado a proa, escogiendo los mejores pescados para la casa del gachupín. Y el Tío Tamarindo, sentado en la popa, acababa de soltar la voz a través de la boca chimuela, amargada por años y años de chupar la fuma de tabaco traída de San Andrés:

—¡Bogando, bogando, con una chingada!

Ahora, en esta gran ciudad de México, respingo cuando oigo a un chilango soltar la palabrota. Me suena a bofetada ¡y no caigo en la cuenta de que yo la empleo de continuo, con la misma naturalidad que el Tío! Pero entonces, en el pueblo de mi despertar a la vida, ¿cómo extrañarme? El Tío Je había llegado un día a la Oficina de Correos con la sonrisa abriéndole en dos la cara apergaminada:

—¡Estreno papeles!

Y cuando la encargada le dijo que no podía aceptar aquel sobre tan elegantemente impreso "Rancho de La Chingada", ¡el lío que armó el viejo!

—¿Y ora qué tiene eso de malo, con una chingada?

Nunca pudo entender las razones de doña Loreto. En otros lugares eso era una mala palabra, una horrible palabra, un pecado.

—¿Y ora por qué, doña Loro, si así se llama mi ranchito?

—Pero es que aquí, como ustedes son unos salvajes, sueltan todas las blasfemias habidas y por haber sin darse cuenta. ¿Pero y allá "arriba"? ¡Capaz que pierdo el empleo!

—¡ Uy, pos eso sí que está de la chingada!

Y ahora, en este atardecer espléndido, mientras voy escogiendo pescados gordos la palabra me sabe a gloria. Es que la voz del Tío Tamarindo, tan chimuela, me anuncia la proximidad del puerto. Soy de nuevo un chiquillo de seis años, montado en la memoria. Y tengo hambre. Y allá donde las lucecitas están baila que baila en el agua del río, ya estará listo el café con panela, y el chamuco, y los frijoles refritos, y los bollos... vaya, ¡ una cena de la chingada de buena!

Los muchachos hijos del Tío Tamarindo no contestan. Viene urgiéndolos por la llegada desde lejos, desde la mar, antes del triple brinco que da la embarcación al entrar en la barra, cogiendo la contra del río nuestro padre. El viejo, siempre tan calmado, trae una chispa rara en los ojos y muerde la fuma con una especie de rabia que le hace escupir los pedazos renegridos del tabaco: —¡Bogando, bogando!

Pero sus hijos se empeñan en no contestarle. El Enrique voltea a verlo y se ríe con la mitad de la boca. El viejo se engalla:

—¡Quiubo!

Y el Enrique se pone a cantar:

"... te vas al lado, flor de durazno,
te vas al lado de un militar..."

—Con una chingada, ¿no vamos a llegar nunca?

A veces pienso, ahora, que el poblado debiera llamarse, concretamente, Puerto de la Chingada. ¿Por qué no? Esta palabra es mágica y es el remate de un esperanto jarocho

que me aprendí de niño. En el changarro se juntan los pescadores ya anocheciendo. Juan sirve los jobos, o los nanches, en vasos gruesos y pregunta:

—¿Qué te parece?

Cualquiera de los parroquianos se lleva el vaso a la boca, saborea el menjurje, aplaza el juicio. Y Juan, inquieto:

—¿Cómo está?

—¡De la chingada, pariente!

—¿Verdá?

Eso quiere decir que el licor está muy bueno.

Pero el gachupín está de fierro malo una tarde. Ha habido arribazón de sierra y el pescado revienta en las canoas. Los pescadores traen un miedo de todos los diablos:

—¡Porquería! Demasiado, primo, demasiado...

Claro; hay mucho pescado y por eso el gachupín lo paga mal. Se juntan otra vez en el changarro, ¡siempre en el changarro!, y uno de los Huecas, del otra lado del río, se acerca al Tío Tamarindo:

—¿Quiubo de la liquidación?

—¡De la chingada!

Eso quiere decir que el negocio ha sido malo.

Pasa una muchacha recién bañada, con los pechos haciendo remolinos en el aire flojo de la siesta:

—¿Cómo la ves?

—¡De la chingada!

Lo que quiere decir que la muchacha es guapa.

Pasa doña Loreto, la del Correo, luchando con la arena de las calles para llegar a tiempo al rosario. Es flaca, fea y, naturalmente, virgen.

—¡Qué te parece?

—¡De la chingada!

Lo que quiere decir que doña Loreto está más fea y más flaca a cada día y que se morirá virgen, sin remedio.

Pero ya el sol se echó un clavado desde los picos de la sierra lejana. El agua del río se platea, se hace azul luego, gris más tarde. Los remos flojean de nuevo:

—¡Bogando, bogando!

Mañana sábado nos vamos todos al pueblo de los apretados, río arriba. Se jugará un partido de béisbol cuyos resultados son de tal manera trascendentales que el insomnio va a patrullar el pueblo hoy por la noche. No es que la pelota sea tan importante, pero es que el que pierda, ¡ con una chingada! ...

Voy trotando tras el Tío Tamarindo, en medio de una atmósfera pegajosa y ahuyentando, a manotazos, las bolas de comején. El viejo va adelante con su tranco tardado rumbo al changarro de Juan. ¡ Vamos, los dos, a pescar la media borrachera de todas las noches! Entrando recibe el viejo su vaso de jobo y yo, a mi vez, en un pedazo de papel impreso, cinco, seis de las frutas que han servido para darle sabor al aguardiente. Los dos nos hemos de poner, prontito, a medios chiles. ¡ Y aún puede ser que yo me emborrache una miajita más que el viejo!

Está la tertulia completa, porque es noche cerrada. El Cheloca se le arrima al viejo, como todas las noches:

—Digo, viejo, ¿me da el chupito?

—¡Con una chingada!

Pero le sirven su chupito al Cheloca. Y en cuanto que la ronda de aguardiente se repite, empieza la crónica:

—¿Cómo le fue á usted con el gachupín, mi Tío?

—Pos tú verás; a treinta, ¡todo parejo!

—¿Y así vamos a seguirle?

—Pos yo no sé. Mientras me quede chinchorro... después, ¡a la chingada!

Cheloca mira, desde el changarro, las luces de la gran casa, que señorea la ribera. Esa casa es la que manda en el puerto. El gachupín ha cerrado ya, porque son las nueve de la noche, la gran tienda donde vende todo a los pescadores, robándoles en la operación, y en el crédito, y robándoles luego, más aún, en la compra del pescado, cuyo precio maneja según tiene el hígado, lo han molestado los moscos, lo han "mordido" los empleados del Timbre... o le ha dado qué hacer Sofía, la hija única. Sofía se apodera, al mismo tiempo, de todas las mentes. Con mis seis años y mi media borrachera la veo espléndida, con una cabellera negra y abundosa, ¡y esas piernotas! Y la ve espléndida el Tío, que tiene más de setenta años, según cree. Y espléndida la ve el Cheloca, y la desea Juan, y la sueñan todos. ¡Sofía, la belleza del pueblo, la hija del rico del pueblo, odiada y adorada de todos!

El Tío aprieta las mandíbulas, viendo hacia la casona:

—Dónde le salga prieto el nieto ... ¡ a mano!

Es una historia que ha hecho las delicias de todos los porteños y que ha dejado en el viejo gachupín un color de ceniza y de bilis. Sofía es su amor, su gloria y su esperanza, porque quedó viudo hace años, tantos que yo no soñaba en venir a este mundo luminoso de Sotavento en el Veracruz de mis amores. Con ella, con la chiquilla de ojos de laguna, el gachupín se hacía gente, ¡se volvía hombre! ¡Cuántas veces no salvó a los pescadores en un momento malo de su señor padre!

—He dicho que a treinta, cono, ¡y nada más que a treinta! —gritaba el viejo acaparador una de las muchas veces en que el milagro ocurrió. El Tío Tamarindo terqueaba con el dejo amargo de la desesperanza:

—¡Ni pa' los remiendos de los chinchorros, don Nicanor, no amuele!

—A treinta... ¡ o al agua!

Y entonces aparecía Sofía entre los grandes costales de azúcar venidos de San Francisco Naranjal. Era una epifanía. Y en cuanto aquellos ojos miraban al viejo ladrón las cosas mejoraban notablemente, tanto más que el Tío, ladino, se le acercaba:

—¡La niña bonita, uy, la niña bonita y ojona!

El gachupín se derretía:

—Bueno, cono: déjalo a treinticinco... ¡ y fuera, fuera, que mi niña no es cholinche para estar viendo espantapájaros!

Tan era así, y tan repetido el milagro, que el Tío rondaba la casa mientras yo practicaba el espionaje:

—No se te olvide ... —Ni a usted tampoco, Tío.

—No se te olvide, mocoso: nomás la ves ... ¡ y chiflas!

Y en cuanto se me encogía el estómago ante la hermosa presencia, silbaba todo lo fuerte que podía. Entonces entraba el Tío como si tal cosa para empezar el regateo:

—¡Que a treinta, viejo!

—¡Échele un quinto, patrón!

Y luego los ojos luminosos se posaban en la cara cetrina del tendero:

—¡Otra vez me la pagas, viejo mañoso!

Pero Sofía pasó de los veinte años. ¡Y eso, en la ribera de nuestro padre el río, es apuntar a vieja! Y Sofía, tan dulce, tan linda, tan cercana y tan distante, empezó a defraudar las esperanzas del Tío. Una vez llegó lo malo, junto con el viento norte. Estaba trabado el viejo en el regateo con el patrón cuando aparecieron los ojos milagrosos. Y el viejo, dando un suspiro de alivio, se le acercó:

–¡ La niña bonita ...!

Pero la niña bonita dio un paso atrás, frunció las cejas, soltó fuego por los ojos laguneros:

–Papá, ¿por qué permites ... ?

El papá no entendió, de pronto. Pero luego tuvo una congestión que era a mitad y mitad de orgullo paternal y de alegría comercial:

–¡Fuera, fuera! A mi niña no le gusta la plebe. ¡ Conque ...!

El Tío entendía menos aún. Parpadeó, boquiabierto y reculó, pasmado. Luego, ante los gritos del gachupín, sonrió a lo tonto.

–¡Fuera! Por hoy, por sostener mi palabra, a treinta. Ya veremos mañana. ¡ Mañana me las pagas todas, viejo bribón!

Hubo junta en el changarro, naturalmente. Todos los patrones de lanchas pescadoras rabiaban contra Sofía y trataban de explicarse la transformación:

–Y ora, ¿qué le pasará? –preguntó el Cheloca, rascándose la cabeza de coco.

El Tío Tamarindo le tiró un sombrerazo:

–Cheloca: ya te he dicho, mil veces, que eres un pendejo con cascabeles. ¿No entiendes que está caliente?

Hubo un silencio gelatinoso. José María, el hijo del Tío, ladeó la risa:

–Pos si es esa toda la dificulta ...

–¡ Esa es toda, nomás, grandísimo bruto! –le respondió su padre–. ¡Crees que así como así se va a acostar contigo, o con el Cheloca, o con el mudo de las empanadas? ¿No están viendo todos que es una principa y que se cae de puro buena y presumida? De querer bajarle el calor, me apunto yo primero. ¡ Que puedo, me canso con todo y que me veas con esa cara, pendejo! Pero la cosa está en que ella quiera con alguien. ¿Y con quién ... ?

Era un problema grave, en verdad. Juan el changarrero, viendo que el consumo caía, trató de suavizar la cosas:

–Es un arrebato; un pronto, Tío. Ya se le pasará...

–¡Qué se le va a pasar! ¡Si ese fue el primero; de aquí en adelante ya no la aguanta nadie hasta que no sepa lo que es bueno!

Cheloca volvió a rascarse la cabeza:

–Será cosa de ir a ver a don Macario...

–A don Macario, tú lo has dicho, Cheloca.

Fueron hasta la Casa del Timbre, de dos pisos, ya cerca del parque. En la planta baja estaba la oficina. La familia del recaudador vivía arriba. Una muchacha fresca y linda abrió la puerta:

–¿Don Macario? –preguntó el Tío. Pero luego, viendo algo raro en la cara de la jovencita, se mosqueó–: ¿Y ora qué le pasa, Ángeles?

–Mi papá no está. Se fue desde la mañana a recaudar por los ranchos ... y mi mamá está mala ... ¡ya vamos a tener otro hermanito!

–Uy, uy, uy... Bueno, pos que todo salga al pelo. ¿Sirvo de algo?

–Gracias, Tío. Ya mandamos traer a doña Luz...

Regresó el grupo rumbo a la ribera. El Tío meditaba ante el silencio de los pescadores:

–Bueno: mañana, de todos modos, por el norte, no salimos a pescar. Se suspende todo y hijo-e-puta el que se raje. Hasta no hablar con don Macario y ver qué se resuelve, que estén tranquilos los animales. ¿ De acuerdo?

–De acuerdo, Tío –contestó su tropa.

EL PARTO

CAÍA, con áspera pereza, el chipi-chipi. Sobre el fango los pies de la muchacha buscaban el camino, ya en los andurriales del pueblo, rumbo al panteón. Era entonces el mundo todo tan chico, tan húmedo y frío, tan oscuro y raro, que la niña ensayaba, a pura angustia, acordarse de la primera infancia:

–Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Pero no respondió el coro de las viejas beatas, ni la voz caliente de aquel cura tan gordo que sudaba y sudaba. De lejos, de atrás de una larga pared blanca que hacía más negro el mundo todo, surgió un grito agudo y cobarde:

–¿Quién vive?

La muchacha sintió vómito y luego un temblor indomable le tronó las rodillas mientras un punto, horriblemente frío, le corría por la espalda, quebrándole la espina. Aguantó la respiración, porque notó que era un escándalo y empezó a moverse, huérfana a puro miedo y a puro frío, tratando de pegarse a una barda derruida por la que asomaban algunos deshechos floripondios. Pero la voz volvió a gritar, más aguda y más cobarde:

–¿Quién vive?

Y entonces ella habló:

–Soy yo ... Chabela ...

Y cayó en la cuenta de que era una pesadilla, de que todo tenía que ser una pesadilla, porque sólo en las noches malas, cuando soñaba las cosas feas, quería gritar, muerta de miedo, y como en ese momento, no le salía la voz, sino apenas un ronco susurro que acababa de horrorizarla. ¡Tenía que ser una pesadilla! ¿Cómo podía cambiar tanto el mundo, su mundo, si esa misma mañana el sol quemaba y el pueblo era un jolgorio? Pero una ráfaga de agua helada le trajo a la verdad: ¡el norte, el viento norte que todo lo transforma en horas, en minutos! Se untó a la barda, que era un montón de lodo y tuvo conciencia de que sus largos cabellos, demasiados lacios por lo mojados, se pegaban, se mezclaban con el adobe casi deshecho. Pensó, entonces, que quedaría sujeta así, para siempre. Pero no podía espantarse más. Y por fortuna, detrás de la gran pared –¿o arriba?– sonaban dos voces, una cobarde y aguda, la misma que había gritado; la otra ronca, regañona, majadera:

–¿Qué escándalo traes tú?

–Abajo, mi capitán, mero junto a la barda... –dijo la voz chillona.

Uno, dos segundos. Y al fin:

–¡ Es una mujer, baboso! Y creo que hasta es una niña... ¿Quién vive? –grito apenas a media voz, pero con tono cordial, el capitán. La niña sintió que la sangre volvía a correrle por el robusto cuerpo y pudo, entonces, soltar la dulce vocecita:

–Soy yo ... Chabela ...

–Espérate ai... –oyó que gritaba la misma voz viril. Y entonces se desprendió de la pared y quedó, erguidita, seriecita, temblorosa. Tendría doce años, aunque representara, por su grata corpulencia, quizá tres más. Llevaba apenas un vestidito gris y unas chanclas holgadas. Y tenía la cara demasiado fina para aquella noche y aquel rincón del mundo. Y sus pequeños senos temblaban como las pomarrosas estremecidas por el viento.

De un hoyo negro, alguna vez portón, salió el rudo taconeo del soldado. Y luego, en la penumbra, la niña pudo ver la figura de un oficial envuelto en la pelerina, metido en

grandes botas federicas lastimosamente empapadas. De la visera del kepi, abajito, brotaban dos fuegos. Y en el ritmo del paso había el pasado afán de disimular una cojera leve. Llegó a la muchacha, que retrocedió hasta la barda y luego, al reconocerla, hizo una mueca alegre:

–¿Qué andas haciendo a estas horas solita, niña?

Ella tardó en contestar. Porque aquellos dos o tres años más que aparentaba el cuerpo le habían dado calor, ¡y tenía enfrente a un macho uniformado! Y era la media noche. Y el mundo era negro, pequeño y misterioso. Pero al fin aclaró, con la voz llorosa:

–Mi mamá está mala. Voy a buscar a doña Luz, que vive al otro lado de los médanos.

El oficial pestañeó, molesto:

–¿Y por qué no va a buscarla tu papá?

–Mi papá se fue al monte, y desde temprano, a ranchar. Nomás estamos nosotras. Y mi mamá... está mala...

–Mala porque va a tener un niño, ¿verdad?

–Sí.

Dio media vuelta el soldado y otra vez soltó el chorro grueso de la voz:

–¡Jesús!

–Mándeme, mi capitán –contestó la voz aguda, ya tranquila.

–Prende un ocote y acompaña a esta niña a casa de doña Luz. ¡Y no te me presentes hasta que la dejes con bien en su casa!

–Sí, mi capitán.

La muchacha esperó. Pero ella deseaba compañía mejor. Luego, murmurando un "gracias" que ni sus oídos escucharon, echó a andar, o a trompicar, por la calleja que, pasada la mancha blanca de la pared, se iba de bruces médano abajo, rumbo al barrio de la comadrona. El soldado, haciendo fantasmas con la luz, la precedía.

* * *

–El riuma, con las aguas, me atormenta de a mucho. Y luego, ¿posque pasa usted a crer que me tiró la burra? Venía yo de arriba, que malnació allá un hijo de los Gutiérrez. Y dando la vuelta en la palmera quemada, ¡voy pa' abajo! Y me di en la mera pata del riuma, ¡posque pasa usted a crer! Ya ora con esta friega de chipi-chipi y con estas horas... si no viene usted, que es del gobierno, ¡me alevanto y no! Y luego pa' ayudar a parir a presumidas, es re difícil...

La vieja, tiritando, recogía las enaguas para salvarlas del lodo. Llevaba puesto un viejísimo sombrero de petate, todo deshilachado, mientras hablaba y hablaba, gangosa y enredada, mordisqueando un puro negro. El soldado, conservando prendido el ocote, ni contestaba ni miraba nada; y la niña, detrás de ellos, brincaba los charcos, sentía fiebre, tragaba lágrimas.

Porque desde temprano su madre se había puesto en un grito. Y todas las hermanas – los dos varones eran demasiado pequeños– habían enloquecido trabajando inútilmente, porque aunque daban vueltas y más vueltas, y hablaban hasta por los codos, nunca pudieron hacer nada a derechas. Solamente espiaban la vieja cama, coronada por dos grandes perillas de latón, donde la madre, gorda y rubia, por doceava vez sufría el tormento de parir.

Ángeles, un año mayor que Chabela, aunque más pequeña y fina de cuerpo, fue primero a buscar a la partera que anunciaba título de Jalapa. Pero no estaba en el pueblo. La madre maldijo y empezó a llamar a la Corte Celestial, toda completa, en su auxilio. Pujaba rezando mientras por la finísima cara corrían lágrimas. Y pasado el dolor, en los minutos de tregua, otra vez la rabia le mordía:

–¡Vida, vida mil veces maldita!

Reaccionaba luego, trémula de furia, hacia el grupo de niñas que se asomaba, atemorizado, a la puerta:

–¿Qué hacen ustedes ahí, estúpidas? ¡Lárguense en buena hora de aquí y déjenme morir a solas, a solas, en paz! –volvía el llanto a llenarle los ojos verdes y entonces, ante la cara muda de las mujercitas, se enternecía–: ¡Su madre se muere, hijas! ¡Recen por ella, anden, recen por ella!

Las muchachas cambiaban miradas a través de la neblina de las lágrimas. Y al mismo tiempo, sin que mediara indicación alguna, hincaron las rodillas en los mosaicos, juntaron las manos sobre los nacientes pechos, miraron por la puerta que daba al corredor el cielo sucio y murmuraron la misma plegaria:

–Virgencita buena: ¡salva a mi mamá, virgencita buena!

Pero la rabia del dolor torturante volvía a morder a la madre, que desgarraba una sábana y rechinaba los dientes:

–¡Y su padre estará borracho perdido! Borracho perdido igual que siempre, contando cuentos y tragando aguardiente. Y mientras tanto, su mujer se muere. ¡Ah, maldita vida, y maldita la hora en que lo conocí!

Luisa, la mayor, fina y linda, frunció el ceño al suspender el rezo. Agrió la voz, para gritar:

–¡No maldigas, mamá, ahora que vas a tener otro hijo!

La madre la miró, loca de rabia. Hizo un intento por brincar de la cama, pero el dolor –y el convencimiento del dolor– eran demasiado fuertes. Y entonces volvió a llorar, meneando tristemente la cabeza mientras miraba las vigas del techo.

–Defiende a tu padre, hija. Ya sé que ustedes lo quieren más que a mí. Más que a mí... ¡que a mí! –y se golpeaba, loca, los pechos hinchidos y dolientes–. A mí, que he vivido en los peores pueblos, arrastrando una vida espantosa... a mí ¡Virgen santa, a mí...!

Todo el día duró aquello. Y cuando cerró la noche y los dolores vinieron a cada cinco, cada cuatro minutos, las niñas sin consultar a la madre, se reunieron a cuchichear en la cocina:

–Hay que llamar a la otra vieja, porque si no, de veras se va a morir mi mamá –dijo Luisa, enérgica, siempre con el ceño fruncido, pero con la nariz tan fina y la boca tan delgada y tan pálidas las mejillas que el gesto amargo resultaba una delicia.

–Pero esa vieja ha de ser muy bruta –apuntó Ángeles.

–Y además no sabe ni leer. ¿Cómo va a saber atender a mi mamá? –gimió Chabela, físicamente la más grande de "las grandes", pero, en años, la más pequeña. Afuera, en el corredor mojado, con todo y el frío, los demás hermanos se acariciaban, se golpeaban, se reían... Virgen, la hermana mayor, apenas había participado en el drama. En un rincón de otro cuarto ensayaba peinados, gestos y miradas ante un espejo enmarcado en oro chillón. Y cuando, desesperadas, las hermanas le pedían su opinión, alzaba los hombros:

–Por eso no he de tener hijos yo ... de tonta ...

Algo había comido la muchachada a medio día. Ángeles, ligeramente encorvada –herencia del padre– con un lindo perfil de india y unos ojos negros muy grandes y muy dulces, pálida y reflexiva, había calentado frijoles, tortillas y café. Y los chiquillos, cachorros al fin, se pelearon alegremente por la comida. Después, la jovencita puso una olla de agua en la lumbre, por lo que pudiera ocurrir...

Como a las once de la noche, cuando los dolores fueron ya tan frecuentes que la madre pidió ayuda física a gritos, Luisa ordenó a Chabela, con el tono natural que siempre tuvo para mandar:

–Vete por doña Luz. Ni modo...

Chabela comprendió el horror de la búsqueda. Pero, ¿cómo decirle que no a Luisa, que siempre había mandado? Salió, pues, miedosa y afiebrada, sintiendo, sin embargo, el íntimo orgullo de ser útil.

* * *

Doña Luz se acercaba al anafre, se alzaba las enaguas, arrimaba las nalgas a la lumbre, meneándose como un perro. Luego, dando media vuelta, volvía a subirse la ropa, y continuaba su lamentación mientras la parturienta, muda ya por el dolor y el miedo, la miraba con odio:

—Yo, onque usted no me lo vaya a crer, soy de los Aguirre de Maltrata. No más que mi hombre me trajo pa acá, y ni modo. Y como luego se echó a la bebida cayó en la condenada rezadera, que nomás me lo train rezando y cantando el Salmo de las Veinticuatro pa arriba y pa abajo por los ranchos, pa luego ir a dejármelo tirado, como tasajo, y cuando más le dan una peseta que no le sirve ni pal aguardiente. ¡Así es que a trabajar y a trabajar! Ai me tiene usted, güerita, en días condenados como éste, con el frío y la tanta agua por esos caminos y esas veredas a puro buscar la vida. Con riuma y sin riuma, y a son de agua, a son de agua ...

Pasaron dos horas eternas que doña Luz empleó en contar sus penas, su lejana juventud en Maltrata, donde prosperaba vendiendo gordas de maíz a los pasajeros del Ferrocarril Mexicano. Y al filo de la una de la mañana, como las niñas, espantadas, hicieran rueda a la madre que tenía moradas las ojeras y un círculo cenizo alrededor de la boca, la vieja fue a la cocina y volvió con una gruesa reata. Encargó a las muchachas que la pasaran sobre una de las vigas del techo y luego trenzó, a medio metro del suelo, los dos cabos. Se volvió a la madre:

—Lo que pasa es que usted, como güera, está enviciada en parir encama. Por eso tarda tanto... ¡véngase nomás ...!

Nadie, ni la parturienta, se opuso. La vieja, fuerte a pesar de la reuma y de los muchos años, casi cargó a la enferma y la hizo caminar hasta el cabo de la reata, que colgaba:

—Hínquese usted, güerita, y abra las piernas. Y ustedes, niñas, como no se van a salir de aquí por más que yo se los diga, que las va a castigar Dios por estar viendo estas cosas, recen el Anima Sola...

Chabela rompió a llorar:

—¡No nos sabemos el Anima Sola, doña Luz!

—Pos empiecen conmigo y nomás vayan repitiendo mientras su mamá de ustedes puja pa ayudarse. A ver: Anima Sola ...

—Que en los espacios, y en los montes, y en los mares...

—Que en los espacios y...

El Anima Sola obró el milagro. Colgándose con ambas manos de la reata, rompiéndose las finísimas rodillas sobre los mosaicos helados y abriendo las piernas hasta desgarrarse, la madre volvió a ser madre ante el azoro terrible de sus hijas, que sentían el dolor en carne propia y que dejaron de ser verdaderamente vírgenes, aunque todavía ante la escena brutal, ante el chorro de sangre, trataron de voltear la cabeza hacia afuera, hacia el cielo sucio que seguía llorando agua sucia.

Durante unos minutos oyeron toda clase de ruidos; pero, temblando de emoción, de miedo, de asco, de vergüenza, esperaban el lloro. ¡Y el lloro no llegaba! Confusamente percibían crujidos de carne contra carne, estertores en el desmayo de la madre y el monótono caer del agua que recogía la canal de lámina» tendida paralela al corredor, afuera, arriba. Fue Ángeles, finalmente, a la que doña Luz entregó un trozo de carne

prieta, con una gran cabeza y una pelambre pegajosa:

–Está ahogado. ¡ Mételo al agua de la canal, muchacha!

Horrorizada, la niña tomó en sus brazos a la criatura. Y con un sentimiento de repugnancia, y con unas locas ansias de gritar, y con un brinco raro en el tierno corazón, metió las manos en el chorro.

Un estertor sacudió al pequeño montón de carne y pelos que tenía en las manos. Y luego, vibrante, loco, enorme como el mundo, vino el primer chillido»

DON MACARIO

SERIAN las ocho de la noche cuando en La Palma –¿cuatro leguas nada más?– sintió don Macario que su cabeza empezaba a girar hacia la izquierda. Estaba enfundado en su manga de hule, que todavía pringaba gotas de agua lodosa. Y hacía, como siempre, los cuentos de su vida, convenientemente aderezados con el peso de los años, el aumento de la malicia y el cultivo sabroso de su ingenua vanidad. Y, como siempre, seis o siete hombres prietos, enfundados también en pelerinas civiles, sarapes o mangas de hule, compartían con él la euforia tristonza del aguardiente puro. A veces, traicionándose, soltaban con delicia la carcajada franca.

Era un changarro alumbrado apenas por dos velas torcidas. La mujeruca que atendía a la parroquia bebía parejo con ella, y para esa hora todo era azul a sus ojos de choca, y todo lejano para sus oídos, ay, tan enterados de maldiciones en serio como de espantosas injurias en broma. Un hijo suyo, panzón y mocososo, sacaba, de cuando en rato, caramelos de un gran frasco sobre el mostrador.

Hacia afuera se adivinaba la calleja empedrada y traicionera. Y de vez en cuando un fantasma a caballo se despedía, buscando el rumbo del rancho:

–Buenas nocheees...

Y la parroquia toda, primero que nadie don Macario, suspendía el palique:

–Buenas nocheees ...

No sabía el caminante de quiénes se había despedido, ni sabían los del changarro quién era el caminante. Pero en el campo es bueno desearse las buenas noches entre la gente toda, y más aún si la noche es como aquella, demasiado negra y demasiado húmeda.

–Cuénteles usted, don Macario, aquí a mi compadre, el cuento del rabo del diablo –apuntaba, con una coquetería grotesca, la dueña del negocio.

Y don Macario, fino de facciones, con una gracia natural que ni la peor borrachera podía maltratar, ensayaba, por enésima vez, la clásica jugada:

–Pero si es una babosada, comadre. Si no vale la pena el cuento.

Pero, naturalmente, la rancherada lo pedía con insistencia. Y don Macario, repartiendo los silencios por repartir los tragos, contaba de nuevo la historia del cura exagerado:

"Era un curita que todo lo aumentaba hasta lo inconcebible. Pero eso nomás le sucedía los domingos cuando decía el sermón, porque entre semana bien que se arrepentía de sus mentiras y echaba cálculos sobre la fe que podían guardar los mochos que llenaban la iglesia con tanta barbaridad como soltaba. Tenía, de tres monaguillos, uno muy listo y muy sinvergüenza, lo que viene a ser lo mismo... –aquí una pausa, un trago, una sonrisa...– y un día llamó a ese monaguillo para pedirle un favor, según le dijo:

"–Mira, hijo, ya te habrás dado cuenta de que, para desgracia mía y de mi santa misión, cuando echo el sermón se me va la lengua de más. Y eso me está acabando la clientela, porque de plano ni las beatas más chochas se tragan lo que suelto. Ya viste que el otro día dije una bola de mentiras. Y hasta hubo un desgraciado, que de seguro estaba borracho, que soltó la carcajada debajo del pulpito.

"–Ya que usted lo dice, padre, le diré que lleva usted razón –le contestó el monaguillo.

"–Bueno: pues del domingo en adelante, tú te trepas al pulpito antes que yo y te

agachas que no te vaya a ver la gente. Y como no tienes ni un pelo de tonto, cada vez que notes que empiezo a decir exageraciones, me das un jalón en la sotana. ¿Entendido?

"-Entendido, padre -le contestó el monaguillo.

"Y luego el domingo y la hora en que el curita subió, resoplando, la escalera del pulpito. Y ahí estaba ya, acurrucado, el monaguillo. Y el padre empezó el sermón:

"-Hijos míos, vamos a hablar hoy del Demonio, del Enemigo Malo. Debemos conocerlo, para que si un día se nos aparece en persona como es ciertísimo que se les ha aparecido a tantos cristianos, que al rechazarlo haciendo la Cruz, se hicieron santos y hoy los veneramos, lo identifiquemos desde luego y hagamos la santa señal de la Cruz, para que desaparezca rabioso, oliendo a azufre, que así huele porque las bocas del Infierno, por donde tiene que salir y que volver a entrar, son un hervidero de azufre. El Diablo, Satanás, el Enemigo Malo, tiene por cejas dos culebras espantosas. Tiene por ojos dos tarántulas capulinas, que arrojan fuego. Tiene en lugar de bigotes dos alacranes venenosos, como los de Durango, y sus barbas que despiden electricidad, son barbas de chivo padre, que el verdadero nombre de este animal no está bien que lo pronuncie en lugar sagrado..."

Don Macario volvía a beber, brindaba con la parroquia, complacida y sonriente, y reanudaba el hilo de su cuento:

"-¡Ah!, pero, sobre todo, lo que es terrible y de enormes, de enormes proporciones, es la cola del Diablo. La cola del Diablo, hijos míos, ¡ tiene de largo más de diez kilómetros! (Aquí sintió el padre un tirón muy fuerte en la sotana. Como pudo disimuló, y miró al monaguillo que, agachado, le reprochaba, con los ojos, tamaña exageración, de manera que se dispuso a rectificar.) Bueno, ese largo es según San Agustín, que en el desierto se pasó muchos años de su santa vida luchando con el demonio. Sin embargo, la cola del Diablo tiene... ¡ más de cinco kilómetros de largo! (Nuevo tirón. Nuevo reproche del monaguillo. Y el curita, que sabía su defecto, entraba de nuevo a rectificar.) Esto de los cinco kilómetros, hijos míos, es según el Arcángel San Gabriel, que lo venció como ustedes deben saber y si no lo saben es que son malos cristianos y no aprovechan la doctrina. En una palabra: la cola del Diablo es muy larga. Tiene, eso sí, más de un kilómetro de largo. Es peluda, rasposa, espantosa ... (Los tirones fueron tan fuertes que el curita, incomodado ya, le soltó una patada al monaguillo, aunque todavía tuvo la santa paciencia de acortar de nuevo el rabo del enemigo malo.) Eso es según San Damián, que conste. La cola del Diablo tiene más de cien metros, según San Ramón... (Otra vez el monaguillo tiró violentamente de la sotana, echándolo hacia atrás ante el azoro de los mochos que sospechaban algo raro en el pulpito. El cura no pudo ya más y tirando de los pelos del muchacho empezó a darle de coscorriones ya a la vista de todo el mundo, mientras terminaba el sermón.) Lo que dije, hijos míos, es según San Ramón. Aunque, según este cabrón, ¡ el Diablo es un rabón ...!"

El cuento tenía, como de costumbre, un éxito total. Y cuando el compadre al que se brindó el cuento quiso corresponder la gentileza de don Macario con una nueva ronda de copas, éste, heroicamente, rechazó el convite:

-No, compadre. Otro día nos veremos por aquí...

-Pero, compadre Macario, no me va usted a despreciar ...

-Nunca desprecio a las buenas amistades, compadre. Pero tengo que jalar, con esta condenada noche, hasta mi casa. Y además me acabo de acordar de que dejé a mi mujer ya casi para dar a luz y no quiero llegar después, ¡porque se me arma! Conque, compadre, señores, que pasen ustedes muy buenas noches.

Fue una lluvia de despedida, lluvia más nutrida que el chipi-chipi helado que azotó la cara del hombre al salir a la banquetta. Detrás de él, un hombrecito prieto y cabezón y de torpe andar, más bien un duende, se acomodó el sombrero de petate para ir después

hasta el amarradero de las bestias, de donde trajo un buen caballo para don Macario y un macho cojo para él:

–Monte usted, su mercé.

–¡Ay, Juan Pipián, qué nohecita para andar por el monte!

–Fea noche, de verdá, su mercé.

–¡Ay, Juan Pipián! ¿Tú sabes, hijo –empezó a declamar don Macario cuando ya los cascotes de los animales chacoteaban entre el lodo– por qué me gusta, sin embargo, viajar con este tiempo?

–Su mercé me dirá.

–Mira, Juan Pipián: vamos a llevar tres o cuatro horas de camino malo. Nos vamos a calar hasta los huesos con esta condenada lluvia y con este condenado frío. Me voy a cansar mucho. Me van a doler los riñones más de lo que ya me duelen ahorita. Pero al fin, cuando más amolado me sienta, voy a ver la luz de mi casa. Ahí está todo caliente, seco y sabroso. Llego entonces, Juan Pipián. Me quito la ropa, me pongo otra, buena, de franela, seca, calentita. Me trago una buena sopa, me tomo un café aguado, hirviendo. Y luego, ¡la cama caliente! Y para esa hora, Juan Pipián, voy a oír la lluvia en las tejas, y a pensar en el frío y en el lodo de afuera, y me voy a dormir, Juan Pipián, lleno de felicidad; que, después de todo, mañana Dios dirá...

Juan Pipián no contestaba. ¿Para qué? El, ciertamente, se calaba también hasta los huesos. Se cansaba –¿o no?– y sentía, de vez en cuando, algo como un anhelo de vivir de otra manera, esa manera que conoció desde pequeño, dura y terrible. Pero Juan Pipián llegaría al pueblo a desensillar las bestias, a darles de comer. Y luego, calado, sin ropa que cambiarse, sin sopa que tragar, sin café que tomar, sin mujer, se tiraría en el suelo, en un cuartucho por el que se colaba el frío del norte y toda el agua del mundo, a dormir pesadamente, para volver, que mañana Dios no dirá nada, al mismo modo de siempre. Pero don Macario seguía soltando la lengua, escuchándose, complacido:

–Eso de dormir a gusto, Juan Pipián, es una maravilla. Hubo una vez un pobre soldado, un corneta, que durante muchos años tuvo que levantarse antes que el alba para tocar y despertar a los demás soldados. ¡Levantarse, Juan Pipián, todavía de noche, con el condenado frío y el condenado rocío que hay en la yerba, y la neblina, que odio tanto! Pero un día ese soldado se sacó la lotería, que viene a ser la única esperanza de los pobres. Y entonces, ya rico, contrató a un hombre que a las cuatro de la mañana le tocara, día con día, la corneta. Se despertaba con el toque, se acordaba de su nueva situación y pensaba: "¡Bendito sea Dios que ya no soy soldado!", se volvía a cobijar, bien calentito, y otra vez se dormía, para gozar del mejor sueño del mundo. ¿Qué te ha parecido la historia, muchacho?

–Bonita, su mercé –contestaba Juan Pipián, brincando sobre el lomo implacable del macho cojo.

Y allá iban, hora tras hora, subiendo una barranca. Pero entonces Juan Pipián tuvo la ocurrencia de preguntar:

–¿Y si ya hubiera nuevas, su mercé?

Don Macario, volteó, furioso, hacia la sombra del peón. Y luego, tirando la colilla del cigarro, sentenció:

–Es seguro que ya hubo novedad en la casa, Juan Pipián. ¿Por qué crees que inventé este viajecito? ¿Es que nos ocupamos de alguna cosa relacionada con la oficina? Hice el viaje, Juan Pipián, por dos razones: primera, que no me gusta ver parir a mi mujer, porque arma un escándalo de los cien mil demonios y yo me pongo muy nervioso; segunda, que no quiero oír el primer chillido de mi nuevo problema...

Allá, lejos, se divisaban ya, temblorosas, las lucecillas del pueblo. Y bajo una de esas

lucos, a su amparo, a su pobre calor, gemía un recién nacido.

LA CELESTINA

LA JUNTA fue en el changarro, casa comunal de los pescadores todos. El viento norte levantaba largos fantasmas de arena por el rumbo de los médanos y el agua del río nuestro padre estaba de un gris sucio y arrugado, friolento. Pocas gentes por la calle de la ribera. El café hirviendo en todas las cocinas; y ante el mostrador, los hombres, con el Tío Tamarindo al frente:

–Esa es la cosa, don Macario. Usted nos dirá qué hacemos...

Don Macario paladea su aguardiente. Hace que medita. Sonríe gradualmente:

–Está bien claro, Tío...

–Sí, pero... ¿con quién?

–Tenemos que convertirnos en alcahuetes Tío.

–Sí, pero ... ¿con quién?

Nuevo trago. Nueva meditación. Nueva sonrisa:

–Desde luego, en todo el pueblo no hay galán bueno para Sofia ...

Cheloca, que ha estado con una rodilla en tierra sacándose de una bolsa formada en el dedo gordo del pie derecho el cosquilleo de una nigua, le habla al animalejo:

–¡Ya te fregaste! –Luego, volviendo la cara al grupo–: Lo malo, don Macario, es que el condenao viejo se cree lo que no es. Llegó hace años aquí, a pie, desde Veracruz. Y ora ya ve usted ...

Don Macario suspira:

–¡ Hay que buscar al pobre infeliz que cargue con la niña!

–¡Ya! –grita José María–. ¿Cargar con ella? Así quisiera yo andar cargao día y noche, don Macario. Está re buena y es muy buena...

–Sí, José María. Está re buena y es muy buena, como dices. ¿Sabes la historia de las Bodas de Oro? Celebraron sus Bodas de Oro dos viejecitos vistiéndose con las galas del día terrible. Y como algunos vecinos, más bien muchachos fregonos, le preguntaron al señor por qué no habían tenido hijos, el señor les aclaró: "Miren: ocho días antes de nuestra boda, llevé a Magdalena –que así se llamaba la señora viejecita que estaba muy seria vestida con su traje de novia, ya grises los encajes– a conocer la casa que le había puesto. Era yo joven, caray ... y entonces ... le dije que puesto que sólo faltaban ocho días para que fuera mía, por qué no... Ella se dio tal enojada, que no le he vuelto a tratar el asunto!" Ahora bien, José María: ¿cuánto tiempo le va a durar a la Sofia lo buena que está? Es hija de español. Por lo tanto, tiene tendencia a engordar. ¿O conocen ustedes alguna gachupina flaca? Como tiene sangre española, engordará al mes de casarse. ¿O saben ustedes de alguna gachupina que no tenga hijos? Solamente la baturra del cuento: "Se casaron el maño y la maña. Y al mes de casorio, la maña se quejó con su padre de que ... ¡ nada de nada! El viejo agarró su bastón y fue a quejarse con su compadre, el padre del recién casado. Este viejo esperó a que el hijo volviera del campo, con la burra y la gaita, porque han de saber ustedes que los baturros no pueden vivir sin burra y sin gaita. En cuanto llegó, el padre empezó a regañarlo:

"–¡ So bestia! ¿Por qué no le haces nada a la Manuela?

"–¿ Que no le hago nada? ¡ Chicos besotes que le doy!

"–¡Pero con eso, nada, so bestia! Hay que entrar, bruto, ¡hay que entrar!

"El baturro tardó en comprender. Y luego gritó:

"–Haber empezao por ahí, padre. ¡Yo creía que era señorita!" Pero volviendo a la Sofia, muchacho, si es buena, tantito peor para el que se cargue con ella. Si la mujer sale

mala, José María, mal negocio. Pero si la mujer sale buena, José María, mucho peor. ¿No ves que entonces hay que cargar con ella toda la vida?

Para los pescadores no hay chiste en la filosofía de don Macario, aunque celebran los cuentos. Consideran sus palabras con toda sinceridad y el Cheto, viejo camaronero, ratifica:

–Lleva usted toda la razón, amigo. Cuando salen buenas, ¡de la chingada!

Don Macario plantea, entonces, la cuestión:

–No hay galán para ella en el pueblo. Los cuatro o cinco muchachos que podían mirarla de frente están estudiando en México. Ésos se largan siempre. De entre ustedes no hay uno, porque son pescadores ...

José María se engalla:

–¿Y onde está la malo?

–Para mí no hay nada de malo en eso, muchacho. Pero, ¿para el gachupín? El, en todo caso, preferiría a uno de los apretados ...

Hay una furia colectiva que hace gritar a todos. El Tío se hace entender sobre el tumulto:

–Ella es del pueblo, don Macario. ¡ Mejor muerta que con uno de esos maricones!

–¡Ya lo sé, ya lo sé! –contemporiza don Macario–. Pues ahí está la cosa: a la muchacha hay que buscarle galán. Como yo tengo que ir el sábado a Veracruz, voy a echar mis anzuelos por los portales. No ha de faltar un molleja sin trabajo, o con un trabajo malo, que quiera venir a conocer el pueblo y a pedirle trabajo a un paisano rico con una hija linda y casadera ...

El Tío considera, por un momento, el asunto. Los demás lo observan sin opinar. Pero sonríen cuando el Tío enseña los tres raigones que le salen de las encías: –¡Eso sí que está bueno, don Macario! Eso sí: un molleja, un gachupincito recién desembarcao. Gachupín con gachupín se ayudan. ¡ Eso sí que está bueno, don Macario!

Quedó, pues, todo arreglado en el ánimo de los hombres. Se brindó por el éxito de la empresa. Don Macario, feliz, presidía la reunión, hasta que al filo del atardecer entró cojeando Juan Pipián:

–Su mercé, el señor padrecito me manda decirle a su mercé que quiere verlo.

Hubo una lluvia de agradecimientos para don Macario. El Tío le dio un abrazo:

–¡Usted, siempre el amigo de los pobres! Ai le encargamos de todo ...

Por la calleja que conducía a la parroquia, Juan Pipián trotaba tras de don Macario y escuchaba, su trabajo, los interminables relatos del patrón:

–Fíjate bien, Juan Pipián, si este pueblo es liberal o no: la torre que tiene la presidencia municipal es más alta que la torre de la iglesia. Eso se debe haber hecho, Juan Pipián, para demostrarle a los mochos que aquí no se traga la gente todo ese cuento divino, mil veces más idiota que cualquier cuento de Salgan...

Juan Pipián se rasca la cabeza:

–Su mercé ... ¿usted no es católico, verdad?

Don Macario frena el impulso medio jorobado de su fino cuerpecito:

–¡ Claro que no, Juan Pipián! Yo tengo cerebro... yo soy masón...

La marcha se reanuda. Juan Pipián vuelve a rascarse la cabeza:

–Y entonces, su mercé, ¿cómo es usted amigo del señor padrecito?

Don Macario ríe gozoso:

–Porque el padrecito, como tú le dices, Juan Pipián, tampoco es católico. ¡Pues no faltaba más!

El cura es un hombre enorme, grueso, rojo, con unos ojillos verdes cargados de sensualidad. La panza es tradicionalmente eclesiástica y tiene que violentar un poco el movimiento para colocar su regordeta mano derecha sobre el ombligo.

–Usted sabe, don Macario, que yo soy cura desde aquí para arriba.

Las carcajadas amenazan con apagar la lamparilla ardiente bajo la Virgen local, milagrosa imagen que se apareció, una noche que se pierde en la noche de los cuentos, a un pescador cuyos descendientes, seguramente para no mancharse en este sucio mundo, jamás bajaron a él.

–Sí, don Macario. Eso de la castidad es imposible. Al menos para mí con lo sanguíneo que soy. Le digo a usted que una poda por semana no me ayuda, ¡no me ayuda! Por eso voy también a Veracruz ... Pero, ¿cómo está ese lío que me contaba?

Don Macario toma la copita vacía y mira, riendo, al cura. Este corresponde:

–Perdóneme usted ...

Toma la gran botella de sobre la mesa y sirve, hasta derramar el líquido dulzón.

–Hay que casar a Sofía, padre. ¡Casarla con urgencia! La muchacha está furiosa. Es un problema, digo yo, de pequeña irrigación. Entonces, no me queda otro remedio que ir en busca del galán. ¿Ya dónde mejor buscarlo que en Veracruz? Ahí desembarcan todos los mollejas, usted sabe...

–Sí, está bien. Bien pensado. Oportunamente, si todo sale como usted lo planea, yo ayudaré, por ayudar al pueblo, a convencer al viejo.

Don Macario frunce el gesto:

–Lo único que me duele es que siga la tradición del gachupín rico. Yo mismo no pude pensar en nadie para Sofía sino en un molleja. Cuando el viejo se muera, que no aguantará arriba de cuatro cortes de pelo, el gachupincillo se quedará con la muchacha y con el negocio. Y en cambio los pobres pescadores seguirán fregándose, sin tener nunca un huevo con que amanecer...

El cura niega con la cabeza:

–Don Macario, usted es un liberal. Quiero decir, un ingenuo. ¿Qué haría México sin los gachupines? ¡Cálmese, por vida del diablo, cálmese ...!

El cura sirve otra copa a don Macario, única medicina para su alebrestamiento nacionalista. Sonríe a poco, se soba la panza, eructa:

–¿Quién trabaja en este pueblo, lo que verdaderamente se llama trabajar, aparte del viejo gachupín? Mire, don Macario, que es pecado, y me refiero a pecado de inteligencia, decir nada contra los gachupines. Aquí la gente se friega en el mar, ¿no? Pero ... ¿cuántos días a la semana? Hacen sus tardeadas, forman la mojjiganga, viven de jolgorio y a veces cargan con el chinchorro. Mientras se enamoran, cantan, pelean, se mientan la madre, hacen niños, mal cultivan un pedazo de tierra, medio remiendan las redes, el gachupín trabaja. Día y noche. Los domingos también. Cuando cierra, a las nueve, no se va al catre. ¡Qué va! Empiezan las cuentas, la trabajosa correspondencia, la revisión de las mercancías, la preparación de las limonadas, ¡qué sé yo! Viene a dormir de cuatro a cinco horas. Diecinueve, veinte horas, las trabaja como una bestia mientras la jarochada vive una vida alegre, loca, prodigiosa. ¿Quién se preocupa de que haya hielo para las cervezas frías que traga todo el pueblo? El gachupín. ¿Quién fabrica estos vinos, que son nuestro regalo? El gachupín. ¿Quién prepara los tinacos de horchata para las fiestas de la Cruz de Mayo? El gachupín. ¿Quién trae de España los turrónes, las castañas, los mazapanes de Navidad? ¡El gachupín, don Macario, el gachupín! Por la noche esta gente brava, costeña y valiente, fabrica mocosos. El gachupín, desde que enviudó, es casto. Sí, don Macario: c-a-s-t-o. ¡Sublime estupidez! Pero es que no tiene tiempo para el amor. El surte al pueblo, lo emborracha, lo ayuda, le compra, mal que bien, el pescado. ¿Y qué se lleva? ¿Nos insulta con lujos? Come igual o peor que cualquier pescador; duerme en un catre; jamás sale del pueblo. ¡Un puro fregarse día y noche! ¿Que dentro de unos años, o unos cortes de pelo, como dice usted, cuando esté para estirar la pata, va a tener cien o doscientos mil pesos? Sí. Los va a

tener. Y eso, ¿qué importa? Ni siquiera va a gozar de su dinero; ni siquiera se lo va a llevar a España, porque estos pobres diablos son como los gatos, que se encariñan con las casas donde encuentran qué comer y cuando regresan a su pueblo natal se encuentran extraños, como habitantes de otro planeta ... ¡y vuelta para acá! ¿Quiere más razones? El gachupín es el pararrayos de las mentadas de madre ... ¡y sabe Dios que esta gente la mienta, don Macario! El gachupín tiene que dar dinero para las fiestas de septiembre y luego esconderse, no le vayan a romper ... los vidrios. Entonces, ¿qué tiene usted contra el gachupín, mi amigo, si gracias a él los mexicanos pueden seguir viviendo a la bartola?

Don Macario, mareado ya, sonríe, complacido. Algo, sabe, le queda por discutir ante la dialéctica del cura, pero ... ¿para qué? Prefiere hablar gozosamente del viaje por hacer:

–¿Nos vamos juntos, en el Piojo?

–Nos vamos en el Piojo juntos, don Macario, no faltaba más...

UN RAPTO

EL DÍA anterior al viaje de don Macario y el cura entré a un changarro para comprar un cucurucho de caramelos. Pero ahí estaba, ¡re Dios!, el ser al que entonces admiraba más: Chico Fuerte. ¿Y cómo no admirarlo? Pesaba cerca de cien kilos sin ser gordo. Cuando daba una bofetada, el dueño de la botica tenía trabajo y ganancia para rato.

Chico Fuerte, con pantalón azul y camisa de punto, que permitía admirar los troncos de los brazos, verdaderos árboles, tomaba una limonada para no atragantarse con el pambazo que acababa de comerse. Y platicaba con otro hombre, joven, flaco, que vestía también pantalón de dril pero usaba una camisa gruesa, azul, y un fino sombrero tejano. Bebía una pequeña botella de cerveza de Nogales.

—Con ése mejor no hay que meterse. Pedro —le decía Chico Fuerte, quien al verme pidió otra limonada, para mí, acariciándome—: ¿Quihubo, campeón? Échate una limonada de canica, pa la calor..

Tomé la botella y contemplé con el arrobamiento de siempre aquellos músculos de toro, aquel pecho cabalmente como los encuentros de "El Coco", el famoso caballo de los Fernández. Aquellas manos, a través de cuya maltratada piel brincaban, furiosas como ríos en crecida, gruesas venas azulosas. Pero Chico Fuerte hablaba de algo muy importante, al parecer, porque repitió, mirando de frente a su acompañante:

—Mejor no; te lo digo yo, Pedro—. Y se calló, en espera de la respuesta.

El llamado Pedro tardó un buen rato para hablar. Pidió una nueva cerveza. Limpió —o ensució— la boca de la botellita con la palma de la mano y bebió con dos o tres grandes tragos el líquido todo. Se quitó después el finísimo sombrero, pasándose la mano por el pelo renegrido. Sentenció:

—El me anda buscando, Chico. ¿Qué quieres que yo le haga?

Lo dijo de manera, y seguramente con la intención, de que el otro no pudiera hablar siquiera. Y me chocó mucho el aire con que habló tan a lo firme. Y me chocó aún más el gesto de Chico Fuerte, que daba a entender claramente su humilde acatamiento. ¿Quién era ese Pedro? Porque yo sólo lo había visto de lejos, antes, sin fijarme en él.

Lo que hice fue salirme sin una despedida y pararme junto a un poste en espera de Chico. Y ahí estuve, de firme, casi una hora, hasta que los dos hombres salieron del changarro y se despidieron, dándose fuertemente la mano. Yo los comparé entonces, dolido todavía. ¡Pero si el Pedro se pesaría, cuando mucho, la mitad que Chico Fuerte! Y hasta calculé cómo le iría si a Chico se le ocurriera meterle la mano derecha, de campanazo, cabalmente como echó a dormir a aquel tipo que se decía campeón de box de Veracruz...

—¡Vente, campeón! —me gritó Chico mientras echaba a andar rumbo a las afueras del pueblo—. ¿No quieres dar una vuelta? Voy a ca los Martínez, a cargar unas mulitas con azúcar.

Ya casi era de noche y bajo los cocoteros andaban curioseando los cocuyos. Por la brecha venían los peones camperos haciendo bailar las morunas al ritmo de su andar, rendidos de tanto chapear el monte. Y adelante, en el último changarro, donde vendían el tepache de tibicos, se estaban trezando a golpes dos borrachines. Chico Fuerte trotó un poco, llegó a los púgiles y los separó, como si fueran títeres:

—¡No te metas, vale! —pataleaba, en el aire, uno de ellos.

—¡Ya está bueno de pleitos, tú! Y luego, ¿pa l qué? —regañó Chico, feliz de probar una vez más su fuerza de toro. Esperó, colgados los dos hombres de sus garras, a que éstos

se calmaran. Y luego les entregó los sombreros de petate, que habían caído al suelo, y les obligó a estrecharse en un abrazo silencioso, preñado de rencores.

Cuando reanudamos la marcha, me hice el que no quiere la cosa, para preguntar:

–Oye, Chico... ¿quién es ese con el que estabas en el changarro?

–¿Pedro, campeón? –y me dio en la espalda una palmada terrible–. Es un amigo. Un buen amigo... ¡un gran amigo, campeón!

–Pero no será de aquí...

–No, campeón... De por aquí no es. Pero es un gran amigo, ¡y bragado entre los bragados! Nomás te digo que antier le paró las patas al capitancete ...!

–¿Al capitán, Chico, al capitán?

–Al capitán, campeón; te digo que al capitán.

Aquello era increíble. El capitán Celis, jefe de la guarnición, era un asesino por voluptuosidad. Se decía en el pueblo que en otros tiempos y allá en su tierra, cuando se largó al monte para meterse a la bola, solía entrar al caserío los sábados por la noche, sólito y su alma, en un triste caballejo y mamado con medio litro de refino, para darse de balazos con los soldados federales. Después iba a su casa para hacer bailar, a tiros, a su papá y a su mamá, inventores, por lo tanto, de una especie de media bamba al revés.

–¿Al capitán, Chico ... ? ¿De veras? –En el changarro de Juan fue. Estaba el capitancete montado en el mostrador, echa y echa habladas, cuento nomás! Le quitó la pistola y le pegó de cachetadas. Y luego le devolvió el arma y le dijo que se iba a ir tranquilamente, porque no tenía pantalones ni para meterle un tiro por la espalda. –¿Y no le tiró, Chico?

–Si le ha tirado no lo hubieras visto conmigo hace un rato, campeón. De eso me estaba hablando en el changarro.

–¡Pero si no tiene cara de macho, Chico! –le grité, molesto por el aire de admiración con que mi ídolo hablaba de aquel Pedro.

–Los machos, los verdaderos machos, no tienen cara de nada, campeón. Esos que no hablan son los que hacen las cosas ...

Habíamos llegado, por un túnel formado de hermosos laureles de la India tercamente abrazados, al gran patio del ingenio. La mulada esperaba ya, bien aparejada, la presencia del jefe de la recua. Chico Fuerte me dijo que esperara; y luego, metiéndose a la bodega, fue trayendo, de dos en dos, sobre la espalda hercúlea, los sacos de azúcar que acomodaba sobre el sufrido lomo de las bestias, mientras los arrieros hacían nudos y lazos.

–Son pa la tienda del viejo gachupín, ya sabes ... del papá de mi alma, campeón –dijo Chico al terminar la tarea. Se volvió luego al mayor de los arrieros–: ¡Empuja, tú! Luego nos vemos allá.

Al regreso perezoso, la noche cerrada ya, pensaba en Pedro. Poco a poco se me llenó la cabeza con su historia y su figura delgada, recia.

–Si no es de por aquí, Chico, ¿de dónde es? –pregunté.

–¿Pedro? Es de arriba, campeón. ¿No te fijaste que no habla como nosotros? Creo que es de arriba de Coatepec, de arriba de Teocelo, en la sierra.

–¿Y en qué trabaja?

–En el ingenio de los Garcías, campeón. ¡Y no me friegues ya con tanta pregunta! Mejor cuéntame cómo está mi reina ...

El pueblo de noche, bajo un cielo terso con nubes como de encaje, perdido el rastro del norte.

–¿Quieres conocer a Pedro, campeón?

Al fondo del changarro de Juan, Pedro tomaba cerveza, todavía. Desde la calleja, pregunté, intranquilo, a Chico:

–¿No estará ya bien mamado?

–Ese no se emborracha nunca.

Nos sentamos con él a una mesa. Yo tenía pocos años, pero entonces los chiquillos entraban a las cantinas como a sus casas. Me dieron una limonada fría y ellos tomaron cerveza. Chico aclaró, con su cara de niño grande:

–Nomás por la despedida, Pedro. Ya sabes que yo no tomo.

–Por la despedida, Chico. Y el gusto... –Esta vez acabó la cerveza en dos tragos, ¡ solamente en dos tragos!, que yo conté mirándole la manzana de Adán, con la boca abierta. Pedro miró a Chico con sus ojos negros, renegros. Y sonrió poquito:

–Voy pa arriba, Chico.

–¿Ya?

–Sí. Me avisaron que el lío pasó hace tiempo. Es hora de volver.

¿Qué lío sería aquel? Iba a preguntar, tragándome la timidez, cuando Chico me ayudó:

–Yo nunca he estado en un caso, Pedro. Debe ser del demonio matar a un hombre, ¿verdá?

Pedro lo miró, serio. Hizo un rápido gesto con la boca, apretando los dientes finos. Y aclaró:

–En el momento no, Chico. Digo, si lo haces cuando no hay otro remedio y cara a cara. Lo malo es después...

–¿ Después?

–Sí... Todas las noches, antes de poder dormirte, lo tienes que matar de nuevo...

Se despidió con un vago ademán y se dejó comer por la noche. El changarro se animaba. Don Macario entró, dichoso:

–Sírvales a todos, Juan. Ya sabes.

Dos, tres horas de plática, de cuentos chistosos, de leperadas. Don Macario era feliz entre la plebe. La plebe adoraba a don Macario. ¿Cómo no adorarlo sabiendo tantas cosas?

Pero esa noche trajo al viejo cuentero un gran dolor. A la despedida, con el pueblo dormido, troté detrás del Tío, que iba a los tumbos junto a don Macario:

–Lo encamino.

Ahí vamos, luchando con la arena y con la borrachera. Llegamos a la casa de dos pisos. Ya estamos en la puerta. Don Macario se extraña de no verla a piedra y lodo. Tiene un gesto nervioso:

–Le he dicho a mi mujer que es bueno asegurarse. Pero como está enferma ...

–Sí, de veras –tercia el Tío–. Acaba de salir de su cuidado.

–De su descuido, dirá usted. Bueno...

Don Macario va a despedirse ya. Los dos hombres se estrechan las manos. ¡Y entonces aparece la bella esposa de don Macario! ¿Quién iba a esperarse semejante cosa? Pero ahí estaba, en camisón, junto a la puerta, dejando ver los brazos gordos, blanquísimos, el pie menudito, la cabellera de oro. Don Macario frunce el ceño:

–¿Y ahora?

Ella está desesperada:

–Macario: ¡ Luisa, Luisa ...! –le grita más rabiosa que dolida.

Don Macario no quiere, no puede entender:

–¿Qué es lo que le pasa a Luisa?

–¡Se fue, Macario!

–¿Se fue? ¿Ya dónde se fue?

–Se fue con el pelado ese, la muy...

Don Macario tiene una mueca dolorosa en la cara y sobre la boca fina el bigote tiembla. Pero se viste de coraje:

-¡ Cállate! Y una sola cosa te pido ... que no me la maldigas...

LA CAPILLA DE LA VIRGEN

EL TREN de entonces, del pueblo a Veracruz, merece un poema. Cuando yo era mocoso no existía, ni en sueños, la magnífica carretera de hoy. No había sino El Piojo. Y El Piojo era una delicia humeante, apestosa, arteriosclerótica. ¿Cuántas horas hacía entre una y otra terminal? Hay quien sostiene, valientemente, que cuatro. Otros juran que ocho. Los más se niegan a dar un tiempo cualquiera. ¡Y son setenta kilómetros, en total! Naturalmente, la diferencia de opiniones es lógica, porque el trenecito nunca tuvo palabra de honor. El trepar en uno de sus carros minúsculos tenía mucho de día de campo, de aventura exploradora, también. El maquinista trepaba en su trebejo, día a día, con el aire farolón y sustero del acróbata que llega al trapecio: "A ver qué pasa..." Sabía, el muy pillo, que en todo caso la ocurrencia no podía ser peligrosa. ¿Que la máquina se descomponga? Bueno: dos horas de fiesta a medio camino. ¿Que la caldera amenaza explotar? "¡Vamonos todos de aquí, a ranchar, hasta que se enfríe!" Y el hombre gordo, humoso, repasaba en cada viaje el diapasón de sus amores. En cada minúscula estación tenía un enredo. Todas se llamaban, o las llamaba él para evitar peligrosas confusiones, Concha. Era el hombre, para toda la gente, Tío Concho el maquinista.

Aquel sábado el Tío Concho tenía cierta prisa porque había llegado de Veracruz con un retraso capaz de abochornarlo en toda su pachorra. Pero el cura y don Macario no aparecían. ¡Y a don Macario y al cura había que esperarlos! junto al minúsculo convoy vi a Pedro. Lo ayudé a cargar su morral, más por curiosidad que por simpatía. Pegada al carro, una mujer humilde se le colgó del cuello. Y empezó a llorar quedito, como lloran todas las mujeres de nuestro pueblo. No dijo nada. Pero miró tan hondo a Pedro, que yo sentí un escalofrío aun sin entender la situación.

Pitó el tren porque, al doblar de la esquina, el Tío Concho vio al grupo que encabezaban don Macario, el cura y el Tío Tamarindo. La mujer dejó de llorar. Y cuando vino el momento de la despedida ella le dijo una frase sencilla, tan sin chiste que tal vez por eso, porque sentí desilusión entonces, no he podido olvidar hasta la fecha:

—Pedro, como llegaste te fuiste. Pero no voy a poner la tranca de atrás de la casa. Vale que así, con suerte, un día regresas...

Pedro quiso regalarle una sonrisa. No pudo. Trepó al coche y asomó, ya sonriente, por la ventanilla. La mujeruca, a la que nunca más volví a ver, sonreía también, con una cara de infinita tristeza, flaca y chiquitina. Pedro, entonces, frunció el gesto:

—Todavía tarda en salir. ¿A poco vas a estarte ahí nemas?

Ella nada le dijo ya. Se tapó la cara con el rebozo y echó a trotar rumbo a los médanos, brincando entre los bultos de los viajeros, con los pies lastimados de usar zapatos de charol que de seguro estrenó para la despedida.

Deseando ir con el Tío, yo me quedé, sin embargo, frente a la ventanilla. Pedro agitó su mano dura, prieta y callosa:

—Ya nos vemos, campeón.

Entonces oí la voz cansada del Tío:

—¡Te estoy hablando, tú!

Eché la carrera. El grupo era muy numeroso, pues todos los pescadores, capitaneados por el Tío, despedían a don Macario, que iba en busca del galán para Sofía. El cura no se molestaba en enviar bendiciones a nadie. Se trepó, dificultosamente, al carro, mientras don Macario dejaba que el sudor le lavara el desvelo.

—Don Macario, ni modo... —El Tío trataba de consolarlo— ... yo espero que usted nos

ayude, de todos modos...

–¡Claro que sí, Tío! Voy a conseguir al molleja ese, llueva o truene.

–A ver si se compone el ánimo, don Macario.

–Eso es más difícil, Tío. Lo peor del caso es que no sé qué me ocurre. Debo haber cometido alguna mala acción. Me he pasado toda la noche ante la bola de cristal esperando que mis hermanos del otro lado me señalaran el lugar a donde se llevó ese cabrón a mi muchacha, y no he podido ver nada, ¡lo que se llama nada!

–Don Macario: ya le dije que la encontraremos, a como dé lugar. Ya mandé al José María a buscar ...

Pero no fue el José María el sabueso afortunado, sino Cheloca. Soltó un grito desde lejos, en plena carrera. Y hacía señas, daba brincos grotescos.

–¡De seguro la encontró! –comentó el Tío.

–¡Qué va a encontrar! –dijo don Macario.

¡Pero la había encontrado!

–Ya los vi, don Macario. Con su autoridá, ora mismo estará la niña de regreso...

Pero don Macario hace subir al Cheloca al tren; empuja luego al Tío, elude el asiento en que lo espera el cura y se lleva a los dos a un extremo del carro:

–Si diste con ella, Cheloca ... olvídale. ¿Me entiendes?

Cheloca no entiende nada de nada, pero el Tío sí:

–¡Ni una palabra de esto, Cheloca! ¿Verdá, don Macario?

Don Macario estrecha la mano del Tío; da una palmada a Cheloca:

–Cabal: ni una palabra.

* * *

El Piojo avanzaba tres metros, retrocedía dos. Pujaba. ¡El progreso es el progreso, después de todo! Enredados en la charla íntima, el cura y don Macario ignoraban el paisaje contradictorio del rumbo: el mar a la derecha, costa brava del Golfo de México donde la flora se desespera en nopales para aguantar el machete furioso del viento norte; a la izquierda la gran laguna que forman los tres ríos. Al frente, fingiendo agua distante, la sabana interminable donde pasta el ganado y transitan los jarochos con la jaranita, en veces, a la espalda.

El cura se soba la panza bienaventurada; mira a don Macario con la malicia del cómplice:

–Llegando llegando va usted en su busca, ¿verdad?

–Llegando llegando.

–Sí. Yo iré a la parroquia a ver a Vilchis. No puedo ir al puerto sin pagarle el tributo: canate envinado. La tarea no es fatigosa, viéndolo bien: dos horas de charla con una boa. ¡ Porque Vilchis traga ...! Yo digo que sí; digo que no. Lo mismo me da ... ¿Qué puede pensar una boa? Y a la noche cerrada nos juntamos con Pedro el purero, ya sabe usted.

–Hecho.

–Aunque se me ocurre una inquietud: ¿en dos horas va usted a encontrar a su gachupincito, don Macario?

–En dos horas. Voy a ver a Vigo.

–¿A Vigo?

–Sí, al dueño de "El Puerto de Vigo". Es una especie de cónsul mollejero. No hay gachupín que salte en el muelle que no pase por su casa. El los manda, más tarde, a sus destinos. Tiene una especie de agencia de colocaciones. Ha sido la salvación para estos pobres diablos. Antes, los pobres sufrían. Me acuerdo, ¿cómo no voy a acordarme?, de

tres pobres mollejas de esos que llegaron a Veracruz hace años, antes que Vigo empezara su tarea. Los pobres llegaron con las alpargatas, el pantaloncito de pana, la blusa ¡y pare usted de contar! Echaron a andar por la vía del ferrocarril rumbo a la ciudad de México. ¡Creían, los pobres, que queda ahí nomás! Y ahí los tiene usted, padre, bajo el terrible sol de esta nuestra tierra, sudando, caminando y sufriendo el hambre. ¡El hambre, padre, el hambre! Lograron, en un rancho, robarse dos huevos a costa de una persecución con escopeta y todo. Pero, después de todo, ¡ dos huevos son dos huevos! Solamente que dos huevos, para tres, ¿ cómo hacerle? El mayor de ellos reflexionó largamente, con un huevo en cada mano. El menor empezó a temblar, porque era siempre la víctima de los otros dos. Tras de mucho cavilar, el mayor resolvió el problema:

–¡Pues ya está! Mira –le dijo al de enmedio– tú le das a éste la mita; yo le doy la mita... ¡y que se friegue!" Sufrían mucho, le digo, padre, hasta que Vigo los empezó a ayudar.

–¿Les cobrará algo?

–No, usted sabe que éstos llegan a México como el pulque a los pueblos: en cueros. ¿Qué va a cobrarles?

–Y entonces ... un gachupín generoso, ¿ eh? No me negará usted eso, al menos.

–No lo niego. Vigo es bueno. Aceptada la idea de que los kilos tienen ochocientos gramos, los gachupines son buenos todos. Además, su caso es conmovedor. A mí, en lo personal, me simpatiza por buen hijo. Vigo tiene viva a la madre, allá en el pueblo, cerca del mar, en algún lugarejo que no aparece ni en el mapa de España. La vieja le ordenó que diera ese servicio. Fue hace cosa de diez años. Vigo envió dinero a la madre para que levantara una capillita a la Virgen del lugar. La madre le devolvió el dinero y le dijo, poco más o menos, en la carta que le dictó al escribano: "Usa ese dinero para recibir a los paisanos que arriban allá. Tú fuiste el primero de mis hijos que se me fue. ¿Pasaste hambres? Pues todos las pasan. Cinco hermanos tuyos se han ido también, año con año. Los otros se irán cuando sazonen. Recibe a los paisanos que lleguen. Gasta ese dinero en darles techo y comida mientras les buscas destino. Así me harás feliz, a mí y a tu hermanita. Harás felices a todas las pobres madres españolas que despiden a sus hijos para siempre. Y harás más feliz a la Virgen, que tiene por capilla el cielo entero."

–¡Bella vieja, en verdad! –comentó el cura–, Haber utilizado el dinero en levantar una capilla hubiera sido pecado; pecado de inteligencia, quiero decir.

DOS GALANES

EL REGRESO de don Macario y el cura fue un acontecimiento: en lugar de uno, el viejo cuentero ha llegado con dos galanes: un molleja, que se espanta de todo, que tiene las cejas en alto de continuo, y el pasante de Derecho, nativo de la localidad, a quien llaman ya, por orgullo de campanario, "el licenciado Zamudio". Un molleja, Pacorro – como le ha puesto don Macario– y un estudiante de la capital. ¡La pesca ha sido buena!

–¡Ahora sí, patrón, la Sofía se tiene que encontentar! –sentencia el Tío.

El cura, que va a dirigir el concierto amoroso, invita a un buen grupo a su casa:

–Sirve, señores, que nos explicamos. Y que conocen a mi sacristán el sincronizado. Sería pecado, y me refiero a pecado de inteligencia, concertar bodas sin concertar ataques.

El pueblo duerme desde que lo dejaron en paz los invasores extranjeros, el siglo pasado. Muchas veces he sospechado que el arte incomparable de su cocina nace del esperado deleite de la siesta. Todo es quietud de plomo, como el sol, que aquí camina despacito, cuidando bien de achicharrar a todo aquel traidor que se mueva sobre la vieja tierra, sobre el agua siempre nueva. Sólo a la nohcecita, la brisa se atreve un poco –¡sólo un poco!– y empuja trabajosamente las panzas de algunos viejos que dan vueltas a la plaza.

Son las dos de la tarde. Don Macario suda ante el cura, que se abanica a cada minuto, se apapacha la enorme barriga. Está metido en un equipal cuyo cuero de venado amenaza con cuartearse a tanto esfuerzo. Su camiseta –pues se ha deshecho de la ropa de viaje– se enrolla en las enormes bandas de grasa. Y la luna llena de su cara es demasiado plácida para las urgencias del Tío Tamarindo y sus pescadores. Zamudio y el molleja, quién lo dijera, están igual de tímidos. El cura se dirige a Pacorro:

–Así somos todos aquí, para que vayas, muchacho, acostumbrándote. ¿De dónde dices que eres? La vocecilla pronuncia: –De Llano de Po, en Asturias. –¿Qué hacías allá? –Era yo conductor de cabras. –Bueno. Aquí te vamos a arreglar un buen negocio ... –el cura voltea hacia el estudiante. Digo: si mi querido licenciado no quiere hacerte la competencia ...

–Yo tengo mi novia en México, padre. Yo vine, aquí, nada más a dar una conferencia.

–¿Conferencia dice usted, licenciado? –pregunta don Macario, a quien veo sobrio a medio día, cosa rara.

–Sí: una conferencia. Espero que las autoridades me otorguen toda clase de facilidades. ¡ Vengo a acabar aquí, de una vez por todas, con la picardía!

–¿Las malas palabras quiere usted decir, mi querido licenciado? Mucho me temo –y el cura ríe para adentro– que su viaje vaya a resultar inútil. Las malas palabras son buenas para esta gente, nuestra buena gente.

–¡No y no! –el estudiante se ha levantado de su asiento y se dirige ahora al Tío Tamarindo, a José María y al Cheloca, que lo miran como si estuvieran contemplando una ballena–. Ustedes no saben, con la maldita manera que tienen de expresarse, cómo sufre uno fuera de aquí, sobre todo allá en la capital. El padre de mi novia, que es oficial primero en la Secretaría de Hacienda, por cierto –don Macario le cierra un ojo al cura; el cura le cierra un ojo al Tío– tardó más de un año en consentir nuestras relaciones oficiales porque decía que yo, por ser de aquí, tenía que ser un lépero. En la Universidad, en cuanto supieron mi procedencia, me empezaron a mentar la madre a todas horas, y la mentada, que aquí no duele, allá duele muchísimo ...

–¿Dónde, licenciado, piensa usted dar la conferencia? –pregunta don Macario. Pero el cura interrumpe para gozar con el milagro que les tiene preparados:

–Disculpen ustedes, que ahora seguiremos la charla. Mire, Pacorro: le decía yo a usted que por aquí todos somos, unos que más, otros que menos, flojos. Y sería pecado, me refiero a pecado de inteligencia, no serlo: échele un poquito al clima, que ya ve usted que es duro. Échele otro poquito al paludismo, que se cuela donde menos se espera ...

–Aquí –dice Cheloca– ya no se cosecha el mosco. Se cosecha del otro lao...

–Pero pica de los dos, Cheloca –prosigue el cura...– échele otro poquito a la raza: español con totonaco, que no ha salido muy buena que digamos ...

Pacorro está con la boca abierta. Podría yo jurar que, en toda la tarde, no entendió nada de nada.

–... Bueno: pues yo tengo la excepción de todo el rumbo en ese condenado muchacho de Gabriel. Es un demonio sincronizado, lo digo yo, ¡ lo que se llama sincronizado ! El clima, y el paludismo, y la raza, le vienen guangos al Gabriel. ¡Un reloj cronométrico, el condenado! Ahora mismo que van a hacer el honor de quedarse a comer, vamos a verlo –se volteó hacia una pieza interior–: ¡ Gabriel!

Como el rayo apareció por la puerta que daba a la cocina el fenómeno anunciado:

–¡ Mándeme usted, señor padre!

Gabriel es un muchacho ni flaco ni gordo, descalzo y amulatado, chimuelo y rojizo, que sonríe como no dándole importancia al fenómeno de su presteza y de su exactitud. El cura sonríe también y guiña un ojo a don Macario, feliz de comprobar su dicho:

–Mira, hijo, Gabriel: cógete una canasta en la cocina y te vas a la plaza. Ahorita ya no tiene pescado sino el Chivi. Con él vas. Le dices que mande unos huachinangos buenos, buenos, buenos ... Ya verán aquí los señores, especialmente los que acaban de llegar, lo que es eso cuando se los pongas con aceite bueno, bueno, bueno. ¡Y ya sabes lo que me gusta!

–¡Orita mismo, señor padre!

De un salto mecánico Gabriel desaparece. Y el cura sonríe a don Macario:

–Le preguntaba usted, amigo, al licenciado, dónde iba a dar su conferencia.

–En el teatro –aclara el estudiante–. Voy antes á invitar a todo el mundo, especialmente a las escuelas.

–Eso es lo que me temía, licenciado –aclara don Macario, con su sonrisilla burlona–. Hace ocho días se fue de aquí, furioso, el inspector de Educación, porque examinando a los muchachos de tercer año le preguntó al Rene, el hijo de la Choca, cuál era el valle más grande de México, y el Rene le contestó que el "¡valle y chingue a su madre!"

–Muy cierto –interrumpe el cura, que ha sacado su estupendo reloj de bolsillo, marca Búffalo, regalo del pueblo fiel en el día de su cumpleaños–. Ahorita va ya por la botica el Gabriel... Muy cierto.

–¡Ese salvajismo es el que quiero desterrar de aquí! –vocifera Zamudio.

–En cuanto al teatro ... ¿ recuerda usted, padre, la última vez que se usó y lo que hizo el presidente municipal?

–¡Cómo no voy a acordarme, don Macario! –nueva mirada al reloj–. Ahorita está ya con el Chivi, escogiendo los huachinangos... ¡ Fue una cosa de rechupete!

–Cuéntele usted, don Macario –suplica el Tío.

–Vino a cantar ópera la señora Rocabrana, a la que el pueblo le puso, de inmediato, la Recabrana..

–¡Qué horror! –interrumpe el licenciado.

–El caso fue –continúa su hilo don Macario– que a la señora Recabrana, o Rocabrana, para no molestar aquí al señor licenciado, el calor le afectó las cuerdas

vocales. Y cuando soltó un gallo, el Tío Tamarindo, aquí presente, que estaba en galería, gritó: ¡Esa vieja Recabrona soltó un gallo! ¿Verdad, padre?

–Absoluta verdad, don Macario –otra vez el reloj–. El Gabriel está ahorita con los Lara, comprando el aceite de oliva...

–La señora Rocabrana... –está bien licenciado Zamudio, no se sulfure–, se desmayó en escena, suspendió la representación y anunció, después, que se iba de este pueblo de salvajes. Es el caso que el señor presidente municipal, que era el empresario, porque dijo que quería, como usted, traerle cultura a la plebe, le garantizó que no volvería a ocurrir majadería alguna. Y la convenció para que al día siguiente, domingo, cantara "Tosca". Hasta del señor cura echó mano el funcionario ...

–Exacto, don Macario. Por ruego de él recomendé, en el sermón dominical, decencia a quienes fueran al teatro. Ahorita el Gabriel, como si lo estuviera viendo, ha entrado ya en la cocina y está preparando los pescados.

–El calor arreció y la señora Rocabrana siguió mal de sus cuerdas vocales. Soltó otro gallo. Pero para eso el presidente municipal había tomado asiento, con la señora presidenta, en primera fila. Y en cuanto ocurrió el incidente, se levantó como un rayo, vio a galería y gritó:

–¡Ah, pueblo: el primer hijo'e'puta que diga que esta vieja echó un gallo, se me va pa la cárcel!

Todos rieron, menos Zamudio, que estaba furioso y Pacorro, que no entendía nada. El cura, reloj en mano, decidió que era hora de terminar el experimento:

–Ya están los huachinangos. Ahora verán lo que es el sincronizado: ¡Gabriel!

Movido por un invisible resorte, Gabriel apareció:

–¡Señor padre!

–¿Cómo quedaron esos huachinangos?

Gabriel puso cara de lloro:

–Señor padre: ¡no encuentro la canasta!

UNA CONFERENCIA FRACASADA

ME ACUERDO como si lo viera ahora: toda la plebe pescadora, encabezada por el Tío Tamarindo y don Macario, espiaba desde la esquina siguiente a aquella de la gran tienda. Hacía unos minutos que el cura, acompañado de Pacorro, había penetrado en lo que podríamos llamar, forzando los términos, el "privado" del gachupín, porque en realidad era el privado de las ratas. Iba el cura a cumplir la primera parte del plan: conseguirle la chamba al molleja. Una vez ganada la trinchera, de Pacorro dependía lo demás.

Salió al rato el sacerdote y como lo viéramos sin compañía dimos un enorme suspiro de alivio. Don Macario ordenó el desorden:

–¡Todos al changarro! No vaya el viejo a olérselas...

Al changarro entró el señor cura, resoplando:

–Asunto concluido, señores ... digo, en lo que se refiere a mi encomienda: el Pacorro queda, desde este momento, empleado en la tienda con quince pesotes mensuales, más alimentos ...

–¿Y la Sofía, lo vio? –interrumpió el José María, ansioso.

–No lo ha visto, al menos hasta que yo dejé la tienda. Esos asuntos no pueden arreglarse en un cuarto de hora, muchacho. Roguemos ahora al Altísimo porque se cumplan los planes de don Macario... y porque estas cervezas estén suficientemente frías.

Nadie rezó formalmente, pero me consta que los gorgoritos de los bebedores fueron fervorosos. Y los gorgoritos hubieran seguido cumpliendo su misión divina si el licenciado Zamudio, todo estrenado de negro –¡con nuestro clima!– no hubiera irrumpido en el changarro con docenas de invitaciones destinadas a la plebe. Primero, naturalmente, hizo entrega de las suyas al cura y a don Macario:

–Es esta noche, en el teatro. ¡ Espero, señores, que no falten!

–Ahí estaremos, señor licenciado. Sería pecado, y me refiero a pecado de inteligencia, el dejar de oír una cruzada semejante.

–¡ Naturalmente! –terció don Macario–. La cosa promete y no va ocurrir como con Chinto el nacatero, en su discurso del último 15 de septiembre... Subió Chinto, todo estrenado como usted, aunque él, naturalmente, a la pescadora, con pantalón y guayabera blanca, y su botín de resortera de Naolinco. Traía en las mientes lo que él consideraba una innovación en el arte oratorio: iba a comparar a los héroes con los astros del cielo. Fervorosamente, con una voz que el habanero de Campeche le aumentó, soltó sus primeras palabras delante del pueblo, que bajo la tribuna se agitaba todo unguido de fervor patriótico: "El sol, la luna, las estrellas..." Pero el Cheloca, que había tomado más habanero, y no precisamente de Campeche, que el orador, le completó la frase: "El cometa, ¡y bola!" Ahí se acabó el discurso.

El licenciado Zamudio pajareó un poco:

–Nada de eso debo temer yo, don Macario –dijo, con su modestia característica–. En primer lugar, permítame decirle que sé hablar correctamente. Saqué cuarto lugar, este año, en el concurso de oratoria de la Universidad. En segundo lugar, estoy preparado para contestar a cualquier alboroto que quieran armarme aquí los señores –miró, comedidamente, a la tropa del Tío–; aunque debo decirle que estoy seguro de que sabrán portarse correctamente, pues acudirán las primeras familias de la localidad y, además, el tema de mi conferencia no puede ser más en favor de ellos mismos: desterrar

la picardía de este puerto, que debe, ya, entrar en el concierto de los pueblos civilizados.

Aquello disolvió la reunión. Don Macario y el cura, muy del brazo, se fueron a su palique cotidiano alrededor del vino dulce. El Tío le leyó la cartilla a su gente:

–Ya lo saben: no quiero, con una chingada, ni una mirada sobre la tienda, pa que el viejo no se ponga a pajariar. Ni una ... menos la mía, que yo me voy aquí con el mocoso a echar un vistazo discretito ...

Pasamos dos veces frente al establecimiento y vimos –aunque no pudimos oír, por haberlo hecho desde la acera de enfrente, junto al río nuestro padre– cómo el viejo aleccionaba al Pacorro, todo atento, sobre cómo manejar la balanza, que es la piedra filosofal de los gachupines todos:

–¡Listo! –y el Tío se frotó las manos, feliz–. Como esa está como está, ¡pa dentro de un mes tenemos horchata de bodas! Vamonos pa la casa, tú, que el chilpachole se nos va a enfriar...

* * *

Antes de que el licenciado Zamudio redimiera al pueblo de su grosería –o, más bien, pretendiera hacerlo–, los planes de don Macario, el cura, el Tío y la plebe toda parecieron realizarse más pronto de lo calculado: el Cheloca, que era un espía natural, nos vino al changarro con la noticia:

–Orita estaban, atrás, hablando solos. ¡Les digo que lo vi, con estos ojos!

El Tío volvió a frotarse las manos, bañadas y rebañadas en el agua de nuestro padre el río. Estaba el viejo de rechupete con su camisa nueva y su pantalón que, remendado y todo, había sido hecho por el Julito con dril del mejor. Indumentaria parecida traían todos los otros pescadores de la flota, listos para invadir la galería del teatro –que la luneta se la dejaban, por mudo acuerdo, a "las familias decentes"–, y escuchar la prometida conferencia. El Tío, que mostraba siempre un gran interés en todas las cosas culturales, preguntó al Cheloca –que todo lo sabía, que todo lo descubría en el pueblo– dónde estaban sus hijos. El Cheloca se hizo el remolón pero, ante la insistencia del viejo, tuvo que aclarar:

–No tardan, Tío. Se nos incorporan en el tiatro. Orita están en ca del tío Gallina. ¿Digo, viejo, me da el chupito ... ?

El viejo le invitó el chupito, pero maldijo un rato:

–No li hace que ya estén en la edá. Es peligroso ...

El tío Gallina tenía puesto burdel con un personal extraordinario: su mujer y sus hijas. El apodo le venía de la pregunta ritual hecha, entre carantoñas, a cada cliente:

–Digo, hijo, ¿qué prefieres: polla o gallina?

Pero al fin nos fuimos todos al teatro, que estaba, la luneta, a reventar. En el escenario estaban ya el señor presidente municipal, acompañado de la presidenta; la señorita Delgadillo, que iba a tocar un prelude de Chopin al piano; el conferenciante y los munícipes. El conferenciante estaba visiblemente nervioso. Había agregado, a su estrenado traje negro, una camisa de primera y corbata roja, de palomita. ¡Un cromo! Al fin, la señorita Delgadillo –cuarenta cloróticos años, tristeza de señorita de cuarenta años– tocó a Chopin, sospecho que removiendo al tísico en su tumba. Y luego el señor presidente municipal, ante el profundo, respetuoso silencio de toda la concurrencia, se puso en pie para presentar al conferenciante:

–Señoras y señores: tengo la honra de presentar a ustedes al señor licenciado Zamudio... (Aplausos prolongados y uno que otro ¡viva! salido de galería) ... El señor licenciado Zamudio que es, para honra nuestra, nativo de nuestra ciudad, tiene preparada una conferencia que redundará en beneficio de la cultura local. Los haches

miembros de este hache ayuntamiento ...

–¡A ... chingao! –aulló el Cheloca, pero fue callado inmediatamente por cientos de ¡ shs! indignados. El señor presidente pudo continuar, satisfecho de la reacción del público:

–Este Ayuntamiento, decía cuando algún salvaje pretendió callarme –y el presidente buscaba con los ojos al culpable y buscaba, también, al comandante de policía–, ha dado al señor conferenciante toda clase de facilidades, cumpliendo con las instrucciones dadas por el señor gobernador del Estado, en el sentido de facilitar toda manifestación que redunde en mejoría de la cultura general. ¡ Con ustedes, el señor licenciado Zamudio!

Fue una ovación estruendosa. Zamudio, hasta entonces lívido, se mareó en la borrachera del aplauso, sonrió abiertamente, se tragó el miedo y como el torero que va al toro pasado el primer susto, carraspeó:

–La cultura de los pueblos, señoras y señores, se manifiesta a través de su modo de hablar. Por la palabra –y "Al principio era el Verbo", dice el Génesis–, la maravillosa palabra de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides, de Sócrates, de Platón, sabemos lo que fue el pueblo griego, padre de la cultura occidental; por la palabra de Catón, de Cicerón, de Séneca, sabemos lo que fue la cultura romana, madre del Derecho universal; por la palabra de Montesquieu, de Buffon, de Voltaire, de Rousseau, sabemos lo que fue el Siglo de la Enciclopedia, en Francia ... Ahora bien: ¿ cómo olvidarnos del bello idioma español, ese idioma que nace con el Poema del Mío Cid, hijo a su vez del mester de juglaría y del mester de clerecía; ese idioma terso, agresivo, furioso como el mar y suave como las nubes en reposo; ese idioma que don Miguel de Cervantes y Saavedra, príncipe de las letras castellanas, llevó al terreno social en su máxima creación, el Caballero de la Triste Figura... ? Alguien inició un aplauso. Los pescadores de galería, que no entendían una palabra, voltearon a ver a su líder, el Tío Tamarindo. Y el Tío Tamarindo se encogió de hombros y empezó a aplaudir, en lo que fue imitado por su tropa. Entonces, ante la ovación que interrumpía su decir, el señor licenciado Zamudio cayó en la locura lírica, a lo Castelar, a lo García Toronja –¿o es Naranjo?–:

–La lengua española, que nace del Ideal, que a través del Ideal sube a los cielos, se remonta más allá de las estrellas y llega a besar a Dios... La lengua castellana que endulza las cuerdas de las ninfas, que hace llorar a las musas, que...

–¡Prrrrr...! –el Tío Tamarindo no aguantó más y soltó la más sonora trompetilla que he oído en mi vida.

El orador estuvo, por un momento, silencioso, igual que el público desconcertado. Pero Zamudio, después de todo, era paisano: miró directamente al hombre de la trompetilla y gritó:

–¡Ah, Tío Tamarindo: ya te conocí la voz. La próxima trompetilla se la vas a echar a tu chingada madre! Y se acabó el discurso...

DOS VELORIOS

Entró por La Trocha la Juana, gritando, jalándose los pelos, bajándose los pellejos de la cara prieta y amarilla. Y en la calle de la ribera, al toparse con la plebe, que vivía espionando al Pacorro para saber los resultados de la "faena" de don Macario, empezó a dar explicaciones entre chillidos y moqueos, de tal modo que sólo el Tío Tamarindo, hombre viejo experto en mujeres que lloran, pudo hacer la traducción, la espantosa traducción:

–Juana dice que el Alejo se volvió loco. Ora en la madrugada –ustedes saben que

viven en un rancho, aquí a legua y media— él se fue al monte y ella bajó al río, a lavar la ropa. Dejó al crío sobre un petatito, en el suelo. Cuando ella y él volvieron, que se arrojaron al mismo tiempo, se encontraron la cosa mala: ¡el tigre! ... El tigre, que entró y comió ... La Juana sabe que no es malo que se muera un angelito, porque sube derecho al cielo. Pero hay que hacerle su velorio, vestirlo todo de blanco, ¡cantarle "Los Matachines" ! El animal, por supuesto, dejó bastante para enterrar. Pero el Alejo, desde esa hora, sacó a Juana de la casa —¡no la ha dejado, ni siquiera, arrullar lo que quedó!— y está escondido en el cuartito de la cocina, junto a la pieza grande donde están los restos, con el machete en la mano...

La historia era espantosa, ciertamente. Yo me puse a temblar y me acurruqué en pie, junto al Tío. Entonces don Macario, sabio universal, se dirigió a la Juana con una voz dulce, con una ternura vibrante que yo nunca le había visto al viejo cuentero:

—Mira, hija, ya no te apures. Tu angelito se va a ir al cielo. Habrá velorio, te lo juro ... por la Virgen Santa... habrá velorio! Lo que le pasa a tu Alejo es que quiso mucho a tu hijo y que está loco, pero con una locura que se le pasará en cuanto vuelva el animal. Tú sabes, hija, que el tigre vuelve siempre a donde dejó los restos de lo que mató ... Me duele, me asquea hablarte así, pero es la verdad: cuando el tigre vuelva, tu Alejo le arreglará las cuentas. Y entonces habrá velorio, y tu angelito, te lo juro por la Virgen, entrará al cielo... todos nosotros, ¿verdad, muchachos?, te acompañaremos y acompañaremos al Alejo. Pero ahorita tú tienes que echarte un dolor inmenso sobre tu inmenso dolor: te voy a llevar a casa del señor cura, que es tan bueno, que habla a solas con la Virgen, y allí te vas a estar hasta que te avisemos que todo terminó. Porque si andas cerca de tu rancho, el animal se espanta, y no vuelve ...

Don Macario tenía humedecidos los bigotes, amarillos a fuerza de nicotina y más nicotina. Delicadamente, como si la pobre mujeruca fuera de porcelana, la abrazó por los hombros y, mientras le repetía la tremenda explicación hasta que ella logró entenderla, la fue empujando a casa del señor cura, de donde volvió a poco ya reanimado.

—¡Pobre mujer! —comentó, tratando de disimular— ... Eso me recuerda el cuento de un velorio que ... —se le quebró la voz. Sacó el pañuelo, se sonó escandalosamente, se sonrió, como un chiquillo cogido en una travesura—: la verdad, ahorita no estoy para cuentos. Tío: ¿nos echamos la segunda?

—Nos la echamos, don Macario, ¡no faltaba más!

Pero ese día tenía que traer cosas tremebundas: estábamos todos en el changarro cuando oímos el escándalo: ¡y el escándalo venía de la tienda! Nos asomamos, corrimos como locos, y alcanzamos a ver al viejo gachupín mojicón y mojicón contra el pobre del Pacorro, que nomás se agachaba según lo tupido de la golpiza, mientras el viejo vomitaba furias:

—¡A mi niña no, ingrato, a mi niña no! —y le daba y le daba, cabalmente loco, mientras de la boca y la nariz del molleja empezaba a salir la sangre. Todos rodeamos a la pareja y ya iba a intervenir don Macario, dolido ante el castigo feroz, cuando surgió la Epifanía: ¡Sofía estaba en la puerta llorando! Aunque lejana siempre del pueblo y sus cosas, escondida siempre en las habitaciones que eran la trastienda, bien que sabía en dónde estaba la autoridad espiritual, porque después de gritar un ¡papá! que inmovilizó al gachupín y lo dejó mirándola con odio y ternura a la vez, se dirigió a don Macario:

—Señor —le dijo, con su voz que era una caricia, ¡cabalmente una caricia!— le ruego que entre, junto con mi papá. Y tú, papá, deja a ese pobre muchacho, que ninguna cosa mala ha hecho ...

Los pescadores se hicieron cargo del Pacorro, que, molido, no acertaba a decir esta boca es mía, con mayor razón que la boca que tenía no era, propiamente suya, sino de

los puños del viejo gachupín. Y don Macario y el viejo se vieron y se encerraron – porque el gachupín cerró las puertas de su establecimiento, todo rencoroso, todo mudo– con la Sofía. Cuando el molleja pudo hablar empezó a explicarse y a lloriquear:

–Yo no la abracé ... a la señorita ... ella fue la que me abrazó a mí... que porque sufre mucho... que porque un tal Pedro ya se largó de aquí... y entonces vino el viejo ...

Las caras de los pescadores no son para explicarse. Y menos, creo, la mía: ¿conque Pedro, aquel Pedro silencioso amigo de Chico Fuerte, se había llevado lo que se llevó? Aprendí, entonces, que los muy callados y muy bragados les gustan a las mujeres.

Pero toda la tarde fue un ir y venir de los demonios. ¡Y nosotros mordiéndonos las uñas, sin saber nada de nada! Primero salió don Macario, que tenía la virtud teatral, porque al pasar frente al changarro, y ante las señas inquisitivas de la plebe, nomás hizo un gesto de que se esperaran. Volvió, al rato, con el cura. Media hora más de espera. Al fin el cura salió y vino directo al changarro, donde el Pacorro, con tres viajes y medio de "sangre de pichón", empezaba a consolarse, amén del hielo, el bisté y el vinagre sobre las heridas, que se las estaban deshinchando. El cura se dirigió exclusivamente al molleja, ¡sin aclararnos nada!, porque era tan teatral como don Macario:

–Pacorro, el señor de la tienda quiere hablar contigo ... no temas, Pacorro, ni te echas para atrás, ¿no ves que yo voy contigo, y, que además, allá está, con él y con la señora Sofía... digo, con la señorita Sofía, el propio don Macario, tu amigo del alma ... ?

¡Había dicho, y estoy seguro de que lo hizo con toda intención, "señora Sofía"! A todos nos dio un vuelco el estómago. Al fin el Pacorro, desconfiado, todavía lloriqueando a veces, haciendo pucheros de mocosos, se fue con él. ¡Si acabáramos! Una hora más tarde –¡lo que se llama una hora, que entonces se nos hizo un siglo!– salieron, como siempre del brazo, don Macario y el cura, que, sin dignarse mirarnos a pesar de nuestra desesperación, siguieron derecho para el curato. ¡Pues los seguimos, no faltaba más!

Se juntó la plebe. El cura ordenó a su ama de llaves que se llevara al interior a la Juana, que estaba como hipnotizada, como idiota, mirando un punto fijo y hablando en voz baja no sé qué cosas. Y luego don Macario tuvo que explicar las cosas en vista de los escrúpulos del cura:

–Sería pecado, y esta vez me refiero a pecado contra mi representación –dijo el padre– que yo entrara en explicaciones del pequeño sainete que acabamos de presenciar don Macario y yo. Por lo tanto, y sin recomendarle una discreción que sé le sobra, dejo la palabra a don Macario...

Don Macario saboreó, primero, su copa de vino dulce. ¡Condenado viejo cuentero, fue la única vez que me cayó mal! Estaba dándole tiempo al tiempo, quemándonos en impaciencia. Luego soltó la historia, poco a poco; jalando el chinchorro, como quien dice:

–Va a haber boda. Tío Tamarindo: aunque por otros caminos, caminos verdaderamente insospechados, nos hemos salido con la nuestra... va a haber boda entre el Pacorro y la señorita Sofía. Vamos a ver: ¿quién conoció a Pedro López?

Surgieron varias voces, entre ellas la mía, pero al fin se impuso la del Cheloca:

–Yo fui su socio, su mandadero, su amigo, don Maca. ¡Un macho, de veras un macho! Se fue de aquí hará... pos ora verá usted: ¡ se fue cuando usted y aquí el señor padre marcharon a Veracruz a conseguir a don Pacorro!

–Bueno: pues ese que se fue de aquí ese día; ese Pedro López al que nunca llegué a hablar, ni a ver siquiera ... ¡ maldita sea, que eso sí me duele, porque algo debe tener el pelado!; ese Pedro, señores, fue el gañón... Y ahora, gracias a los buenos oficios del señor cura...

–Y. de usted, don Macario –concedió el señor cura.

–Y los míos, pues... gracias a nuestros buenos oficios, habrá boda urgente entre el Pacorro y la señora Sofía, que no está muy conforme que digamos, pero que no tiene más remedio que someterse a la autoridad eclesiástica, a la autoridad civil y a la autoridad paterna. De manera ...

Don Macario no pudo continuar. En la puerta estaba Alejo con una carga monstruosa en la que se mezclaban la piel de un niño con la piel de un tigre, ambas chorreando sangre. Tenía en los ojos el brillo de los ojos de los chaneques, según dicen quienes los han visto en el monte:

–Padre –dijo, dificultosamente–, por favor, háblele usted a mi mujer... la Juana... y échele a mi hijo la bendición... que ora en la noche tenemos doble velorio...

BÉISBOL

ANUDO el hilo de mi relato lugareño, roto porque quise contar el recuerdo de la boda entre don Pacorro y la hija del viejo gachupín. Ahora vamos río arriba toda la plebe, con el equipo de béisbol en el bote insignia. El brazo del río nuestro padre sale de frente al puerto, haciendo la contracorriente y deteniendo el paso de la masa de agua de la laguna, que lucha por salir al mar, a morir y a vivir al mismo tiempo. Son, con el ronroneo flojo de los motores elementales, alrededor de dos horas de peinarle las barbas al río de las mariposas, como quien afeita al revés de la raíz. Y en esas dos horas la plebe, con el Tío Tamarindo al frente, trae un relajo de los cien mil diablos piropeando el lanchón en el que va el tesoro de las muchachas. El tesorero —¡ cómo no!— es el viejo cuentero don Macario.

Pero hay un calosfrío inquieto, más que en los jugadores, en los aficionados. Cuando dos pueblos que viven del mismo río coinciden en una competencia deportiva es que, simplemente, quieren continuar el odio de campanario, la eterna batalla. Ha habido hace unas semanas un fracaso del equipo porteño, ¡ pero un fracaso, qué caray, ante el mismísimo "Águila" de Veracruz! Ganaron los prodigios del viejo Agustín Verde al son de veinte carreras contra cero y aún el tercera base lugareño perdió, por culpa de una "línea" terrible de Tito Avila, la dentadura toda. Ese tercera base es yerno de don Macario, a quien ayuda a esquilmar a los causantes en las oficinas del Timbre. Con todo y el desmayo del aprendiz de pelotero, y la abundante hemorragia, y una hinchazón de padre y señor mío, la plebe tenía que desquitar de algún modo el coraje de la frustración. Es cierto que el "manager" del equipo aclaró, muy deportivamente, la cosa:

—¿Y a poco se creen ustedes que es un fracaso perder con un equipo como el "Águila", que le ganó a los campeones del mundo? ¿Ustedes creen que ese pobre muchacho está acostumbrado a fildear pelotas de campeones? ¿ Se creen que el boticario, y el del canaleta, y nuestro pitcher Ramón, van a poder con el "cocuite" Barradas, y los hermanos Pintueles, y los Cabal, y ese bárbaro de Janiquet? Antes debían de ir tomando en cuenta que nos sirvió de mucho aprendizaje y de entrenamiento para poder ganarle, dentro de poco, a los apretados ...

Algunos de la plebe parecieron entender, pesar las razones de don Chon. Pero el Cheloca —el Cheloca tenía que ser!— fregó las cosas:

—Una cosa, tío Chon, es perder en un juego, ¡y otra cosa es perder por veinte a cero!

El Cheloca ... ¿ llevaba la razón? Quién sabe. Pero lo cierto es que en el momento de acabar el juego, y después de que la plebe, rencorosa, despidió en la estación del Piojo al equipo jarocho, la masa de pescadores aficionados se desplazó frente a la casa de dos pisos de don Macario para empezar una sinfonía más desesperante que la de los batracios toda la condenada noche en todo el condenado río:

—Perdieron los timbreros ... perdieron los timbreros ...

Tuvo don Macario que salir, furioso, pasadito de tragos, pistola eh mano. Y como la pistola, porque todo el mundo sabía que no mataba una mosca, no surtiera efectos, recurrió a la diplomacia ante el jefe de las patas rajadas:

—¡Parece mentira, Tío Tamarindo, que usted permita esto! ¿ No oye los llantos de la pobre de mi hija que está fregadísima con un marido chimuelo para siempre?

La derrota escoció y ahora llena de preocupaciones estas cabezas tan buenas como frívolas. Yo me acuerdo del silencio de los del equipo, porque con ellos voy, acurrucado a proa, como siempre, a manera de mascota. Y ese silencio nervioso contrastaba con el

escándalo pajarero de las muchachas y el relajo rijoso de los pescadores. Don Macario, a media marcha, organizó un coro femenino. Seriamente –para algo había sido tenor de zarzuela, "aunque nada más en calidad de aficionado"– usó el dedo índice derecho a manera de batuta. Y las voces chillonas y en su mayoría chimuelas –que la característica de esta gente prodigiosa de Sotavento es el no tener completa la dentadura– de las muchachas empezaron a espantar las garzas de los remansos:

"¿Dónde estás, corazón ... ?"

En el bote tesorero solamente un hombre calla, sonriendo con gesto de superioridad. Es el umpire, que se pronuncia ampayer. Viene de Veracruz y es la solución a la serie de problemas que ha traído aparejado el juego de pelota entre dos pueblos que juran detestarse. Porque ni los apretados querían un ampayer del puerto –"Eso es dar dado"–, ni los porteños querían un juez del pueblo de los apretados –"Una chingada ... para eso no jugamos"–. Al fin don Macario, ¡siempre don Macario!, halló la solución:

–Lo que han de hacer es proponer un ampayer de Veracruz.

Tío Chon consideró las cosas. Luego preguntó, inquieto:

–¿Honrao?

–¡Honrado, pues no faltaba más! Y es muy amigo mío –contestó el viejo cuentero– no porque a mí me importe un demonio eso del béisbol, sino porque le gusta el nanche que da miedo...

El Tío Tamarindo terció:

–Bueno: pero van a decir que usted, don Maca, por ser su amigo, lo va a obligar a...

–¡De mí no duda nadie, y mucho menos de mi honradez! –se defendió el viejo mordelón–. ¿A poco cree usted que yo le doy importancia a un juego en que dieciocho adultos se pelean por una pendeja pelotita que ni siquiera es suya?

Las cosas se arreglaron, finalmente, porque don Macario hizo aparecer la gestión como nacida del cura. Y los apretados no se atrevieron –aunque de sus pensamientos no salgo fiador– a maliciar de un representante de tal Potencia. Y ahora el ampayer va oyendo el coro y sonriendo con la superioridad que le da el ser juez de un encuentro que es casi de vida o muerte; y la otra superioridad, la verdaderamente superior, la de ser fuereño, y de una verdadera ciudad ...

El pueblo de los apretados es tan bonito como feo mi Puerto. Andalucía, con todo su color, su sabor y su reaccionarismo sigue viva en estas gentes lánguidas y finas. El parque del pueblo, con dos iglesias, una blanca y otra azul, cabalmente de azúcar y de caramelo, y cuatro palmeras centinelas cuidando que el río no se desborde, es una maravilla de alegre verdor con estallidos de colores florales. Y las callecitas, algunas embaldosadas y las más con una ligera barba de pasto fino, se pierden, íntimamente reaccionarias, jugando al escondite. Las casonas son sobrias, frescas y enormes. Y en cada casa, aunque la crisis sea el principal inquilino, hay piano de cola, y en los baúles "mudos" la seda cruje entre las bolas de alcanfor.

Los dos Presidentes Municipales se abrazaron rumiando sus rencores y las dos plebes aplaudieron con una tibieza embarazosa. Y del curato salió el padre, ¡nuestro cura!, muy de palique con el cura de los apretados. El Cheloca rumió sus amarguras y las escupió en reproche:

–¡Ya! Que se me hace que el padre se está pasando del otro lao...

Pero el Tío Tamarindo, respetuoso de lo respetable, se escandalizó:

–¿ Maricón nuestro padre? Mira, Cheloca que ...

–No, Tío, no lo digo por eso, ¡si yo conozco tres chiquillos suyos, por lo menos! Digo al otro lao por la traición al pueblo...

El Tío se serenó:

–Ah, eso... No, Cheloca, no te apendejes. La Iglesia, has de saber, no agarra partido

en pleitos de poblados... ¿o miento, don Macario?

Don Macario frenó el trotecillo que iniciaba para caer en brazos de su amigo el cura y apoyó la tesis:

—Cabal, Tío. La Iglesia aprovecha estos pleitos, que es distinto, para acabarnos de fregar —y luego siguió su marcha, se abrió en sonrisa—: Quihubo, padre, ¡ el gustazo ...!

* * *

Para la séptima entrada —que llaman *inning* los conocedores— y que es, según los conocedores, "la cardíaca", el partido iba empatado a cinco carreras por bando. El "parque" era una llanada irregular, más bien en forma de trapecio, entre el río nuestro padre y las casas de la ribera, señoriales, en cuyos altos y frescos balcones se apiñaban las muchachas y las "familias decentes", en tanto que las plebes rodeaban la cancha propiamente dicha. Para esa séptima entrada cada equipo había tenido una baja y, por consiguiente, un cambio. El Manchao, del puerto, sacó una luxación cuando metió el pie derecho en un hoyanco pavoroso. Fue substituido rápidamente entre un coro de lamentaciones, porque el Manchao era bueno para batear. Por su parte, el equipo de los apretados sufrió la baja de su mejor jardinero cuando se rebanó todo el dedo gordo del pie derecho —que el jugar descalzo era entonces cosa común y corriente— al pisar las conchas de ostiones que por miles formaban una pequeña loma, llena de moscas, en pleno "right". Fue substituido, absurdamente entre aplausos de la paisanada apretada, por un muchacho al parecer desconocido, ya que el Cheloca, enciclopedia local, se rascó el coco:

—Y ora ese ... ¿de qué familia será?

El Tío, pajarero, prefirió transar con la sospecha negra:

—Ten de seguro que es de este pueblo. Lo que pasa es que la mayoría de éstos, cuando apenas mariconcitos, se van a Jalapa, o más arriba, a México, a estudiar...

Ya no le tocó fildear pelota alguna, en ese final del sexto *inning*, al misterioso suplente de los apretados. Vino la ofensiva al bat de mis paisanos en esa séptima —cardíaca— entrada. Pero le tocaba a la parte floja con la majagua, y uno de nuestros hombres sacó un elevadito tono, y otro, de foul, rompió dos vidrios de cierta casona antes de poncharse, y el último no pudo más que batear una bolita inofensiva. Los tres outs fueron realizados rápidamente. Y entonces llegó lo duro, porque tocaba cerrar al equipo local. Y le tocaba batear a "la batería", excepción hecha del buen jardinero que había sido substituido por el desconocido que tomaba su turno al bat.

Ramón, nuestro pitcher, estaba visiblemente nervioso. Cheloca lo llamó, hicieron un muro circular humano los de nuestra plebe y cuando salió de él, Ramón venía farolero y retador. ¡ El refino, que pega y repega! Subió al "box" con andares de campeón y muchos de nosotros reconocimos, en sus pasos y en el modo con que se untó los dedos de brea, una caricatura de los movimientos exactos, felinos, prodigiosos, del "cocuite" Barradas. El catcher de los apretados se paró en el home plate. Nuestra plebe empezó a gritar simplemente por hacer bulla y poner nervioso al bateador:

—¡ Malo, malo, malo, malo....!

Y entonces la otra plebe —que el refino, en siete entradas, había hecho ya muchos estragos en ambos bandos— soltó a su valedor, a su gritón particular, específico:

— ¡Pégale al borracho, pégale al borracho!

Mis paisanos quedaron de pronto silenciosos. Era aquella una voz tipluda terriblemente chillona, que positivamente raspaba las membranas auditivas, que se metía en el cerebro, que destemplaba los dientes, ¡ que se debía oír hasta el mismísimo puerto! Pero el Cheloca reaccionó:

—¡Poncha a los maricones, Ramón, a los maricones !

Aquello desató la guerra verbal. Nuestro cura, que desde un gran balcón señoreaba el espectáculo junto con su colega, trató de hacerse oír, hacía señas exageradas, meneaba nerviosamente la panza. Don Macario, junto a él, acomodado entre las muchachas, buscó, más sereno, entre la multitud, hasta que dio con mi cabeza pelona. Vi claramente, por el movimiento de sus labios, que me gritaba:

—¡Ven acá, muchacho!

Corrí, no sin pena, hasta debajo del balcón. Entonces pude oír la voz de nuestro cura, que gritaba, y fuerte:

—Eso es pecado ... ¡ pecado de inteligencia!

Don Macario calló, con un respetuoso ademán, al representante celestial; hizo una bocina con las manos y me ordenó:

—¡ Corre y dile al Tío Tamarindo que pare el mentadero, el mentadero!

Corrí hacia el viejo, alebrestado también por el refino, que hacía guardia junto al Cheloca y sus gritos:

—¡Dice don Macario que pare usted, el mentadero!

El Tío, siempre dispuesto a escuchar las voces de la razón, le tapó la boca, literalmente, á nuestro mejor gritón. Y por un momento no se oyó sino la voz enemiga:

—¡Pégale al borracho, al borrachín!

Entonces la plebe se insubordinó. Hizo a un lado al Tío, y formando un coro realizó un pequeño ensayo mientras nuestro pitcher pedía "tiempo" para darle otro llegón al aguardiente, lo que alebrestó definitivamente a la plebe contraria, que se soltó:

—¡Borracho, borracho, borracho! —en un coro espantoso.

Ramón, al volver a su sitio de lanzador, hizo un ademán francamente porteño, volvió al rito de los movimientos copiados al "cocuite", escupió por un colmillo, cerró el ojo al Cheloca y lanzó la pelota más rápida de su vida. Esa pelota era definitiva para el bateador, que ya estaba en dos strikes y una bola. Y con el bat en las manos se quedó, que así de rápido, un relámpago, pasó la pelotita. ¡ La que se armó entre nuestra plebe! El son de los Huesca se soltó con el siquisirí, y el Cheloca, alzando los dedos gordos, le hizo pareja a Cheto el camaronero para hacer un zapateado descalzo. El ampayer marcó el "¡fuera!" con gran espectacularidad, y un nuevo bateador apretado se paró delante del catcher y del propio ampayer. Y otra vez la voz tipluda nos desgració los dientes:

—¡Pégale al borracho, al borracho!

—¡Poncha a los maricones, a los maricones!

Ponchó a ese bateador nuestro Ramón, a cada pelota más rápido y arrogante, y nuestra plebe armó un escándalo alegre, fenomenal, y hasta me di tiempo para ver cómo nuestro cura le hacía algún respetuoso chiste a su colega, que no tenía cara, por cierto, de muy buen amigo que digamos. Y entonces se paró el suplente, el desconocido, con el bat en la mano. Era pequeño de cuerpo, delgado, de poca estatura. El Cheloca soltó una carcajada franca:

—¡Si ponchastes a las matildonas, mi Ramón, cuantimás al coime!

Ramón volvió a hacer de Barradas. Se fajó los pantalones. Sonrió. Escupió. Cerró un ojo. Se untó brea en los dedos, rasposos a fuerza de cortadas y pequeñas heridas abriendo ostras, lo que le permitía asegurar que las curvas eran, en él, naturales, y soltó una pelota rápida. El ampayer, estrictamente justo, cantó:

—¡Strike!

La plebe apretada comprendió que había llegado la última oportunidad, porque la "batería" fuerte había terminado su desfile. Y calló. Calló hasta el de la voz chillona. Entonces Cheloca, conocedor, aconsejó:

—¡Trabájalo, mi Ramón!

Ramón tiró una bola curveada que se salió demasiado. El ampayer, de vista de lince, cantó:

—¡Bola!

El Cheloca se regodeó y hasta le echó una mirada al tío Chon, nuestro manager, que aplaudía y gritaba cosas que nadie oía:

—¡Así, mi Ramón, trabájame bien!

Nuevo lanzamiento lejano. El ampayer, cada vez más seguro de sí mismo, sentenció:

—¡Bola!

Cheloca volvió a usurpar las funciones del Tío Chon, que seguía chocando las rudas manos:

—¡Ahora, mi Ramón, la recta!

Y Ramón tiró la recta. Fue una pelota que era un verdadero rayo. Pero el suplente adelantó un paso cuando Ramón balanceaba por última vez el pie contrario, templó los músculos, aguzó la vista, trabó las mandíbulas. Y con doble rapidez a la de la bola, con una facilidad de movimientos verdaderamente elegante, hizo chocar el bat con la pelota, que salió rebotada perdiéndose en la lejanía. La voz chillona dominó el tumulto:

—¡Se va, se va, se fue!

La pelota, en efecto, se perdía de vista y viajaba, satélite espacial, hacia las aguas del río nuestro padre, que discurrían tranquilas más allá de donde la supuesta cancha terminaba. Un alarido de los apretados contrastó, antes de que la pelota se hundiera en el río, con el gelatinoso silencio de los nuestros:

—¡Jonrón!

Yo, desolado, eché un vistazo hacia el balcón del cura y don Macario. Y vi claramente —y es mi deber hacer la confesión— cómo el viejo cuentero miró directamente al ampayer, quien directamente había perdido la trayectoria de la bola para mirar a don Macario. Y vi, después, cómo don Macario apretaba los puños, recogía los brazos y los jalaba violentamente hacia su cuerpo, en seña mitad de lépero, mitad de conspirador. El ampayer hizo un ligero movimiento de cabeza, de arriba a abajo.

El bateador trotaba, con aire triunfal, de base en base. Y entonces surgió lo inaudito: el ampayer salió de junto al catcher, invadió el terreno de juego y empezó a hacer señas al corredor para que volviera sobre sus pasos. La plebe contraria empezó por desconcertarse; pero las señas del arbitro fueron de tal manera claras que el silencio se le cuadró, intrigado. Entonces oímos todos el fallo inapelable: —¡ Bola, mojada! No vale...

OTRA VEZ LA CELESTINA

EL PUEBLO, con el viento norte –uno de los primeros –estaba friolento y mustio. Parecía que la misma arena se sintiera avergonzada. Un friillo penetrante recordaba fracturas y resucitaba reumas, y las viejas, al amor de la leña, refunfuñaban:

–Más merecen los hombres, más merecen ...

Don Macario y el cura iniciaron las visitas bien temprano. Muy cogidos del brazo, aunque sin las risas de costumbre, más bien contagiados de la vergüenza general, cuando llegaron a casa del Cheloca cortaron un palique que se había convertido, en un final, en la confesión de un cura ante un masón:

–Lo peor de todo, don Macario –decía el cura entre suspiro y suspiro– es mi cuestión personal con el padre Fregoso. ¡ Por algo se apellida así! Sería pecado, y me refiero a pecado de inteligencia, no hacer acto de contricción, y ahora me refiero a pecado contra mi santo ministerio, y pedir perdón al buen Dios, que quieras que no su cólera es temible. Pero ese cura Fregoso ... –y veía al cielo sucio–: ¡ perdón, Señor ! ... ese cura Fregoso es un fregón!

–Y un mal aficionado, ¿diría usted? –preguntó don Macario, burlón.

–Yo no sé qué es eso de aficionado; aunque, mi querido amigo, andaría yo perdido en este Valle de Lágrimas si no cayera en la cuenta de que usted ha sido el culpable de todo

...

Don Macario detuvo en seco su marcha, zafándose de los brazos rollizos del cura:

–¿Culpa mía, padre, dice usted? –y tenía en los ojillos más risa que reproche.

–Culpa suya, don Macario, amigo mío. Yo no entiendo de ese mal... de ese bendito juego, pero he consultado por carta con mi colega de Santa Rosa, junto a Orizaba, que es gran aficionado a bates y pelotas. Planteé el caso con todas mis luces y el padre Matías me ha mandado decir, bajo juramento, que los apretados ganaron ese juego. Que eso es con ron ...

–Jonrón querrá usted decir, padre, y conste que yo tampoco sé de eso ...

–Jonrón, o como se diga, que a mí me tiene sin cuidado y presiento, por el giro que han tomado las cosas, que jamás en mi vida volveré a ver un juego de pelota. Y aquí caigo, con mortificación de mi alma, en su culpa, mi querido amigo: porque es evidente que usted, de algún modo, sobornó al ampayo.. .

–Ampayer, padre, ampayer ...

–Ampayer, o anmadrer, don Macario, ¡pero sinvergüenza como él solo!

Ambos amigos se miraron de frente y la risilla de conejo que don Macario inició, invitador, se hizo carcajada franca, a borbotones, en el cura, cuya panza era una coctelera.

–¡ Ay, don Macario, mire usted que acabar yo insultando al tal Fregoso, que fue mi propio compañero en el Seminario! ¿Qué tendrán esos juegos de pelota, don Macario, para ponerlo a uno así, olvidado de todo y de todos, y renegando de Dios? ¡Perdón, Señor! Y luego, ¿ sabe usted ya cómo andan las cosas en Jalapa?

–No, padre –inquirió don Macario, sonriente todavía–. ¿Qué ocurre con el señor gobernador?

–A mí el señor gobernador... ¡El señor Obispo, don Macario, el santo señor Obispo! Según sé, por carta del padre Robles, está furioso conmigo. Las intrigas, don Macario, las eternas intrigas eclesiásticas ... ¡ Perdón, Señor! ¿ Puede usted creer, querido amigo, que Fregoso hizo viaje especial a Jalapa para quejarse con el santo señor Obispo? Y me

acusó con él, según testimonio del padre Robles, no solamente de borracho –lo que en sí es grave, además de ciertísimo– sino de agresor. Ese colega mío, a quien el infierno confunda (¡Perdón, Señor!) tuvo la desfachatez de acusarme ante el señor Obispo, ¡y jurando decir la verdad por toda la Corte Celestial, de haberle dado de empujones !

–Y usted, padre –preguntó don Macario, recalcando las palabras con toda mala intención– ¿está limpio de semejante culpa?

–Don Macario, sería pecado –y me refiero a pecado de inteligencia, y hasta a pecado contra mi santo ministerio–, negar que lo mandé al carajo. ¿Pero empujarlo yo, don Macario, empujarlo?

–Usted, padre, usted, ante mis propios ojos, empujó al padre Fregoso, y aún lo apabulló contra la pared, ya que me obliga a decir la verdad; cosa que, por lo demás, me regocija todavía ...

El cura se persignó piadosamente, haciendo persignarse a algunas viejas que fregaban banquetas y corredores, en el trayecto. Luego se abrió de capa:

–Le confieso, don Macario, que he sospechado fueran verdad los horribles embustes de Fregoso... Pero, ¿quiere que le diga la verdad, la pura y neta verdad? ¡No me arrepiento de ello! No, don Macario, no me arrepiento... ese cura es un asco. ¡ Hipócrita, al igual que todos los apretados! Y esta vez, Señor, discúlpame por no pedirte, con el temor a tu cólera, el perdón que de continuo debe perdírsete...

–Y lo peor del caso que a Barrientos es la hora que no puedo sacarlo de la cárcel –apuntó don Macario, huidizo.

–¿Barrientos? ¿Quién es Barrientos, don Macario?

–El ampayer, mi cuate, señor cura.

Pero habían llegado frente al humilde jacal de Cheloca. La mujeruca del pescador hizo mil aspavientos ante visitas tan importantes y obligó a sus chiquillos a besar una mano olorosa a aguardiente. Una hormiguita arriera, mientras el cura y su amigo tomaban asiento frente al catre del Cheloca, la pobre mujer echó varios viajes a la cocina, separada del cuerpo de la casa, trayendo, cada vez, un racimo de plátanos, media papaya, sendos vasos de horchata:

–El señor padre dispensará, que somos pobres ...

El cura no se molestó en dar gracias algunas. Pero, inquieto, averiguó el estado del paciente:

–¿Vino ya el doctor?

–Vino ya, padre, vino ya. Que está mejor y que primero Dios y la Santísima Virgen se salvó ya este loco.

Cheloca, barbón, mugroso, quejándose más que de costumbre, intentó una sonrisa:

–Don Maca... señor cura... ya me ven: fregao...

–La pulmonía, hijo –sentenció el cura– es una lección que Dios te ha mandado para que aprendas a no ofender a tus semejantes. ¿Es verdad lo que dicen, que estuviste hasta la noche nadando en el río?

Cheloca se enfurece:

–¿Y cómo, no, padre, si esos cabrones, con los remos, y hasta a patadas, no me dejaron salir jamás? Y yo ahogándome, nada que nada, y horas y horas, agarré este frío... Oiga, ¡ don Maca!: ¿y el ampayer?

–Preso.

–No es justo.

–Es justo, hijo –dijo el cura.

–No es justo, padre.

–Bueno, Cheloca: es justo –concedió don Macario.

El Cheloca se rascó la cabeza: –Cheto tiene dos costillas rotas. Ahorita lo tiene el

huesero bien guindao...

–Y yo en la mañana fui a socorrer, espiritualmente, a Ramón, que tiene dos descabradas, pavorosas.

–¿Y el Tío Tamarindo? Ahora sí que está –aclaró don Macario– completamente chimuelo...

Entonces entró, renqueando, Juan Pipián:

–Su mercé, padrecito, que aquí está esta carta. Me la encargó el ama, en la parroquia.

El cura, nervioso, enrojeció cuando vio los sellos y los membretes del elegante sobre:

–¡Ave María Purísima!

–Sin pecado concebida –susurraron Cheloca y su mujer.

–¡Nada más esto me faltaba! –gritó el cura congestionado–. El señor Obispo... el señor Obispo, que me manda avisar de su llegada ... y por el texto de su carta, está furioso ... –Miró después al cielo, como si pudiera traspasar el techo de guano, y suspiró: –¡Béisbol!...

* * *

Me dolía ver al Tío Tamarindo con la boca hinchada, los labios de caimito y las encías, demasiado gordas, sangrando a cada rato. Y estaba junto a su catre con el cariño que siempre le tuve cuando entraron el cura y don Macario con caras de circunstancias, serio el viejo cuentero, aunque con un hilillo alegre en la frente, y angustiado, de verdad, el señor cura, que sin embargo pudo, todavía, hacerla de salvador,, así, con minúscula, para no caer en irreverencias:

–¿Y cómo andamos, Tío? ¡Maldito sea ese partido del maldito béisbol!

Don Macario soltó la risa franca, pero como el cura volteara hacia él la papaya de la cara, furioso» pidió disculpas:

–Usted va a perdonarme, padre ... ¡pero es que todo es divino!

–¿Divino, dice usted, don Macario? ¡Humano, demasiado humano será! ¿Qué voy a hacer ahora que llegue el santo señor Obispo por estos rumbos?

–Diga la verdad, padre –y don Macario sacó el flaco pecho heroicamente–. Diga que yo soy el culpable del zafarrancho. A mí, después de todo, la Iglesia me...

–¡Chitón! –y el cura hizo un escorzo que quiso ser bendición, persignada y signo conspirador–. ¡Chitón, que ya bastante mal anda la Casa del Señor en esta tierra de salvajes! Aunque, don Macario...

La cara del cura no se me olvidará jamás. Había clavado los ojillos, penetrantes, en el rostro un tanto desdibujado del viejo burócrata. Y poco a poco, mientras paría la idea, sonreía sin gracia, sin simpatía, más bien con rencor, aunque un rencor, después de todo, presidido por la picaresca. Don Macario alcanzó a vislumbrar algo. Y se defendió echando las manos adelante, como quien trata de evitar un choque:

–¡No, no y no, padre! A mí en líos de curas no me mete usted...

Pero el cura, desentendido ya del Tío Tamarindo, que hacía el mártir y fracasaba en su afán de despertar la atención piadosa de sus amigos, más de don Macario que del cura, seguía mirando a don Macario. Y cuando pudo digerir la ocurrencia sonrió abiertamente, aunque después adquirió la máscara impenetrable que acostumbraba ponerse en el sermón o en el piadoso chismorreó con las beatas:

–No voy a aplicar la Ley del Talió, amigo mío. Sería pecado, y me refiero a pecado de inteligencia, no caer en la cuenta de que los tiempos cambian. Pero quiere el más antiguo, sencillo y estricto sentido de la justicia que el causante de un daño... repare el dicho daño. Y usted, don Macario –alzó ahora la voz, la hizo un trueno–, usted, y nadie más que usted, ¡va a resolver este lío!

Don Macario reculó primero, pasmado. Luego, seriamente, como si tuviera entre manos el problema de su vida, planteó la cuestión:

–Usted sabe que Juárez, padre, peleó por la separación de la Iglesia y el Estado...

–¡A mí su Juárez, don Macario, me hace lo que el viento le hizo a su Juárez! –gritó el cura, despierto el afán polémico.

–Usted es un funcionario eclesiástico. Yo, civil. Para superar las dificultades cívicas entre las poblaciones de ambas ciudades he hablado ya con los respectivos presidentes municipales. Bien. Desde que aquí el Tío Tamarindo, en el asunto de la hija del gachupín y el precio del pescado, me convirtió en el Alcahuete Municipal, estoy dedicado a concertar bodas ...

–Entonces, está usted metiéndose en mi jurisdicción –terció el cura.

–No. Concierto bodas convenientes y en servicio de la colectividad. Usted recuerda, padre, que el Federico, hijo de nuestro presidente municipal, se puso el año pasado de novio con Gala, la hija del presidente municipal de los apretados...

–¡No voy a recordarlo! ¿Es que usted, a su vez, no recuerda que tuve que intervenir, a pedimento de la presidenta, para que el señor presidente no medio matara al muchacho, según decía, "por traidor a la carrera política de su padre"?

–Bueno. Pues cuando llegue su cura en colores, su santo señor Obispo... dígame que todo está arreglado entre los dos pueblos! Que el hijo del señor presidente municipal de nuestro puerto va a casarse, en gran ceremonia, con convite a lo largo del río, con la hija del señor presidente municipal de allá. Y que los dos pueblos serán invitados de honor, a manera de pública reconciliación...

El cura no hizo caso ya –si alguno había hecho antes– del pobre Tío Tamarindo y sus encías huérfanas. Cayó, gozoso, en brazos de don Macario:

–¡Amigo, yo sabía, amigo, yo sabía! –Luego pareció cavilar. Se echó atrás. Resopló– Pero... ¿cómo ha podido usted convencer a tan irreconciliables enemigos?

Don Macario sonrió:

–San Maquiavelo, padre, San Maquiavelo. Le dije a cada uno, con una cara de conspirador que me daba asco, que el señor gobernador prometía hacer diputado a cada señor, solamente a uno de ellos, ¿me entiende usted?, si ponían de su parte tan enorme sacrificio ...

Los dos amigos echaron a andar, rumbo a la calle, sin despedirse, siquiera, del Tío. Yo los seguí. Entonces el cura se paró a media banqueta:

–Pero ... ¿y cuando hayan sacrificado a sus hijos y resulte que ninguno de ellos sale diputado... qué le va a pasar a usted, don Macario?

Don Macario cerró un ojo y echó a andar, seguido del cura:

–Para las elecciones falta año y medio, mi amigo. Para entonces no serán diputados este par de bestias, por supuesto... pero serán abuelos! ...

EL CORONEL JUAN DOMÍNGUEZ

EL CORONEL Juan Domínguez había llegado al pueblo hacía unos cuantos días. Venía del rumbo de los ingenios y de los grandes plataneros. Lo vi, hermoso en su madurez, marcial en su uniforme, fuerte, arrogante, hablando con don Macario:

–Es la United ahora. Antes fue la Banana. Desde Oaxaca, por todo el Istmo, traen la guerrilla y el crimen. El Centro se cansó. Entonces el gobernador solicitó de la Jefatura de la Zona el poder utilizar a mi persona. Tenorio murió ya. Y he de acabar, yo, señor mío que abomino de toda violencia, con todos esos infames mexicanos socios de los gringos plataneros ...

Don Macario me miró de fijo. Me cerró un ojo aprovechando una distracción del coronel. "¿Para qué –pensé– me cierra un ojo a mí? ¿No se dará cuenta de que soy un chiquillo?" Lo cierto, ahora lo comprendo, es que el viejo entendía poco de toda aquella monserga. Pero el coronel Juan Domínguez, impecable en su modo de sentarse, en lo lustroso de las botas federicas, en lo brillante del bigotillo conquistador, siguió su exposición:

–Esos gringos quieren hacer del sur de México lo que han hecho de Centroamérica: una finca platanera administrada por un asesino natural del rumbo, que a su vez es el administrador de sus negocios. ¿Sabe usted cuánto me ofreció mister Wilson, don Macario, por hacerme de la vista gorda?

Don Macario reaccionó esta vez:

–¿Cuánto, mi coronel?

–Cien mil pesos ...

A don Macario los ojos le quedaron a diez centímetros, por lo menos, de sus respectivas cuencas:

–¿Cien mil pesos dice usted, mi coronel?

–Eso le dará a usted idea, señor amigo mío, de los millones que cada año se llevan de Chiapas, de Tabasco, de Veracruz, de Oaxaca ...

–Y, mi coronel... ¿usted rechazó esa proposición?

El coronel Domínguez se puso rojo, primero; pálido después. Se levantó del asiento en la absurda oficina de don Macario –una caja fuerte donde se guardaban, a veces, aguacates y quesos, y sobre todo botellas especiales; un escritorio hecho no de madera, ya no, sino de polilla, y tres sillas de "ojo de pájaro"– y se enfrentó al viejo cuentero, enorme, imponente, desafiante:

–¡Yo no permito, señor, que nadie dude de mi honorabilidad!

Don Macario tuvo un sobresalto que me chocó bastante. ¡Yo lo había visto, algunas veces, pararle los tacos al mismísimo capitán! ¿Por qué, entonces, se ponía pálido y temblaba? Entonces no comprendí su reacción. Ahora, es demasiado tarde para dárselo a entender. Lo cierto es que balbuceó, apenas:

–No he tratado de ofenderlo, coronel... es que ... usted es del ejército ... y ...

El coronel Juan Domínguez se había calmado ya. Ante la al parecer absurda explicación de don Macario se dio el lujo, inclusive, de sonreír. Y luego, volviendo a tomar asiento ante un jefe del Timbre sereno ya, con su color normal, lió un cigarrillo de hoja y tosió:

–Ahora lo entiendo, señor. Y tiene usted toda, toditita la razón ...

Aquel soldado guapo y grandullón, blanco, de ojos claros, criollo puro, se ganó mi secreta admiración. ¿Sería más macho que Chico Fuerte? ¡Quién sabe! Pero macho, lo

que se llama macho, seguro que lo era. Don Macario explicó:

–Usted sabe, coronel... ahora me doy cuenta de que trato con otra clase de hombre, pero...

–Lo sé, señor mi amigo, lo sé. Yo soy soldado, pero no robo. No me gusta matar. ¡Porque no me gusta matar, señor mi amigo, es que me metí a soldado, después de que pensé en matar, y en matar, y en matar!

Estaba otra vez rojo, sofocado, apoplético. ¿Qué pasaba en el mundo florido de nuestro padre el río que todo bicho viviente andaba enloquecido?

–Señor: yo necesito –y recalcó esta palabra, a la vez, como si fuera una orden de soldado, pero también como si fuera una súplica de pordiosero–; yo necesito, señor, ¡explicarle a usted por qué me hice soldado!

Don Macario, con lo chismoso que era, resistió heroicamente:

–Mi coronel: créame que estoy apenado. Pero de ninguna manera tengo yo por qué enterarme de intimidades de la vida de usted... Créame, coronel...

Pero el coronel Juan Domínguez, de pie nuevamente, estaba suplicante, casi lloroso:

–Necesito explicarlo, señor...

Don Macario me miró de frente. Salí de estampida por la puerta que daba a la escalera que trepaba a las habitaciones privadas del funcionario y su familia. Cuando llegué debajo del primer descanso me acurruqué, como si tratara de colarme en la covacha. Entonces el susto me paralizó: don Macario cerraba el portón que daba a la calle, cuyo chirrido conocía yo de tanto tiempo atrás. Vendría, luego, a la puerta frente a la cual, apenas sesgadito, estaba yo. Y vino. Me miró. Me cerró un ojo. Volteó al interior de la oficina y habló:

–Esta puerta queda entornada. Nadie nos oye. Se lo aseguro, mi coronel.

* * *

"Soy del Norte, señor mi amigo. Gente rica, de hacienda grande. He aprendido a hablar el español con los años que tengo de soldado, pero cuando era algo más que un chiquillo, algo menos que un hombre, hablaba mucho mejor el inglés. Me mandó mi padre a estudiar a los Estados Unidos, a Austin. Pocho. Ni modo... Cuando me fui empezaba la bola. Cuando volví andaba ya acabando. No sé por qué milagro la casa de mis padres, la hacienda de mis gentes, la honra de mis hermanas, todo se había conservado intacto en una zona que quedaba a no más de cien kilómetros de la ruta natural, de subida y bajada, de Pancho Villa. Para entonces, Pancho Villa había sido derrotado por Obregón en el Bajío. Andaba de forajido, lejos, afortunadamente bien lejos de nuestra casa, que yo me cuidaba de averiguar el punto. Me eché novia en el pueblo, que queda... que quedaba cerca...

"Una noche volvía, sobre el caballo que había sido de mi padre, muerto hacía dos años, de pelar la pava. Agarré el trote, con ayuda de la cercana querencia de la bestia, al coger el lado del cerro. A la vuelta vería las lucecitas de mi casa.

"Pero no eran lucecitas, no, ¡no eran lucecitas! Sentí, cuando vi lo que vi, que todo se me había secado. Enormes llamas alumbraban el cielo. ¡Y salían de mi casa, de la casa en que había dejado a mi madre y a mis hermanitas! Y desde lejos, más de medio kilómetro, unas sombras enormes, como murciélagos gigantescos, danzaban y obscurecían los reflejos del incendio. Corrí como loco, riéndome y llorando, repitiendo frases tontas, con el pecho seco, seco, seco! Todavía alcancé a oír el ruido de los cascos de sus caballos y sus alaridos, sus alaridos interminables:

»–¡Viva Villa! ¡Viva Villa!

"Mi madre estaba muerta. Sin manos. Un machete... De mis tres hermanas, una

quedaba viva. Las tres ... No he vuelto a verla desde que la dejé en un convento en El Paso. ¡Ni quiero verla! Y entonces, más seco que nunca, salí al patio de la hacienda. Me quemé –¿ve estas cicatrices?– con las llamas que lamían el portón. Palabra: ¡no sentí nada! Y miré para arriba, al cielo:

"–¡Maldito... mil veces maldito seas! –grité. "Luego me fui a dar de alta con los carrancistas. En el pueblo no sabían nada, ¡qué iban a saber, si me habían asegurado que los villistas andaban lejos, muy lejos, de mi casa y de mi gente! Yo no quería hacer, yo no pensaba hacer, yo no necesitaba hacer sino una cosa: ¡matar, matar, matar villistas, villistas, villistas! En mi cabeza, en lo que quedó de mi cabeza, un solo grito, un solo ruido, una sola obsesión: ¡Viva Villa! ¡Viva Villa! Yo quería villistas, villistas para mí solo, ¡para mi sólito! Villistas para quemarlos. Y para sacarles las tripas. Y para buscar a sus madres, y a sus hermanas...

"Entré de teniente. Y en cuanto combatillo hubo, que guerra de verdad no había y no podía conseguir un tiro en la cabezota de calabaza que me había quedado, maté, y maté, y maté villistas. Fui herido. Tengo seis cicatrices. Pero estaba de... estaba dicho por la suerte que no podía morirme. Hasta que una noche, ya capitán dizque por hechos de armas, cogimos tres prisioneros. ¡ Tres prisioneros villistas, señor! Y el coronel mi jefe, que sabía de mi historia, se fue y me los dejó en la ranchería, apenas con una pequeña escolta:

"–A usted, Domínguez, le toca fusilarlos. Es de justicia –me dijo–. Pero eso sí: nada de salvajadas. Fusílelos, nomás ...

"Luché las primeras horas de la noche, ya soldado, por vencer la disciplina y hacerles, a mis anchas, lo que soñaba hacerles. Estuve dando vueltas, a la luz de los candiles, viéndoles las caras hipócritas, prietas, sucias, de bandidos cobardes, cochinos, asustados como ratas. Y vuelta para acá. Y vuelta para allá. Ellos nomás miraban, y temblaban, y uno de ellos rezaba cosas raras, que oraciones no sabía o ya las había olvidado. Por ahí de las tres de la mañana decidí que nada más fusilaría. ¡Tarugo! –pensé–, ¿para qué, entonces, te metiste de soldado?

"A las cinco era el fusilamiento. ¡Si aclarara! Y vuelta para acá. Y vuelta para allá. Los candiles, firmes. Y las caras de esos bandidos ... tristes, secas, cabalmente con todo seco, los ojillos secos, la lengua seca, ¡seca el alma! Clareó, al fin. ¡ Las cinco! Y entonces reventé, mirando a mis soldados:

–¡Sáquenme a estos tales por cuales, que voy a ordenar su fusilamiento! ¡Voy a matarlos, bandidos, a matarlos, a matarlos!

"Ellos no podían moverse. A la luz, distinta, del día, vi que el rezador era apenas un chaval. Y a ninguno le quedaba ya nadita de lebrón. No podían moverse. Estaban secos. Fueron levantados, a golpes, y casi cargados por mi tropilla. Cuando salí al claro vi al cielo». Sereno. Estrellado. ¡ Maldito! Me volví, entonces, a mis soldados:

"–Muchachos: ustedes ... ¿jalan parejo conmigo?

"Todos dijeron lo mismo, temblando, y que no hacía frío:

"–Jalamos, mi capitán.

–¿En lo que yo decida?

"–En lo que usted decida, mi capitán:

"Entonces ya me eché de frente el alma:

"–Tú, Tiburcio: ¡ que todos monten en sus caballos, que están listos! Ustedes... no los voy a fusilar. Monten en ancas. Vamonos, a la pura carrera, porque si me agarra mi coronel nos fusila a todos juntos...

"Echamos al galope bajo la aurora fresca. Y entonces, créamelo, señor mi amigo, me oí gritar, a mí primero que a nadie:

"–¡Viva Villa! ¡Viva Villa!"

MONSEÑOR

TODA la plebe –y las "polveadas" por delante, naturalmente– estaba endomingada a la espera del señor Obispo, que tardaba tanto como Tío Concho. ¡ Delicia de aquel ferrocarril incomparable, hoy quebrado por una magnífica carretera que sirve al progreso, ciertamente, pero que mata la aventura! A las mil y quinientas apareció "la guajolota" resoplando en la curva adelante del camposanto, y un estremecimiento recorrió las filas de porteños. Él señor cura presidía la concentración de bienvenida, vestido con una corrección hasta entonces insospechada. Y lo extraordinario estaba en la presencia de don Macario, muy paradito, muy en su juicio, junto al presbítero, aguantando la sonrisa sardónica y las puyas de algunos pescadores:

–¡Ah, fray Macario!

El viejo cuentero, componedor universal, había resistido heroicamente los convites que, a señas, le hacían los contertulios del primer changarro, y daba a entender, con sus elocuentes manos, que pasando la recepción habría desquite, con tertulia y todo.

Pero ya baja –que lo veo como entonces– gordo, puro pujido, puro sudor, pura bondad reblandecida a fuerza de ser verdadera bondad, el señor Obispo. Es enorme, gordo, rojo, como una amapola, ciertamente parecido a nuestro cura, aunque existía entre ellos una diferencia colosal, nada fácil de explicar, pero definitiva, apabullante con sólo echarles una mirada: lo que en nuestro cura es gordura sensual es en el otro enormidad física, grandeza; lo que en el Obispo es sonrisa bondadosa en nuestro cura es mueca picaresca; lo que en nuestro cura resulta indudablemente una mirada que penetra hasta el fondo de los cuerpos, digo, de los cuerpos femeninos, en el Obispo es una saeta que se clava en las almas, buscando el dolor, para agrandarlo y bendecirlo por aliviarlo. El señor cura se arrodilla, todo hipócrita, ante el señor Obispo, besa su mano regordeta, echa los ojos al suelo:

–Monseñor, sea usted bienvenido a este pueblo, que lo adora. Todos estos corazones son suyos.

El señor Obispo sonrío más bien a la multitud que a su cura. Y pregunta, con su voz congojosa, asfixiada:

–¿Todos, de veras todos?

–Todos, Monseñor –dice el cura, palideciendo. –¿Hasta el señor cura? –vuelve a preguntar, implacable, el alto prelado.

–¡Oh, Monseñor!... –nuestro cura está pasando un verdadero calvario más por el dolor de la rodilla que sostiene su humanidad que por el ataque a su comportamiento, a su dudosa cristianería. –El Cheloca, apenas repuesto de su grave enfermedad, decide salvar al pastor de almas:

–¡Viva el señor Obispo! –grita. Y todas las gargantas le contestan con un ¡ viva! escandaloso que hace huir los patos al otro lado del agua remansada, allá lejos, donde la orilla finge espejismos.

El señor Obispo mira, hace rato, a don Macario. Y don Macario, que cae en la cuenta de la curiosidad la disimula. Pero el cura, a quien el Obispo no pide que se levante para acabar de fregarlo, extiende su mano derecha, y presenta:

–El señor es don fulano de tal –dice, a punto de llorar por el esfuerzo–. Aunque liberalillo y medio blasfemo, Monseñor, no es mala gente. Y ha dado los pasos necesarios para resolver el grave problema que nos aqueja...

–¡Ah, conque usted es el famoso don Macario! –dice, alargando su mano que el viejo

jefe de la oficina del Timbre coge y no se atreve a besar, y no se atreve a dejar de besar, hasta que el jefe eclesiástico lo saca de apuros—: No tiene por qué besar el anillo, si no es católico. Y le diré algo más, no sin antes hacerle la súplica de que pues usted parece ser su verdadero director espiritual y material, es hora ya de que ordene al señor cura se levante, pues parece sufrir demasiado haciendo el número siete. (Don Macario se azora y el cura, musitando cien disculpas, perdones y penas, aprovecha la ocasión para soltar un pujido largo y quedo, salido de su boca, y otro como pujido, corto y escandaloso, salido quién sabe de qué parte de su gigantesca humanidad, procediendo a levantarse con la ayuda de varios espectadores de la escena.) Le decía yo, famoso señor don Macario, que acepto los besos al anillo con resignación cristiana, pero no me gustan. Tuve, hace días, y como resultado de la lectura de un folleto de propaganda de ciertos laboratorios, la idea de proveerme de un frasco de alcohol para desinfectarme el dichoso anillo a cada beso. Pero luego pensé dos cosas que me impidieron rendir así acatamiento a la higiene: que hay algunos curas (y aquí miró duramente, hasta donde podía mirar duramente aquel santo, al pastor del lugar) con muy justificada fama de borrachos, y no es cosa de prestarme a la maledicencia de los masones como usted; y que hay muchos fieles más fieles al aguardiente que a la religión, de modo que no iba yo a saber si besaban el anillo por devoción o por diversión...

El señor Obispo ríe de buena gana, sacudiendo la enorme panza. Y todos los concurrentes, excepto nuestro cura, lo imitan. Don Macario pierde ya su color verdoso y olvida el gesto de desconfianza. Empieza, entonces, el besamanos. El alto eclesiástico echa a andar, ofreciendo su mano con gesto de fastidio y dice a don Macario, bien fuerte, para que lo oigan todos:

—Lo espero, dentro de una hora, en el curato, señor don Macario. Sé que es usted buen conversador, y además quisiera honrarme con el relato personal de usted sobre los acontecimientos vergonzosos del famoso partido de béisbol, y sobre el plan que tiene usted para reconciliar a los pueblos. Digo, si es que su logia y el gobierno de que depende no le prohíben acudir al curato, que no lo creo, porque según se me ha contado visita usted con frecuencia la casa de este pecador (y señala al cura, que ya no sabe dónde meterse), supongo que para beber en las fuentes de su sabiduría... —Ahí estaré, señor —dice don Macario recalando el señor, no vaya a ser cosa de que la plebe, que ya bastante se ha metido con él, le deje para siempre el motecito de fray Macario. Y luego, saliendo del corro, se dirige, veloz, hacia el changarro, donde el Tío Tamarindo le tiene ya, en fila sobre el mostrador, cinco nanches:

—¡Desquítese, don!

—Me desquito, pero... pero con estos cinco tengo. No me sirvas uno más, Juan, que dentro de una hora tengo que estar en casa del padre para hablar con el... padresote» Menos mal que este Obispo no es como el cuento de la monjita, ¿verdad?

Don Macario hace su pregunta y mira, invitando, a la parroquia,. Sabe muy bien que la parroquia desconoce el cuento, y no se hace de rogar cuando se lo piden:

"Iba yo una vez, por el Ferrocarril Mexicano, rumbo a México. Desde que subí a mi carro, de primera, vi a dos monjas acomodadas, muy rezanderas, muy modositas, aunque notablemente distintas: una de ellas era jovencita, preciosa, un durazno, cabalmente para comérsela con todo y cáscara. La otra una vieja superiora dura de gesto —¿Sor María de las Agruras?— y seguramente dura de alma, con bigote, y no con bozo, de modo que no se le hubiera ocurrido a nadie que tuviera nada sabroso. En Córdoba subió a nuestro carro la famosa ... (aquí el nombre de una efectivamente célebre cupletista, belleza oficial de la época, famosa por sus amantes millonarios), que venía de actuar en mi tierra natal, y que parecía un árbol de navidad de tan emperifollada. Aretes, collares, pulseras y anillos echaban un cardillo tremendo, con unos brillantotes enormes.

Mientras la monja vieja y fea miró con sobresalto, y luego con rabia, cómo la guapa mujer se sentaba precisamente frente a ella, no sé si por provocación deliberada, pues había otros asientos vacíos, o por el gusto de buscar los contrastes, la monja jovencita y bonita se entusiasmó y empezó a mirar a la cómica con unos ojos que se la comía. Pasado un rato, se atrevió a preguntar a la artista:

"-Perdone, señorita, pero... los brillantes de sus aretes, ¿son legítimos?"

"La artista sonrió insolentemente:

"-¿Pues qué creía usted, niña? ¡Claro que lo son!"

"-¿Cuánto le costaron? -preguntó la muchachita, soportando las miradas de fuego de la superiora.

"-No sé cuánto habrán costado -contestó con mayor insolencia la cupletista-. ¡Me los regaló un amante!"

"La respuesta, que puso frenética a la monja vieja, no alcanzó a enmudecer a la muchachita, que insistió:

"-Y las pulseras, ¿son también de verdad? ¿Podría decirme cuánto valen?"

"-No lo sé -volvió a decir la artista-. Me las regaló otro amante. Todo lo que traigo, que todo es legítimo y muy fino, me ha sido regalado por distintos, hombres, que han sido mis amantes..."

"La monjita se volvió, entonces, a la madre superiora y casi a gritos comentó:

"-¿Ya ve usted, madre? Y en cambio el señor Obispo no nos da más que estampitas..."

Don Macario terminó en poco tiempo las cinco copas -aceptando finalmente dos más, "para tener valor y decirle cuatro verdades a ese santurrón- y se encaminó, seguido como siempre por Juan Pipián, al curato. Yo pude colarme y esconderme, muy a la chita callando, detrás del enorme sillón de nuestro cura, de modo que oí toda la conversación, que transmito íntegra.

-La gente del otro pueblo -dijo don Macario para empezar su explicación-, y muy especialmente el cura de ese lugar, muy prejuiciado por la eterna hipocresía del ambiente, no carece de razón para quejarse por el resultado del juego de pelota. Cuando uno acepta un juez, debe aceptar los fallos que ese juez dicte, creo yo, y no hacer como cierto cura -muy distinto desde luego aquí a mi amigo, el cura de este pueblo- que los domingos, con la iglesia llena, soplabla una plumita y le decía a los fieles que al que le cayera quedaba excomulgado, de modo que...

-¡Ave María Purísima! -tronó, fingiendo estar escandalizado, el señor Obispo. Pero luego sonrió- termine, termine su graciosa calumnia ...

-¿Calumnia dice usted? Puedo traerle hasta a un notario que ...

-Bueno, hombre de Dios... o del diablo: le digo que me gusta su relato, y le ruego que lo termine.

-Pues... un día, como los fieles soplaban y soplaban, la plumita fue subiendo, subiendo, hasta que le cayó en la panza al señor cura, que estaba distraído, Cuando se dio cuenta, gritó: ¡Una ... tiznada -Vamos a empezar de nuevo ... La gente del otro pueblo, decía -continuó don Macario después de comprobar, satisfecho, el efecto de su cuento, sin caer en la cuenta de que el santo señor Obispo ya había realizado el milagro de hacerle decir tiznada- aceptó al ampayer, mi amigo Barrientos. Por lo tanto estaba obligada a aceptar sus fallos. Si mi cuate el ampayer dijo que esa pelota...

-¡Ya, ya! -le interrumpió el Obispo, siempre fingiendo un disgusto que no sentía-. Conozco el caso y veo, con tristeza, que usted participa de la conspiración de la mentira. Debo decirle a usted, señor don Macario, que en el Obispado tuvimos una junta especial y leímos las reglas de béisbol, de modo que puedo decirle, sin temor a equivocarme, que la pelota bateada y que fue a caer al río, era un jonrón perfecto. ¡Pero dejemos eso! -

gritó al ver que don Macario y el cura se disponían a rebatirle—. Ahora lo importante es que usted me diga en qué consiste su plan para allanar las dificultades y volver a la concordia. Si el plan tiene éxito, creeré, pensando en su respetable persona, que es usted digno de estima, a pesar de ser hereje, masón y ... juarista.

Don Macario sintió la mordedura de la polémica. Pero nuestro cura, que con la hipocresía resobada que se cargaba desde la recepción, seguía todos los movimientos y todas las palabras de los dos hombres, le hizo angustiosas señales para que olvidara toda discusión, y se atrevió a gritar:

—¡Don Macario, por Dios! El señor Obispo desea escuchar su plan, y no palabras irreverentes. Tenga *usted* la gentileza ... El Obispo intervino:

—Nuestro amigo el cura se equivoca, don Macario. No eludo las discusiones y una vez que haya escuchado, ¡ al fin!, su famoso plan, tendré el gusto de decirle algunas cosas que de seguro van a sorprenderle. Por ahora, venga, venga ...

Don Macario, con elegante estilo y sin recurrir a una sola palabrota explicó cómo había concertado la boda de los hijos de los alcaldes. Monseñor escuchó muy complacido y comentó después:

—Su plan, señor don Macario, es inteligente, magnífico en verdad y estoy seguro de que alcanzará el mayor de los éxitos. Y ahora, si usted me lo permite, aprovechando que estamos solos los tres, le diré algunas cosas que usted seguramente pensaba soltarme: usted iba a decirme que no es hereje por ser masón, ya que los masones creen en Dios, llamándole el Supremo Arquitecto del Universo; que usted no puede ser católico porque conoce la historia de México y porque la Iglesia, a través de esa historia, no ha sido otra cosa que una ladrona, acaparadora de fortunas y de honores, monstruo egoísta y antipatriótico que se ha aliado con los enemigos de México cada vez que la soberanía nacional ha estado amenazada; iba usted a decirme, don Macario, que la Iglesia en México —y en el mundo— engaña al pobre, metiéndole en la cabeza resignación, para así ayudar a los ricos a enriquecerse más, a explotar más a los trabajadores. ¿No es así?

Don Macario estaba fascinado. Pero acató a salir de su encantamiento para asentir:

—Sí, es cierto, Monseñor —y dijo este "Monseñor" con todas sus letras y con un respeto que se mascaba—, iba a decirle todo eso. Pero...

—No hay pero que valga. Permítame usted decirle, señor don Macario, que yo no soy un cura explotador. Yo nací rico, millonario, seguramente porque alguno de mis antepasados españoles —p gachupines, como usted les llamará seguramente, ofendiendo de paso a sus abuelos, pues tiene usted un tipo de gachupín que no se lo aguanta—; seguramente nací rico, le decía, porque algunos de mis antepasados explotaron a los pobres trabajadores. Yo estudié la historia de mi país, señor don Macario. Y le diré que la Iglesia en México, con excepción de la primera época, la de los santos misioneros, ha sido una calamidad, un monstruo antipatriótico y subversivo. Por eso mismo, señor, yo me hice sacerdote, para hacer el bien y contrarrestar, de algún modo, todo el mal que otros sacerdotes han hecho. Pensé, señor don Macario, que haciéndome masón, sometiéndome a ridículas ceremonias y llamándole a Dios con motes impropios, no servía a la humanidad, ni al mismo Dios. Cuando llegué a la mayoría de edad repartí entre los pobres todos mis bienes. Y desde entonces, señor, luché porque los sacerdotes bajo mi encargo sean sacerdotes de Dios y no del diablo, y hago todo lo posible no por ser santo, que no está en mi humilde persona tan alta gracia, pero sí, al menos, por servir a mis semejantes y a mi Dios.

Don Macario estaba, lo repito, hechizado. Sin embargo, alcanzó a reponerse lo suficiente para levantarse y estrechar, en apretado abrazo, el pecho —y nada más que el pecho, pues sus brazos eran cortos— del santo señor Obispo, mientras decía profundamente conmovido:

–Monseñor: yo le digo a usted, desde el fondo de mi corazón, que si así fueran todos los curas, yo sería católico, y hasta apostólico y romano.

–Pues yo le digo a usted, señor don Macario –le dijo el Obispo, feliz– que si todos los masones fueran como usted, tal vez entablara negociaciones con ellos para, al menos en el Estado de Veracruz, fundir los templos de las dos religiones ...

EL RAYO

AMANECIÓ el domingo bien bonito, soleado, optimista. No así nuestro cura, que por tener que decir sermón delante del señor Obispo, que a manera de despedida quería probar, o mortificar, así al buen pastor, se encontraba en un estado nervioso miserable, las uñas roídas, los ojos enrojecidos a puro desvelo y una gastralgia espantosa. Ocurríale al buen hombre que su sistema nervioso estaba directamente unido con la enormidad de su triperío, de manera que en cuanto el cerebro –o el corazón, vaya usted a saber– sufrían cualquiera descompensación angustiosa, los regüeldos que soltaba por aquella boca pecadora eran verdaderamente notables, largos, sonoros, adornados de calderones, jipíos y contrapuntos rítmicos. Tenía la absurda costumbre de emplear el aire que así se le salía para armar un vocablo, "mauro", de modo que aquella linda mañana, mientras se vestía los arreos de torear cristianos, se expresaba ante don Macario más o menos así:

–Pues sí, querido amigo ... ¡ mauroooo!... El señor Obispo, estoy de acuerdo con usted, es un santo, pero los santos, mi distinguido, tienen cada idea fregativa, que solamente Dios, en su infinita sabiduría ... ¡mauro!... podrá dispensarlos. Bien sabe Dios que nunca he sido siquiera un regular orador sagrado, pero mucho menos desde que llegué ... ¡ mauro!... a este pueblo, donde se parla como se parla ... Sería pecado –y me refiero a pecado de inteligencia– que no tuviera yo crítica de mí mismo. ¿A qué, entonces, aplazar la salida de la lancha para después de oírme? El señor ... mauro ... Obispo se ha propuesto hacerme beber el vaso de la amargura hasta chupar el vidrio.

Don Macario, que gozaba cruelmente la congoja de su amigo, trató de darle ánimo, más por oírle la boca que por darle serenidad:

–Mi querido padre: usted es padre de más de cuatro en eso de embobar a los mochos. La modestia no le queda a nadie, pero a usted mucho menos. Puesto que es usted, con todo y ser cura, buen creyente, tanto así que practica con fervor el supremo mandamiento de "Creced y Multiplicaos", sabe de sobra que Dios existe, y que existe en todas partes... ¡ o en ninguna! Por lo tanto, ha predicado usted docenas, cientos de veces, ante el mismísimo mandamás del cielo y de la tierra. ¿Por qué, entonces, temer a la presencia del señor Obispo?

El cura, aliviado por haber soltado el más hecho, formado y bravo de sus regüeldos, meneó la cabeza, con tristeza:

–No me venga con sofismas, don Macario. Dios, sí es cierto, está en todas partes. Pero uno no lo ve, por más que lo sienta, aunque se lo coma, según el santo rito; en cambio, el señor Obispo es de carne y hueso, y tiene una lengua ...

La criada trajo para su atribulado amo cocimiento blanco; después, un té de manzanilla. Los "mauros" fueron espaciándose, sobre todo cuando hizo su efecto un nuevo té, éste de azahar con un ligero chorro de lo fuerte. Acabó nuestro pastor por echarse entre el pecho y la espalda –cavidad para empacar mil cosa:»– varios tragos de aguardiente sin el té, y al rato estaba bastante mejor del estómago, y casi salvado del ánimo. Cuando se le avisó que Monseñor venía ya, en compañía de los Lara, para el santo sacrificio de la misa y sermón, que por capricho especial quería presenciar como cualquiera de los fieles, echó nuestro cura a andar con un pasito torero.

Por la calleja enarenada avanzaba, como un gran barco en la bonanza, el santo señor Obispo, tomado de los brazos por dos de los Lara, los ricos del pueblo, comerciantes a la antigüita, es decir, un poco menos ladrones, pero muy ladrones de todos modos, que los de ahora. Algún pescador, escondiéndose en el anonimato que la daba la compacta

masa de la plebe que cerraba el grupo, gritó, con voz fingida, chillona:

–¡Ah, Laras! ¡Ni crean que por haber hospedado a Monseñor se van a salvar del infierno, cabrones!

El cura salió a recibir a tan distinguidas personas e iba a hincarse, haciendo acopio de todo su valor; pero su jefe en la caballería divina se lo impidió, condescendiente:

–No, hijo. Ya está bien de sietes. Anda, vamos entrando a la casa de Dios para oír tu palabra, tu santa palabra...

Fue aquella la primera y única vez que don Macario entró a la iglesia, que yo sepa. Por supuesto, yo me colé siguiéndole, y ambos quedamos acomodados en las primeras filas de bancas, atrasito del señor Obispo. Nuestro cura, después de persignarse al pie de la escalera, y tras de recibir de don Macario apoyo moral por medio del fingimiento de un ajustado pase de muleta dibujado en el aire pesado oloroso a incienso, echó a trepar al pulpito, resoplando.

La iglesia estaba llena a reventar, con todo el pueblo ajuarado. El río, nuestro padre, quieto y en paz porque ni una red mancillaba el espejo de su mansa corriente, que reflejaba perezosa el hacerse y deshacerse de las nubes en un cielo dulcísimo. Nuestro cura carraspeó:

–Santo señor Obispo. Amados hijos míos: debo aprovechar esta solemnísimas ocasión en que nos visita nuestro santo padre espiritual para hacer un llamado a todos los fieles y recordarles sus obligaciones para con Dios. No basta, hijos míos, con venir a la iglesia los domingos, que bien sabemos todos que muchos y muchas de ustedes vienen nada más por ver al novio, o a la novia, según, o por poder soltar después las condenadas lenguas...

Se oyó una imperativa, aunque breve, tos del señor Obispo, y el cura, sonriendo atarantado, cruzó los percebes que tenía por dedos y echó los ojos al cielo:

–¡Perdón!... Debo decir, sin embargo, pues es la ocasión de poner ante el santísimo criterio del señor Obispo todas las fallas del rebaño que me tocó; debo decir que a pesar del grandísimo cuento de que ustedes los jarochos son muy sinceros, muy francos, aquí, en este pueblo, me he encontrado con algunos ejemplares en los que la hipocresía, que es el peor de los vicios del alma, está arraigada como la mala yerba, que no sale a veces ni con el brazo más fuerte que maneje el más afilado de los machetes. (Que eso sí, gracias doy a Dios, que en este pueblo las armas se usan para el trabajo, y nada más.) Y no voy a ir muy lejos: ahí tienen ustedes a la Francisca... ahí, en tercera fila, precisamente a un lado de nuestro santo huésped. ¿Ya la ven ustedes tan modosita, tan bajadita de ojos que no mata una mosca? ¡Los pecadazos que viene a contarme en la confesión! ...

El señor Obispo tosió nuevamente, esta vez con energía, con alarma inclusive. Pero antes de que el orador reaccionara y enderezara el sinuoso camino de su discurso se sintió, entre la multitud, un serpentear nervioso, una ola de angustia. Me puse de puntitas y pude ver cómo el Cheloca –¡siempre el Cheloca!– avanzaba dificultosamente echando mano de toda su educación para abrirse paso entre la masa de fieles:

–¡Dejen pasar, con una chingada, que es urgente!

Cheloca llegó, al fin, hasta don Macario; se estiró para alcanzar con sus labios de caimito la oreja derecha del viejo –y eso que el viejo no levantaba siete cuartas del suelo– y estuvo secreteándose por largo rato, mismo rato que nuestro cura utilizó en limpiarse la garganta, no sin lanzar una mirada curiosa, preñada de inquietudes, al extraño grupo escultórico formado por el pescador y el señor jefe de la Oficina del Timbre. El propio señor Obispo, mortificado y hasta con una miajita de disgusto asomando en los ojos, acabó por levantarse de su asiento, para inquirir:

–¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué se interrumpe así el sermón?

Don Macario, que siempre fue gritón, intentó decir la terrible nueva con un susurro...

un susurro que debe haberse oído al otro lado de nuestro padre *el* río:

–Pasa, señor, que la Gala, la hija del presidente municipal del pueblo de los apretados, la que se iba a casar con el hijo de nuestro presidente, para poner así fin a tantas dificultades... La Gala, señor, ¡ así nos parta un rayo! se peló... perdón, se largó anoche de su casa, saltando la cerca al estilo del rumbo, para irse con un militar nuevo por acá, que yo conozco muy bien por cierto, un tal Juan Domínguez...

El Obispo resintió sereno el rayo y supo calmar el tumulto que se levantaba dentro de la iglesia. Alzó su imponente humanidad, agitó los árboles que tenía por brazos y se dirigió al cura, que mascullaba cosas ininteligibles:

–Sigue, hijo, con tu sermón. Nada debe interrumpirlo.

Don Macario se disculpó a señas con el santo hombre y salió, seguido del Tío Tamarindo, de Cheloca, de muchos pescadores y, por supuesto, de mi pequeña persona:

–¡Esto sí que está de la chingada! –comentó el Tío, rascándose la cabeza.

Echaron todos a andar rumbo al changarro. Don Macario iba más jorobado que de costumbre, caviloso, francamente preocupado. Pero luego pareció hilar de otra manera. Vio a los pescadores ya con la eterna risa en los ojillos:

–Bueno ... ¿pero se fijaron en lo hipócrita que es nuestro cura? En esto, y solamente en esto, se parece a los jesuitas mexicanos, los que, en realidad, no son sino medios jesuitas. Ya ustedes saben: los jesuitas son famosos en el mundo por ser muy hipócritas y muy inteligentes. Los jesuitas mexicanos son hipócritas nada más...

Luego cayó en la gran cuestión, y mientras cogía la primera copa del día se puso a hacer consideraciones de su muy especial filosofía:

–Lo del rapto, con todo y ser tan inesperado, y haber sido tan rápido, no me extraña ni tantito ...

–Pero ese militar es fuereño, don... –se atrevió a apuntar Cheloca.

–¡ Por lo mismo, hijo, por lo mismo –aclaró don Macario–. ¿No ves que el fuereño, en los pueblos, tiene ya con solamente serlo la categoría de don Juan? Digo, de don Juan Tenorio, para que se me entienda. Lo que no puedo entender es la aventura de ese señor Domínguez. Me consta que el hombre es sumamente serio...

No pudo continuar. En la puerta estaba un soldado raso, indio puro arribeño, que miró a toda la parroquia con sus ojos de alcancía y luego, reparando bien en don Macario, dio su recado:

–¿ Usted es don Macario, señor? Mi coronel quiere verlo. Que si se viene conmigo ...

–¡Ya estuvo! –suspiró don Macario–. ¿Por qué siempre a mí...? Bueno, hijo, vamos, anda. Llévame con tu coronel.

Don Macario echóse a luchar con la ardiente arena para atravesar la ribera, siguiendo al soldado, que parecía dirigirse a una de las torcidas callejuelas que se meten al pueblo. Pero el uniformado sintió mi presencia y esperó al viejo, con el que habló algunas palabras en voz baja. Don Macario se dirigió a mí, entonces:

–Mira, pelón: sospecho que voy a tener que hablar con el señor cura. Te me vas al curato, le dices que me espere y ... tú me esperas allá. Este no es asunto para chiquillos. ¿Entendido?

Entendido. Con todo el dolor de mi corazón regresé, renegando, porque ya entonces sentía vocación de reportero. Al pasar frente al changarro el Tío, que encabezaba la bola de curiosos y el zumbido del chisme, me gritó: –¿Onde vas? –Con el cura. – ¡Ah, hijo!

Seguí de frente y me encontré, una cuadra adelante, con la masa de los fieles que volvían de la iglesia, terminado el sermón del señor cura. Estaba yo de malas ese día, ni el sermón completo, que valía la pena, ni el corre-corre de don Macario y el coronel! Cuando llegué al curato y entré en la primera gran habitación, tan fresca, nuestro cura recibía las santas indicaciones del señor Obispo, en función de crítico:

–Muy bueno tu sermón, hijo, muy cristiano. La parte que más me gustó fue aquella, muy florida, en que relataste la Pasión de Nuestro Señor. Una aclaración, sin embargo, debo hacerte: a Cristo no le rompieron ninguna madre; lo crucificaron, después de vejarlo y atormentarlo, nada más...

DAMIÁN, EL DE LA ISLA

DEBO, en este mismo punto de mi narración, apegada a la verdad tanto como mi amor a la poesía lo ha permitido, hacer un alto para rendirle al lector el homenaje de la gratitud y el pago de la sinceridad: mucho de lo que voy a relatar y desde el día en que nuestro cura dijo su sermón ante el Obispo hasta la noche terrible en que el río empezó a crecer, no es cosecha de mis recuerdos, no, porque en primer lugar las más de las cosas ocurridas, y casi todo el palabrerío sostenido en la historia, ni yo los entendí entonces, y ni siquiera los presencié, en gran parte. Si he podido llenar las lagunas que padece mi memoria –por viejo que haya sido de niño, de todos modos era nomás un niño viejo– ha sido gracias a mi amistad con el loco Damián, el de la Isla.

Quien vaya ahora por el rumbo aquel bañado por nuestro padre el río y se embarque en el puerto para cruzar la laguna a modo de tomar, en contra-corriente, el cauce que por siglos ha arrastrado hasta el revoltoso Golfo de México la buena tierra de Oaxaca y el alto Veracruz, podrá encontrar, sobre media hora de marcha si lleva motor viejo, lento, para regalar los ojos con el abanico de agua que tienen por allá las palmeras de puro presumidas; encontrará, decía, una isla que parte en dos la gran corriente. Una isla pequeña, encogida, verde, larga y angosta, como un cocodrilo. Y en medio de esa isla, junto a una palma real, encontrará –así lo espero– una cruz plantada sobre un pequeño promontorio de tierra. Ambas cosas se deben a mis manos, aunque no la resultante: yo hice el hoyo para enterrar a Damián, el loco, justo bajo la palma real que tanto quiso; yo, que no soy creyente, puede que por eso, corté dos varas para hacer una cruz y la planté. Ahora la cruz ha echado ramas, ¡prodigios de aquella tierra todoparidora!, de manera que crece un árbol, que echa flores por el verano, cuya raíz es un muerto y cuyo tronco es una cruz. Yo hice el promontorio y la cruz; el árbol... no lo sé. Puede, muy bien, haber sido Dios, que dejó de esconderse para darle tantita sombra al loco. Se la merece.

Conocí a Damián en el tiempo de mi infancia vieja, cuando ocurrían, sobre poco más o menos, más bien menos, las cosas que vengo recordando. Entonces era fuerte, ágil, bello, un solo músculo formidable todo el cuerpo, como un árbol de palo mulato que tuviera tantito acá del tronco un corazón enorme. Era el dueño de la isla por el derecho sagrado de la posesión. En la Isla vivía desde que se acordaba, desde que su padre plantó la pahua real mero en el centro. Entonces, cuando lo conocí, Damián llegaba todos los sábados al puerto con su mujer y sus tres hijos, prietos y fuertes, y bellos, como él. Bajaban del cayuco, felices de pisar tierra más fuerte, más firme, que la poca tierra de su islita. Y se iban a hacer plaza. Traían pescado, y jaiba en grandes ristras. Y algunas veces maíz, porque la isla, con ser pequeña, es de tierra muy generosa y les daba mazorcas para comer y hasta para vender, o cambalachar, que era el uso de entonces.

Presenció todas las cosas que yo relato –o supo de ellas, porque el chisme no va a favor, sino en contra de la corriente en los grandes ríos– y como tuvo luego, poco antes de que yo dejara para siempre el puerto, la gran desdicha de su vida, la cosa mala, esas historias se le quedaron en el caletre, que no estaba loco, como dio en decir la gente, sino que, sencillamente, buscaba lo suyo. Se le quedaron frescas, entre más años pasaran, ¡como si hubiera ocurrido el día anterior! Yo hice algunos viajes, hace poco tiempo, dizque para saludarlo. En realidad, traidoramente, iba a sonsacarle lo que sabía, y luego, en el viaje de regreso, mientras la lancha se abría paso espantando a las garzas,

lo apuntaba todo en un cuadernito rayado que es justamente el padre de este libro. Damián el loco hablaba, me contaba la cosas. Y yo, que sabía su caso, no me extrañaba de que, veinte años después, dijera:

–Lo que ayer le dijo el cura a don Macario fue que...

Porque para Damián veinte años no eran veinte años. Eran ayer, ayer nomás. Lo encontraba siempre pescando, en estos mis viajes recientes. Porque yo sufro mucho con el calor, y el sol me aplana. De modo que siempre enfilaba hacia la isla por la tarde. Y la tarde, y casi toda la noche, la ocupaba Damián en pescar. Cuando, por accidente, por una de malas, el anzuelo de Damián se apropiaba de un robalo, de un chucumite o cualquiera otro de los muchos peces riquísimos que viven en el río, cogía al animalillo tembloroso con todo cuidado, con verdadero amor, y lo ponía en el agua:

–Ándale, ándale –le decía, suavemente–; ya sabes que no fue culpa mía ...

Y seguía pescando. Cada vez que fui a verlo me cogió la noche escuchando su plática. Luego me despedía de él, que a veces me miraba fijamente, con extrañeza, y se rascaba la cabeza:

–Oye, pero, ¿no dices tú que eres el pelón?

–El pelón soy, Damián, nada más que he crecido mucho. Ha de ser alguna enfermedad ...

Cuando la lancha cogía la fácil travesía y luego, ayudada del ronroneo del motor, se dejaba llevar por la corriente, yo volteaba a ver a Damián, a su sombra, a su silueta, recostado en el muellecito de la isla, pescando, siempre pescando ...

Una vez en que llegué a la Isla con la tarde avanzada –me habían entretenido en el puerto algunos amigos– no vi a Damián en el muelle. Entonces comprendí que estaba muerto. Y aunque los muertos me producen pánico, cumplí con mi deber y enterré a Damián en la Isla, junto a la palma real. Se me hizo de noche en la tarea. Sudé mucho, me lloraron los ojos. ¡ Y los mosquitos, Dios! Pero al fin hice la cruz, como pude, que nunca he sido bueno para las cosas que se hacen con las manos, y la planté sobre la tumba de Damián. Luego fui hasta mi lancha y emprendí el regreso. Cuando, por seguir la costumbre, volví la cabeza al muellecito, ¿creerán ustedes que vi la silueta de Damián, pesca que pesca?

Pero supongo que debo explicarles a ustedes lo que le pasó a Damián. Fue una cosa mala. Una tarde de sábado llegó, con el cayuco, al puerto. ¿Quién iba a creer, estando tan reciente la espantosa inundación que había reconciliado a los pueblos, como verá quien termine de leer estas páginas; quién iba a creer que podía venir una creciente? Damián era hombre precavido y muy amante de su familia. Cuando, unas semanas antes, el río había empezado a crecer, cogió a su mujer y a sus hijos, trepó al templete, o tapanco, o como se llame, de su casa, las cosas de algún valor, convenientemente amarradas y tomó para el puerto, donde estuvieron hasta que todo pasó.

Pero el sábado que vengo contando, cuando nadie podía sospechar una creciente, Damián bajó solo del cayuco. Uno de sus chiquillos estaba con la calentura y la madre no quiso separarse de él, ni los hermanos de modo que Damián, por primera vez en años, hizo el viaje desde la isla hasta el puerto completamente solo.

Andaba haciendo su plaza, o tal vez estaba en la botica comprando la quinina, cuando empezaron los alaridos en la ribera: el río, enloquecido, traía un lomo terrible. ¡ Una sola ola, dentro del cauce del río, pero enorme, altísima, con las entrañas llenas de la fuerza de mil demonios! La ola nació, según se vino a colegir después, entre el pueblo de los apretados y nuestro puerto, porque más arriba no se supo de ella. A nosotros casi no pudo hacernos daño por el alto de borde y lo fuerte de malecón, aunque de todos modos el agua alcanzó a meterse dos o tres cuadras, como buscando la iglesia. Era, según cuentan quienes la vieron, una ola muy alta, pero no demasiado gorda, que avan-

zaba como si estuviera montada sobre rieles en el río. Una ola que pasó, rápida, casi como un mal pensamiento, y luego fue a perderse en la mar, arrasando tres jacales por el rumbo de La Trocha. Cuando la ola pasó, el río nuestro padre volvió a quedar tranquilo, sereno, su discurrir lento y amable.

Damián anduvo buscando su cayuco, que la ola se había llevado. ¡En ese rato de búsqueda febril sí que estuvo de veras loco! Cuando se convenció de la pérdida dio las espaldas al agua y vio, en fila sobre lo que llamábamos pomposamente malecón, algunas lanchas, muchos cayucos a los que el golpe de agua sólo había levantado momentáneamente, empujándolos tierra adentro. Cogió uno, el primero que le pareció, sin pedir permiso a nadie. Y se echó a bogar, los brazos como si fueran alitas de colibrí, rumbo a su Isla.

En la Isla no había rastros, siquiera, de la casa. Mucho menos de la mujer y de los niños. La palma se había salvado, de tan fuertes agarraderas que había echado buscando tierra firme. De la milpa, ni su luz. Nada, absolutamente nada. Era fácil de entender que la ola, furiosa, pasó cubriendo la isla, arrasando todo lo que en ella había. Luego el agua volvió a su nivel normal...

Desde entonces Damián se dedicó a pescar. Cultivaba, sí, algunas milpas, a la orilla del agua, a modo de no perder de vista, ¡ni un instante!, la corriente. Cogía para sí un pescado todos los días, que asaba ahí mismo, junto al muellecito que por comodidad, y por saber que su espera iba a ser larga, construyó en la orilla. Y pescaba. Nunca más abandonó la Isla, ni habló con nadie que no fuera yo. Y eso que para que me hablara tantos años después tuve que recurrir a mil trucos y a toda mi paciencia. Cuando al fin se convenció de que yo era el pelón me echó una sonrisita de lado:

–Bueno: contigo sí puedo hablar. Porque ni tienes ninguna culpa, ni me entretienes. Porque tengo, ¿sabes?, que estar al pendiente, ¡muy al pendiente, pelón ! Tú sabes que el agua del río se va a la mar. Y luego el agua de la mar sube a los cielos y forma nu bes. Y luego las nubes llueven y forman, otra vez, los arroyos. Y los arroyos, anda que te anda, forman el río. Y yo, pelón, tengo que estar al pendiente, para cuando mi gente pase ...

EL CRIMEN DE LA ARBOLEDA

HAY sobre la margen izquierda de nuestro padre el río, no lejos de la isla de Damián el loco, una gran masa verde formada por más de cincuenta laureles de la India, árboles de gigantesca estatura, cuerpo formidable y generosísima sombra que llaman, mapa arriba, "yucatecos", tal vez porque su peregrinar tuvo comienzo en la piedra ilustre de los mayas. Estos colosos, verdes forman, en realidad, un macizo hecho de mil abrazos y apenas dejan pazar la luz del sol en juegos y rejuegos de rayos ondulantes que van a pudrir la hojarasca de la ribera, de modo que en aquella zona tan verde la arboleda de Tacho, como se llama en justicia, viene a ser el centro vital de millones y millones de aventuras.

De ese limo formado de la dulce y negra tierra y la hojarasca derribada por los nortes, perfumado con ser constante su podredumbre, surge la vida en todas las formas tropicales, y lo mismo el zancudo que la nauyaca abren los ojos asesinos en la semipenumbra alfombrada que sostiene las raíces de los laureles. Rumbo sotaventero tan de vida, aquí la vida vive más, porque se reproduce locamente. Es la arboleda de Tacho el himeneo popular del rumbo, pero también el rastro, porque la muerte acecha detrás de cada tronco padre. Las emboscadas agrarias tienen aquí su natural escena, pero las mozas del rumbo se alejan de los remansos lavaderos, cuando aprieta el calor, buscando a la jarocho otra apretura que aligere sus venas. Y el indio Tacho, en esta feria de la vida, del amor y de la muerte, cuida sus árboles, los cuida con cariño feroz, con celo negro.

Los laureles fueron sembrados hace ya medio siglo por este mismo indio Tacho, que entonces era un mozo prieto y fuerte, pero dolido ya del alma. ¡ Su pena, de tan grande, sembradora! Tacho era un indio de sangre pura que cantaba el náhuatl cuando apareció en el rumbo, la moruna en el talle y la fiebre en los ojos. ¡ Esa tierra tan paridora que enloquece a los hombres y enamora tanto! Venía del rumbo de arriba, donde su tata le echó la bendición de despedida. No sé, que bien quisiera, cómo y por qué dejó la vida de su pueblo, de su tribu, tan estrecha, tan dura, tan feliz con todo y su miseria.

Hizo el jacal, nomás amarradito, en la vega risueña donde más tarde sembraría los arbolones. Y se agachó sobre la coa para sacar el eterno milagro del maíz de una tierra generosa que se lo dio grande, blanco, macizo, como sus mismos dientes. Tacho era, desde entonces, silencioso. Bebía el sol con los ojos de alcancía y se tiraba de bruces, sobre el río, para tragar el agua cantadora. ¡ Y un puro trabajar, dale que dale! Así un mes y otro mes, hasta abrazar gozoso la cosecha. Entonces caminó a la congregación de La Laja, bien cerquita rumbo al pueblo de los apretados y trocó su maíz por muchas cosas buenas que de tan buenas le sobraban y le entristecían el ánimo. Estaba, el pobre, muy solo. Y por eso, empujado del clima, echó a rondar las casucas del pequeño poblado hasta que vio a la Lola.

La Lola era mestiza y presumida, de tan buena que estaba. Y aunque el indio velaba pasando y repasando ante la casa, de modo que formó vereda en los ocho días de su corte, la Lola suspiraba por irse a pueblo grande, y estrenar un rebozo y meterse a la misa para pescar un novio de caballo. Tacho, que no hablaba con nadie, ¿cómo iba a saber lo que quería la Lola?

La costumbre india, al menos de la gente de Tacho, es pedir a la novia con leña. El mozo enamorado se va al monte y corta leña buena, gorda, fina. Hace un haz y se dirige a la puerta de la novia, donde lo deposita en el suelo. Luego se persigna y se va a es-

perar el nuevo sol. Cuando el muchacho es aceptado la novia sale de casa, cuidando de no ser vista, y recoge la leña, que mete en su casa, donde la quema gozosa, quemándose también.

Tacho se fue al monte. Y juntó la leña con infinito amor. Y hecho el haz lo cargó, como su tata, como su abuelo, como su abuelo grande, y lo llevó a la puerta de la Lola. Luego, apresurando el paso, se perdió en la vereda, rumbo a su jacal amarrado tan sólito. No durmió, según cuentan. Cortó un largo carrizo y labró una flauta tan dulce que desveló a las pájaras. Tocó toda la noche y se bañó en el río cuando las estrellas empezaron a palidecer. Luego trotó hasta el caserío. La leña, su leña, estaba ahí, en la puerta de la Lola.

Tacho la recogió llorando y se fue a su jacal. Colocó el haz en el centro del piso de tierra de la cárcel de otate para su soltería. Unos días después hizo la siembra de sus laureles, tan chiquitos que daban pena, que se acostaban con el golpe del viento y se quemaban con la furia del sol. Pero Tacho los cuidó amorosamente, los regó, los podó, desyerbando el contorno de cada hijo, para nutrirlo bien. Y desde entonces es padre de estos laureles de la India que forman su arboleda.

Hoy son gigantes, contaba yo. Tienen ya medio siglo y se abrazan, de modo que más parecen una montaña vegetal. Tacho camina, derecho todavía con sus setenta años, pisando la hojarasca. Nunca más cortó leña. Y a la arboleda de Tacho fue don Macario un día, seguido de su tropa y asistido del Cheloca, para alzar el cadáver de Domínguez.

Fue Tacho quien descubrió los restos del gallardo coronel. Como todos los días, bien temprano salió a rondar los troncos y a mirar el follaje de sus árboles. A poco andar hizo el hallazgo. Después de santiguarse echó a correr rumbo al puerto, a denunciar el crimen. Don Macario encabezó la expedición, que se hizo por el río, en grandes cayucos movidos a canaleta, y como de costumbre hizo el gasto del chisme:

–Ese pobre indio del Tacho, ahí donde lo ven –explicaba a su plebe, siempre atenta– sabe muy bien que debió avisar del crimen a las autoridades del pueblo de los apretados, a cuya jurisdicción pertenece la arboleda. No me explico por qué demonios viene a meterme a mí en el lío ...

–¡ Bien que le gusta, don Maca! –le gritó el Cheloca–. Pero, ¿de veras no sabe usted por qué vino pa acá el Tacho?

–La cosa es clara –terció el Tío Tamarindo–: Tacho sabe muy bien, porque aunque no habla bien que oye todo el cabrón, que el culpable es de nuestro pueblo. ¿O no es así, don Maca?

Don Macario alzó los finos hombros eludiendo el juicio. Pero Cheto el camaronero, que engordaba la partida, sentenció:

–Es que no puede pasar por La Laja, el pobre.

–¿No puede? ¿Y ora por qué?

–Sabrá la chingada por qué no puede. Pero hace lo menos cincuenta años que no pasa por ahí.

Desentendiéndose de las misteriosas razones del indio de la arboleda, el Cheloca se rascó el coco seco que tenía por cabeza:

–Oiga usted, don Maca ...

–Oigo yo, Cheloca ...

–Paso a entender que el Federico lo haiga matao. ¡ La honra es la honra! Lo que no paso a entender es cómo el coronel, que era bragao, se dejó madrugar con un machete, cargando chico pistolón ...

Don Macario hizo un gesto de asco, hondamente contrariado:

–¡La honra! Valiente pendejada, Cheloca, eso de la honra... Eso de la honra, Cheloca, es una de las mil pendejadas que nos dejaron los españoles, que aunque mi señor padre

era medio gachupín no dejo de reconocer las cosas en justicia. ¡ La honra! ¡ Solamente a un españolote bruto se le ocurre que las mujeres carguen la honra donde creen que la cargan, toda mojada !

Llegaban a la altura de la arboleda, a cuya entrada, bañándose los pies de pergamino en las aguas del río, Tacho esperaba, silencioso como siempre, el mismo indio, cabalmente, que se mojó los pies para espiar la embarcación de Pedro de Alvarado, hace ya más de cuatro siglos.

–Es por aquí –dijo, echando a andar entre los grandes troncos de sus queridos árboles.

El que fuera coronel don Juan Domínguez yacía boca abajo en un charco de sangre cuya frescura absurda se debía a la sombra protectora de los laureles y a la humedad del ambiente, que provocaba, conforme se entraba en la gran sombra, calosfríos. Tenía dos, tres machetazos por el cuello y en el pecho; y en la cara, tan recia, una sonrisa triste. Don Macario, que sufría visiblemente, se apartó un poco:

–Ya huele un poco... ¡Este clima! Como ustedes verán, muchachos, Domínguez no sacó siquiera el pistolón que decía el Cheloca. Está claro, muchachos, que Domínguez, hombre de guerra, valiente entre valientes, se dejó matar. No tendría caso que yo entrara en explicaciones con ustedes, ni, creo, le gustaría a Domínguez que soltara los secretos de su vida. Digo: si es que hay algo después de esta y toda esa historia de la que vive nuestro cura resultara cierta.

El viejo echó a caminar rumbo a la lancha, molesto visiblemente, cosa bien rara en él:

–¡Don Maca! –le gritó el Tío rengueando detrás–. Yo paso a comprender ... pero ... el Federico, después de todo... es del pueblo.

–Sí. Es del pueblo, y eso es lo malo, Tío –contestó el viejo, apresurando el pasito tan corto de sus cascorvas piernas–. Es el primer porteño, Tío, desde que ando por estos rumbos, "¡ y ha llovido!, que mata a alguien. ¡Y además, que mata tan a lo bestia!

–Usted dirá lo que quiera de la honra y de su mala colocación, don Maca –terció el Cheloca, incorporado al grupo–, pero el Federico se iba a casar con la muchacha, y el coronel se la llevó ... Eso está feo, dicho sea –y aquí se persignó– con el respeto para el difunto.

–¡La honra, me lleva la chingada! –reventó el viejo–. Te voy a decir, Cheloca, algo que tú no vas a entender, pero que si no lo digo, entonces voy a reventar, y no es cosa de dejarme reventar así como así. Ese bestia de Federico mató por la honra, ¿no? ¿Y que dirías si te dijera, como es verdad, que la muchacha es tan virgen como la parió su madre, que dicho sea con el respeto que me merecen todas las madres de familia y todas las vírgenes terrenales y celestiales, es la única garantía de virginidad que puede darse?

LAS PINOCHAS

EL PUEBLO fue un puro zumbido por aquellos días, chisme .sobre chisme, asombro tras asombro: una muchacha que pasa muchas, pero muchas horas junto a un hombre de verdad, y uniformado, coronel para más señas, ¡ y que sigue virgen! Aquello, la verdad, era demasiado para la jarocheda escandalosa. Las lavanderas, lenguas largas, pura trenza del chisme, soltaban la risa escandalosa conforme machacaban los riñones –"el machaco de la mañana, que es peor que el de la noche", decía la Juana, especie de capitana de esa tropa terrible– sobre el tema del día:

–¿Pasa usted a creer, doña Juana, *eso* de que está como estaba la muchacha?

–¡Con un vidrio de aumento que lo viera no lo pasaba a creer! Y luego coronel...

Las carcajadas ahogaban el borboteo del agua, espantaban a las palomas de la torre parroquial, que volaban en círculos y luego, temerosas de las parvadas de gaviotas sobre el río, volvían al campanario para arrullarse, que es cosa bien graciosa eso de que pongan como símbolo de pureza y de paz a los bichos más locamente puercos que pisan –y me refiero al suelo, cuando es en el suelo– esta tierra pecadora.

Y en la ribera, donde la plebe se emborracha en la tardeada, concluida la diaria faena de la pesca, ¡qué reventar de cuentos, de miradas, de maliciosas risas, de indecentes dichos! Andaban los viejones engallados, como si quisieran responder por la dudada virilidad del difunto, caracoleando con la lengua lo que de todos modos con la lengua y nada más podían llevar a cabo:

–Ese hombre era hombre. Y un tostón de años, tío pendejo, ¿se te hace mucho? Mira los que tengo yo. ¡Y si vieras nomás! ¿Qué cosa?... ¡pendejo! Empréstame a tu hermana, la pecosa, si lo dudas ...

El cura, en cuya recatada casa habitación escondía su misterio la muchacha a quien nadie se atrevía a llamar viuda, pero a la que todos, sin poder explicarse el por qué, se imaginaban vestidita de negro, recibió al segundo día del escándalo una visita particularmente agradable para su jocunda manera de ser. ¡Veinte beatas, por lo menos, encabezadas por las Pinochas, nada menos! Las Pinochas...

Recuerdo a estas tres solteronas feas, flacas, tristes, ineludiblemente virtuosas, siempre enlutadas, aunque pintadas y repintadas, porque según las malas lenguas, que eran las más del pueblo, pasado el medio siglo no perdían la esperanza de "casarse como Dios manda". Se les veía a finales del año, solamente; caminaban siempre en fila india, una detrás de otra, y hablaban, en un lugar donde se grita siempre, con un sonsonete que crispaba los nervios y enfermaba el hígado. Su pobreza era famosa por lo trágica y por lo cómica. Nadie podía evitar compadecerlas, aunque odiándolas, y llorar a carcajadas relatando sus desdichas. ¡ Esa miseria negra de pueblo chico cuando es en "hogar decente", que es la más sórdida y vergonzante!

Las pobres, huérfanas de padre hacía ya muchos años –el viejo se rindió a la cirrosis, triunfante al terminarse el último peso de la dote que doña Austreberta, la rígida madre, había llevado a la boda además de una virginidad de bacalao –luchaban con la pobreza atroz echando mano de sus tristes recursos de solteronas secas, mochas, antipáticas. Su casa, única propiedad, resto lastimoso del naufragio en habanero del difunto, era un muestrario de todos colores, donde se anunciaban las inútiles habilidades de las señoritas en más de diez letreros de todos tamaños, colores y estilos: "Modas, donas y confecciones"; "Se hacen pasteles para fiestas, cumpleaños y regalos"; "Se hace trou-trou"; "Se riza el pelo a la moda de París"; "Se da maracure"; "Frutas de jamoncillo

estilo monjitas de Jalapa" ... ¡ qué sé yo! Pero nunca, o lo que se llama nunca, tocó nadie en el zaguán desvencijado buscando alguno de los servicios anunciados. Bueno: eso de "nadie" es un decir ...

Una vez vinieron de algún pueblo sierra arriba a buscar a la Pinocha mayor, la que rizaba, para encargarle un trabajo delicado, importante, ganancioso: se trataba de rizar a una novia y a las cinco muchachas que formarían su Corte de Amor. La Pinocha estuvo a punto de enloquecer de alegría:

—¡Ahora sí Dios Nuestro Señor se compadeció de nosotras! ¡Ahora podremos comprar la medicina de mamá!

La Pinocha echó mano de esa especie de bacinica que usan desde entonces las "cultoras de belleza" para echar a perder el adorable cabello de las mujeres. Y salió triunfante, montada mujerialmente en un gallardo macho, rumbo al pueblo donde iba a celebrar el gran negocio. Quienes la vieron regresar, a la media noche, arrastrando las flacas piernas y llorando como una magdalena, no pararon las pesquisas hasta enterarse de toda la verdad:

El padre de la novia era un rico ranchero, el más influyente vecino del lugarejo. Y el señor padre de la novia estuvo a punto de matar a la pobre Pinocha cuando, después de ajustar la bacinilla en la cabeza de lele de la muchacha, que radiaba emoción, conectó el cable de la electricidad de modo que se produjo una explosión seguida de fuerte humareda. Cuando pudo verse algo, se vio a la novia, calva como una bola de billar, que caía desmayada. El voltaje de la corriente era distinto, por ser distinto el sistema eléctrico que servía al pueblo aquel.

La Pinocha mediana, responsable de varios letreros, era la especialista en conservas. Pero, ¿ cómo enlatar o enfrascar algo si nada había en la casa y era fama que nunca se comía en ella? Una tarde en que don Macario pasaba frente a los letreros enredado en sus eternos soliloquios a los que asistía Juan Pipián con puros monosílabos, la cabezota ausente, esta Pinocha mediana, tragando su angustiada vergüenza de "señorita decente" logró soltar la suficiente voz para llamarle la atención:

—Don Macario ... usted dispense ... ¿podría pasar un momentito? Quisiera... ¡necesito hablarle!

El viejo, que iba menos zumbo que de costumbre, vio húmedos los ojos de la solterona y comprendió. Y pasó. Una semana después la Pinocha mediana entraba a trabajar como profesora de la "clase especial de economía doméstica para señoritas" en la escuela grande. ¡El viejo don Macario, un bizcocho borracho con influencias!

Pudieron, las pobres Pinochas, comprar la medicina de mamá. Y mamá prosperó lo suficiente para darse cuenta cabal de su desgracia. Hasta que llegó el primer trimestre y con él la visita del inspector de Zona y la inauguración, previo un sencillo festival artístico a cargo de las alumnas bonitas, naturalmente, de la exposición de conservas amorosamente trabajadas bajo la dirección de tan eminente maestra.

Ocurrió que, al parecer, Dios se acordó de más, de las pobres Pinochas, porque en el preciso momento en que el señor inspector de Zona acompañado del señor director de la escuela, del señor presidente municipal, de don Macario y de los padres de las florecientes alumnas, recorría los estantes de la exposición, las docenas de frascos en que se guardaban los chiles jalapeños en vinagre empezaron a explotar, convirtiéndose el salón especialmente arreglado en una pequeña sucursal de la guerra mundial. Pecho a tierra, el señor director, incapaz de entender que el maldito vinagre pasado era culpa de los Lara, tal vez porque el maldito vinagre le obligaba a cerrar los ojos ardorosos, gritó, con voz de sargento:

—¡Fuera de aquí, cabrona Pinocha, fuera de aquí!

La Pinocha menor vendió a uno de los Lara los últimos aretes de doña Austreberta y

tragándose las lágrimas amargas de la vergüenza fue, poco después de las explosiones, a solicitar del presidente municipal permiso gratuito para explotar un puesto de garnachas en la kermesse que se organizaba para la tarde de un domingo con el vago fin de recaudar fondos para la construcción de cierto monumento a ciertos defensores que, de crear las crónicas locales –muy de fiar, por lo demás– barrieron con docenas de soldados franceses cuando empezaba la ridícula aventura imperial de los Hapsburgo americanos. La petición, hecha por una Pinocha, ¡ y la menor!, era verdaderamente insólita, al grado de que el presidente, sin poder contenerse, pujó:

–Pero... ¿ustedes van a atender un puesto de garnachas, señorita?

La Pinocha menor rompió a llorar con agudos gritos interminables, pero pudo articular explicaciones:

–Sabemos hacer garnachas orizabeñas ... mamá necesita su medicina ... es limpio trabajar en lugar de robar, ¿no cree usted, señor presidente ...?

Les dieron el puesto y su disfrute y las pobres compraron la masa, y las papas, y los chiles, y la carne para deshebrar. Y prepararon la mañana del domingo dos enormes canastas de garnachas que por la tarde, cuando apenas iniciada la kermesse hubo de suspenderse a causa de uno de esos inesperados, espantosos chapurrones tropicales, quedaron empapadas, deshechas, babosas. Las Pinochas hubieron de comer, por ocho días, a mañana, tarde y noche, garnachas recalentadas ...

Y he aquí que ahora se les veía, por primera vez no en fila india y solitarias, como cada fin de año en que iban a la iglesia a "dar gracias", sino que marchaban al frente de una nutrida comisión de beatas y la Pinocha mayor, transfigurada, le soltaba al cura, que no tuvo tiempo de esconderse, el siguiente discurso:

–Padre: las damas católicas del puerto hemos acordado otorgar una condecoración a la señorita Gala por la prueba de virtud que ha dado cuando... cuando estuvo a merced de ese ... de ese señor difunto... digo, de ese soldadote ... lo cierto, padrecito, es que en un pueblo señalado por la mano del Diablo, un ejemplo de virtud tan grande debe ser premiado. Y nosotras hemos decidido, padre, celebrar una misa especial antes de condecorar a la señorita que... después de todo... sigue siendo señorita ...

El cura se deshizo de las Pinochas, y los zopilotes en compañía, con promesas vagas. Y luego, resoplando, se asomó al parque, donde yo jugaba al "burro" con los demás chiquillos:

–¡Pelón! Vete a buscar a don Macario y dile que necesito un quite ... ¡un quite!

LA GRAN IDEA

EN LA tibia intimidad del curato, Jesús parecía sudar y no sangrar, que la pintura habíase desleído hacía ya tiempo de modo que el sangriento Cristo español había dejado paso a un palúdico Cristo veracruzano. Don Macario saboreaba su copa y escuchaba, hondamente complacido, el ronroneo del cura:

–Sería pecado, y me refiero, por supuesto, a pecado de inteligencia, mi querido amigo, caer en la trampa idiota de las Pinochas y todas esas condenadas beatas que esas flacas fueron a sacar de no sé qué tenebrosas obscuridades. Lo siento, don Macario, pero yo, de natural cachondo, no tolero la carne de chito. ¿Y se ha fijado en que todas las beatas son chito, puro maldito chito...? Bueno: el caso es que la niña está ahí adentro, reza que te reza. Yo no sé si es que tiene de veras devoción, o por creerse en sagrado se cree también en el deber de la palabra santa. Pero, ¡la verdad!, a mí la palabra santa ... De modo y manera, mi querido amigo, que planteado el asunto, y siendo usted como es, en cierto modo, culpable de todo este condenado lío...

–¡Alto ahí! –y don Macario mordía la carcajada de aguardiente–: ¿culpable yo, mi amigo?

–¡Culpable usted! No fue usted, con un... ¡demonio! ... ¿no fue usted quien mandó al pueblo de los apretados al pobre soldado ese?

–¡Pero yo lo mandé, señor cura, a arreglar cosas de política, no a meterse en el lío con la muchacha t Digo, hasta donde puede decirse eso del difunto ...

El cura hizo aquí ademán de silencio y de quietud,, orden de tregua, gesto de malicia. Miró hacia el fondo de la casa, pasó los ojos verdes y rojos, muy a la carrera, sobre el Cristo palúdico y, bajando la voz mientras se acercaba al viejo, planteó su duda:

–Don Macario... usted cree... digo... ¿usted cree...?

–Yo creo –contestó don Macario, absurdamente serio, hasta solemne–. ¿No recuerda usted que hablé con el coronel el día antes a su muerte, acabado el sermón? Me mandó a llamar y yo pensé, por conocer el raptó, que me tomaba por casamentero y arreglador. ¡Viera usted la sorpresa que me llevé! Cierta que el hombre, ¡porque era hombre hasta el cielo de enfrente!, ya me había dado la medida de su profundidad cuando me relató algún episodio de su vida primera. Pero, ¡caray!, esa muchachita de la que usted duda... y con razón, porque si alguien tiene derecho a dudar de la virtud de las mujeres es un cura ... ¡esa muchachita está como para comérsela! Y sin embargo el hombre se aguantó como los machos y soportó el lloriqueo de toda una noche: que si estaba ofendida; que cómo la iban a cambiar así, por un pelado de los de aquí; que ella mejor se daba a él, aunque se fuera de guacha para toda la vida ... El pobre hombre le dejó la cama, el cuarto todo, y se fue a dormir con su asistente, que desde entonces, por cierto, no suelta la misma borrachera, de pura desilusión. Dice el cabrón que no le duele, ¡hágame usted el favor!, "la segunda muerte de su coronel". Bueno: pues por si todo eso fuera poco, ¿no le tengo dicha ya la explicación de Federico?

El cura hizo aspavientos de dolorosa preocupación:

–Ay, don Macario, don Macario... ¿y qué demonios –con perdón del Señor– ... qué demonios vamos a hacer nosotros? Porque lo que no hagamos usted y yo no lo hace nadie. ¡ Está visto! Monseñor, por no verme, según me mandó decir, prefirió salir río arriba, inventando una jira hasta el fondo del Istmo. Y aquí tiene usted el final de su santo recado: "Quiero saber que todo ha sido arreglado entre ambos pueblos. Y arreglado por ti, que eres el principal culpable de tanto escándalo y tan grande dolor". Si

Monseñor no fuera un santo, don Macario ... yo diría que son chingaderas de Monseñor!

Don Macario, entonces, decidió el rumbo de las cosas en un golpe de audacia. El nanchecito había estado dándole vueltas en la cabeza. Vueltas y vueltas. Y una idea, una idea loca, que tal la juzgó al parirla, se le fue metiendo en el cerebro como un berbiquí: duro y duro, entra y entra, zumba y zumba ... Entonces pidió, con risa de conejo, una copa más "para ver claro", según dijo con ojos turbios. Y luego que hubo bebido tres o cuatro copas más dejó al cura tapando su equipal y se puso a hacer el tigre enjaulado, con una cara de circunstancias que merecía la cámara de Dagoberto, el fotógrafo del pueblo, cuyo establecimiento ostentaba un letrero digno de los mármoles: "Dagoberto S. Martínez. Fotógrafo Genial.–Se toman fotografías de día, de noche, lloviendo o con neblina".

–Esa muchachita, mi caro amigo, que está para comérsela, se irá a un convento. ¡ Maldita sea ...! ¡ mire usted que semejante bocado en un convento...! De acuerdo, pues, en eso, porque no hay otra salida. El Federico se pela esta noche. Lo he considerado bien, mi amigo, y el Federico se pela. Es cierto que mató al coronel, hombre cabal, de los de veras, y que por eso merecía el fuego del infierno. Pero, en primer lugar, usted y yo sabemos que no existe tal infierno. El infierno de aquí es el que va a sufrir el pobre, después de que la muchacha lo desprecia y después de que mata a un hombre cien codos más hombre que él, no para vengar que haya deshonrado a la muchacha, sino para vengar precisamente lo contrario. ¿Usted entiende, verdad?

–Entiendo, don Macario, entiendo ... aunque, ¡ no entiendo!

–De acuerdo. Eso, pues, queda arreglado de la manera menos mala. Si Dios deja así las cosas, bastante hacemos usted y yo con componerlas hasta donde nos es posible. Queda el gran problema... la reconciliación de los pueblos...

–¡Eso, eso! –gritó el cura, angustiado–. Mire usted lo que me dice Monseñor al final de su recado...

–A mí Monseñor y la carabina de Ambrosio, mi querido amigo ...

Don Macario estaba ya lanzado. Hombre tocado de enfermedad mental, leve y santa, aunque borracha, había ido afirmando el absurdo de su ocurrencia hasta considerarlo idea genial, salvadora, perfecta. Ahora, triunfante, tenía su momento, el gran momento que siempre había anhelado, en su ingenua alma de ingenuo liberal, tener ante el cura, al que quería ciertamente pero del que no podía olvidar la calidad –o al menos la condición– sacerdotal. Se detuvo, pues, a medio cuarto y tomando un tonillo de "sermón laico", según definió después, se abrió la capa:

–Una boda, mi querido amigo, iba a ser la gran conciliadora. ¿No es así?

–Sí, así es, pero...

–Si usted no recuerda mal, mi querido amigo, yo, con todos los defectos que me cargo, y con todo y ser un viejo borracho, según la exagerada acusación de mi mujer ... yo, y nadie más que yo, imaginé la solución de la boda después de aquel maldito partido de pelota...

–Sí, don Macario, pero ... –No hay pero que valga, mi caro amigo. Es cierto que la boda de la señorita Gala con Federico ya no es posible; y no es posible, al revés que en todos los casos de boda frustrada, no porque la muchacha ya no sea señorita, sino porque lo sigue siendo. ¡Estas cosas solamente pasan en Veracruz! Bueno: pues si una boda nos falló, haremos, señor cura, otra boda. Otra boda cuya naturaleza, señor cura, requiere ya no de los oficios de un viejo liberal, masón y revolucionario como yo, sino de los suyos, padre; en una palabra: para una boda divina, señor cura, oficios santos ...

Estas enigmáticas palabras fueron pronunciadas con toda solemnidad, casi con majestuosidad, por el viejo que, engallado, pareció crecer y ensancharse conforme avanzaba en su perorata. El cura, que no alcanzaba a sospechar siquiera de lo que se

trataba, empezó a balbucear algo pero fue nuevamente interrumpido por su amigo:

–íbamos a casar a una señorita principal del pueblo de los apretados, hija del jefe político del lugar, con un muchacho de los más notables de nuestro pueblo, hijo, a su vez de nuestro alcalde. ¿ No es así? Bueno: pues ahora usted –y remarcó ese usted deliberadamente– va a arreglar la boda de la Virgen patrona de nuestro pueblo con el Señor de no sé qué, patrono del pueblo de los apretados...

El cura, con los ojos fuera de las órbitas, dejó caer su copa...

OTRA BODA FRUSTRADA

¡ POR QUÉ extraños caminos discurren el destino de los hombres y el sino mismo de los pueblos! Aquella idea loca de don Macario, tachada inicialmente así, de locura borracha, por el cura, prendió a poco gracias a una serie de coincidencias y circunstancias especiales que le fueron dando la forma de gran solución que en ella veía el viejo empleado del Timbre. Tras de muchos cabildos, conferencias secretas y hasta viajes a Jalapa a conferenciar no solamente en el Obispado, sino en el mismísimo Palacio de Gobierno, donde un coronel agrarista terriblemente jacobino practicaba de vez en cuando el fusilamiento de imágenes supuestamente milagrosas, la boda divina, como gustaba de llamarle don Macario a su proyecto, quedó concertada. Todo esto con secreto hacia ambos pueblos, cuyas plebes barruntaban grandes acontecimientos, pero se desvivían inútilmente por descubrirlos.

Lo primero fue ver llegar, en lancha empavesada, al cura de los apretados, poco simpático representante celestial que desde el malhadado juego de pelota era el blanco preferido de todas las mentadas de madre porteñas.

—Y este ñopo, ¿a qué viene por acá? —se preguntaron los pescadores que suspendieron la sabrosura del palique para ensartarse en el rosario del chismorreo preocupado. Cuando el cura apretado —y perdone el lector que así lo identifique— echó a andar, seguido de algunos de "los más caracterizados vecinos" del lugar río arriba, rumbo al curato, la extrañeza llegó a franco asombro. Y cuando nuestro cura salió hecho unas pascuas —al menos de dientes para afuera— a recibir a su colega cuya enemistad nos constaba a todos, el asombro saltó a pasmo.

—¿Y ora ... ¿qué se traen sus paternidades ... y qué se trae don Maca?

Porque el viejo del Timbre fue mandado llamar, por mí como siempre, a poco que los dos curas y la lucida compañía ocuparon el curato. Y la conferencia, ultrasecreta, se prolongó cosa de hora y media, lo que, la verdad, para dos curas de pueblos enemigos, era demasiado.

El pasmo alcanzó los límites del horror cuando se vio al grupo de vecinos caracterizado tomar posada en casa de los Lara, pero no se vio en el grupo el negro traje de su cura.

—¡La puta! Ora resulta que se queda a dormir con nuestro cura ...

Y el horror terminó en misterio enloquecedor cuando al día siguiente toda la gente aquella, aumentada con algunos vecinos de nuestro pueblo —los tenderos ricos al frente, por supuesto— y encabezada por los dos curas, ocupó el carro de primera del Piojo, que el tío Concho se esmeró en acelerar desde el principio del viaje. Don Macario, que había despedido a la comitiva, supo resistir, ¡heroicamente!, el acoso:

—Son secretos... secretos que no puedo revelar, aunque la vida me fuera en ello. Sólo puedo decirles, muchachos, que todo saldrá bien y que si no fuera por eso, por el bien de los dos pueblos, yo, que no soy mocho, no andaría entre curas, y mucho menos junto al curita ese de allá, que me cae exactamente como patada en el estómago ...

Y no soltó prenda el viejo, que invitado a beberse el nanche todo de la región supo encontrar en el archivero asombroso de su memoria cien cuentos absolutamente nuevos para su auditorio, pero nunca, ni a la hora de vomitar, perdió los bártulos como para descubrir el velo del misterio.

Cuando, dos días después, la extraña comitiva bajó en la estación con alegres semblantes, de fiesta verdadera, la curiosidad explotó incontenible. Pero ni así fue posible que nadie averiguara nada; ni siquiera cuando don Macario, con cara de

preocupación, hubo de abordar a su vez el Piojo, llamado con urgencia, según reveló el telegrafista, por el señor gobernador.

–Y ora ... ¿qué es lo que se trae toda esta gente?

–Tú sabes, Cheloca, que los principales han sido siempre como los ratones: misteriosos y pendejos.

–Lo acepto, aunque jalo de su paternidá. Pero, ¿y don Maca?

¡Ah, viejo traidor! Volvió dos días después, también alegre como unas pascuas y rodeado de su amada plebe permitió ver una punta, pero solamente una punta, del velo misterioso:

–Lo único que puedo decirles, muchachos, es que estando próxima la Navidad, que aunque yo no soy católico la celebro por representar el triunfo espiritual de la masonería a la que pertenezco, ya que Jesucristo, según he venido a colegir, fue el fundador de nuestra hermandad; que en esta Navidad, muchachos, el espíritu fraternal, verdaderamente cristiano, unirá al fin a los dos pueblos que estando tan cercanos y viviendo del mismo río han andado a la greña desde que se fundaron. Y que será una boda, muchachos, ¡una boda a toda orquesta!, el lazo de la unión...

El Tío Tamarindo se rascó la cabeza:

–No entiendo, don. Esa boda se fregó porque ni el Federico puede dar la cara, que lo enchiqueran, ni la muchacha puede salir del convento de Orizaba donde la tienen guardada. Entonces... ¿de qué boda nos está hablando usted?

Don Macario prefirió, a modo de respuesta, contar el cuento de los recién casados gachupines que yo, por saberlo muy conocido, silencio en mi relato.

Pero el domingo siguiente los dos pueblos fueron estremecidos por la sorpresa. En misa de doce, a la que invitaron especialmente a la integridad de sus rebaños, los dos curas dieron, al mismo tiempo, la noticia: con beneplácito del señor Obispo, y hasta con la venia del señor gobernador, a quien habían convencido las razones del autor de la gloriosa idea, el bienaventurado don Macario, se celebraría una semana después, y en el puerto, lugar de residencia de la Virgen, que por su condición femenina, y no porque se discriminara al pueblo de los apretados, tenía el derecho de casarse en su propio lugar, su boda con el Santo Patrón de río arriba.

Al principio los informados abrieron la boca, incapaces de digerir el notición. Luego fruncieron el gesto, desagradados. Pero ambos curas, debidamente preparados, leyeron el mismo sermón, con variantes solamente relativas a la localidad, en el que se ordenaba a los fieles, por el amor de Dios, no solamente el acatamiento a la boda, sino al regocijo por su celebración, la presencia en la sagrada ceremonia y la organización de una gran fiesta de fraternidad:

–Ya es tiempo, hijos míos –gritó nuestro cura, más rojo que de costumbre– de que terminemos con esta rivalidad absurda. ¡ Es necesario que nos reconozcamos hermanos en Nuestro Señor! ¡ Es necesario que nos sintamos, todos, hijos de la Santísima Virgen! ¡Y qué medio mejor, más edificante y piadoso, que el de estas bodas simbólicas, hermosamente realizadas en nuestro puerto y junto a las aguas del río de cuya riqueza viven ambas poblaciones? ¡Observo que los Martínez prietos ponen mala cara, y eso es una vergüenza ! ¿Quieren los Martínez prietos enfrentarse con una santa decisión de nuestro no menos santo señor Obispo? ¿Quisieran, almas pecadoras, que yo contara aquí, delante de todo el pueblo, las cosas que de ustedes sé, para mi dolor? Pues entonces –y ya veo que doña Paula le pone al mal tiempo buena cara, bendito sea Dios–, únense al regocijo de los vecinos cristianos, inteligentes y civilizados de ambas poblaciones; adornen sus casas y edifiquen sus vidas y limpien sus almas, porque nunca, en la historia gloriosísima de la Cristiandad, se había celebrado una boda semejante. Toca a nuestro río, a nuestro padre el río, presenciar tan singular acontecimiento.

¡Demos, hermanos, gracias al Altísimo por tan inmerecido don!

El sermón surtió su efecto, aunque a todo el mundo le costara mucho trabajo aceptar semejante reconciliación y aunque, para la noche del sábado anterior a la sagrada boda, don Macario tuviera que mover influencias ante el presidente municipal para aprehender a los Martínez prietos –llamados así para distinguirlos de los otros Martínez, los blancos–, ya que amenazaban con sabotear, por la violencia, enlace tan necesario.

La plebe, mal que bien, refunfuñando, acabó por aceptar la fuerza de las cosas y empezó a consolarse pensando que, después de todo, la reconciliación les permitiría a los solteros el poder cortejar a las muchachas de los apretados, frutas vedadas hasta entonces por un muro de odio y de violencia. Solamente una cosa preocupaba al Tío Tamarindo, jefe de la tropa pescadora: ¿dónde rayos andaba Cheloca? Porque desde por ahí el jueves desapareció, y buscado que fue en su choza nadie supo dar razón de sus pasos:

–Luego se pierde así, se va a camaronear.

–A cabronear será –comentó el Tío, que mordió la inquietud y fue a contar sus preocupaciones a don Macario, cansado ya, aunque eso sí, deliciosamente cansado, de recibir felicitaciones de todavía "gente decente" por haber parido idea tan colosal.

–¿Cheloca? No, Tío. No hay motivo de alarma. Ese loco es bueno de corazón y, sobre todo, a mí me tiene un respeto conmovedor. Andará borracho, por ahí...

Ni siquiera cuando todo el puerto se congregó en el embarcadero para recibir a todo el pueblo de los apretados, que siguiendo en múltiples embarcaciones una enorme lancha insignia donde viajaba su Santo Patrón apareció frente a la laguna, al son de alegres músicas, y entró luego en las aguas de rápida corriente desafiando al destino confiado en su preciosa carga; ni siquiera entonces, decía, el Tío Tamarindo logró tranquilizarse. Fue hasta después de que el licenciado Zamudio, orador oficial del puerto, terminó su discurso de bienvenida al Novio, cuando pudo el viejo pescador respirar a sus anchas:

–¡La puta! ¿Y dónde te habías tú metido?

El Cheloca aplaudía escandalosamente al orador. Andaba más sucio y greñudo que de costumbre y cargaba una pítima formidable. Pero en su cara había la nota de la alegría, de la despreocupación; y en su cuerpo, torpe a causa del alcohol, toda la danza del mundo.

Un señor licenciado –notario público, juez de paz y padrino de más de doscientos niños apretaditos– contestó, en floridísimas frases, la bienvenida de Zamudio, de manera que si nuestro elocuente paisano llenó de elogios al Novio, el visitante pareció locamente enamorado –dicho sea con el debido respeto– de la Novia, según le echó de flores, piropos y hasta coplas. Entonces se formó la procesión, en la que pudo zanjarse la peliaguda cuestión de la primacía, no entre los novios, que nada decían ciertamente, sino entre los dos presidentes municipales, que cada uno quería abrir la marcha hasta que don Macario, siempre oportuno, alzó la flauta de la voz:

–¡Yo, que soy liberal, acato la fuerza divina! Los novios primero, y los curas después, juntos. Las autoridades en seguida. ¡ Todos por parejas!

Cuando la procesión llevaba un cuarto de hora de andar reposado, musical, eufórico, el Cheloca rompió a llorar con un alarido terrible, fino cuchillo que rasgó el cielo azul. Y luego, dando un brinco de tigre, arrebató a la señorita Sánchez el tesoro que llevaba orgullosamente. Miró la cara de nuestra Virgen, ¡ tan bonita!, y sin dejar de hipear, bebiéndose las lágrimas, gritó, tan fuerte que espantó a los peces:

–¡Prefiero, madre santa, que te metas de puta, antes de que te cases con ese maricón!

LOS DÍAS DEL RENCOR

CUANDO las aguas empezaron a subir, turbias, traidoras, como queriendo sorprender al mundo con su renacida furia asesina, el grupo de los pescadores porteños, como siempre presidido por el Tío Tamarindo, apenas si reparó en la novedad:

–Va a crecer el río. Se van a fregar aquellos. ¡ Y bien merecido que se lo tienen! Pobre Cheloca ...

El Cheloca dormía ahora, para siempre despreocupado de la "cruda", bajo el sol de plomo que blanquea el cementerio del lugar. Y aquí debo conceder al lector la flor marchita de mi vanidad: si he renunciado a describir la batalla que siguió al grito del camarero borracho es porque conozco, y hasta el fondo, mis lamentables limitaciones descriptivas. Fue una batalla en forma, furiosa pero sorda, casi silenciosa para asombro de una tierra madre del escándalo, en la que hombres y mujeres, a la par, buscaron causarse el mayor daño posible con las manos, con las uñas, con los dientes, con los pies. Nadie pensó en sacar el cuchillo de faena que cargan todos los pescadores; nadie, para honra de la tropa porteña, recordó que en algunas casas se guardaban escopetas de cacería, pistolas, grandes machetes. Era como un afán de destrucción menuda, pero a fondo, de manera que se arrancaron orejas a mordiscos, se bajaron metros y metros de piel con uñas que eran garras, se hincharon docenas de testículos a rodillazos implacables, acompañados de pujidos agónicos, se arrancaron miles y miles de cabellos en mechones sanguinolentos, que dejaban a las víctimas con aspecto de tiñosos. Y todo en un silencio absurdo, loco, inaudito, al grado de que el rumor sonso de la laguna hubiera podido escucharse como fondo de imprecaciones apenas susurradas, de quejidos pudorosamente contenidos, de golpes secos, puras patadas, sobre espinillas definitivamente echadas a perder. Había, sí, otro rumor, sonso también, que conforme avanzaba la batalla iba creciendo, engrosando, ululando, y que marcó el momento del final de la pelea cuando una voz agudísima, la de la Pinocha mayor, dejó el rezo, la fervorosa petición de la Suprema Gracia y horadó los cielos con el berbiquí chirriante de la desesperación:

–¡Los padres! ¡Ave María Purísima, los padres, que se pegan!

Sobre la ribera maculada por el rencor humano dos enormes pájaros negros, separados de la batalla general, se habían trezado en una lucha grotesca que de no ser trágica hubiese causado la carcajada. Y es que los curas, por más que lo disimulen, tienen su corazoncito. Por un extraño milagro al revés, que no puedo explicar mejor tan loco procedimiento, los curas, mudos de pronto, se dedicaron a tratar de separar a las más furiosas parejas de luchadores. Pero todo ello sin proferir palabra mientras se oía el gangueo de los glotones pájaros marinos que andaban a la caza sobre las aguas de la laguna. Sudaron, lloraron, maldijeron inclusive ante el constante fracaso de sus maniobras de paz; y no sólo de paz. Porque eso eran, maniobras, y no palabras. Iba nuestro cura, jadeante, los ojos acuosos, murmurando una oración absurda hecha de jirones de oraciones conocidas entre los cuales montaba mentadas de madre y letras de canciones, todo ello formando un lenguaje susurrante, enloquecedor de enloquecido, y tirando de hombros, y de piernas, y de puños martilleantes. Como viera que una pareja de hombres enemigos llevaba su rabia destructora hasta la mordida feroz en el cachete, por un lado, y la apretada furiosa de testículos, con la mano derecha, por el otro, se echó a tierra para identificar las caras de los sucios gladiadores. Reconoció en el que sufría la mordida en plena cara a uno de nuestros hombres, quien mientras mayor dolor sufría, pensando ya en quedar con las muelas al aire cuando el enemigo le arrancara el

sangriento pedazo de mejilla, más apretaba los testículos del mordedor, que iba perdiendo color y ritmo respiratorio conforme se aferraba, como un perro de presa, a la carne palpitante. Nuestro cura, entonces, hecha la identificación, estuvo por un momento considerando la estrategia, la táctica a seguir, y luego, decidido, apretó furioso, con dedos que eran pinzas de hierro, las narices del mordedor hasta que el hombre, asfixiado ya a medias por el apretón en las glándulas nobles, sintió que perdía la vida y aflojó la mordida criminal, lo que permitió al paisano ganar el episodio porque, sin dejar de apretar las dos martirizadas bolas, picaba ahora los ojos del contrario con los dedos índice y central de la mano izquierda.

El cura apretado, por su parte, vagaba entre aquel mar de cuerpos derribados y si bien es cierto que movía la cabeza consternado, tanto que derramaba lágrimas para la ardiente sed de la arena, cierto es también que soltaba, de vez en cuando, puntapiés feroces con sus agudos botines negros de Naolinco; lo que no le impedía, metros adelante, hacer la señal de la cruz sobre el grupo de mujeres piadosas que, las rodillas asándose en el piso infernal, pedían a Dios algún milagro para detener locura semejante.

Así, cada uno por su lado, haciendo el bien o completando el mal, según se vea, pisando manos crispadas, pateando cabezas sudorosas o bendiciendo mujeres sollozantes, los dos curas vinieron a quedar frente a frente alrededor de una masa informe de carne, pelos, sudor y maldiciones bajo la cual pagaba su blasfemia el pobre Cheloca, agonizante ya no tanto, según pudo saberse después, por los cientos de golpes recibidos, como por el abuso alcohólico de los últimos días. Nuestro cura observó el virtual linchamiento y volteó horrorizado, tembloroso de santa nobleza deportiva, a ver a su colega. Entonces, con voz queda, casi a bocanadas, protestó:

—Eso es montón ... eso no vale.

El cura de los apretados, que observaba también el vapuleo del Cheloca a varios manos, pies, bocas y cabezas, afirmó con los ojos:

—Sí... es montón. ¡ Y merecido lo tiene!

Entonces nuestro cura perdió definitivamente los estribos:

—¡Maricón, maricón! —gritó a su colega, y fue a él, la panza gladiatora, furioso hasta la congestión, echando espuma por la boca maldiciente. El cura ofendido reculó primero, acobardado ante la figura imponente de nuestro pastor. Pero algo sucedió en su cabeza también enloquecida y entonces frenó sus pasos evasivos y esperó, a pie firme, la gorda acometida. Fue entonces, cuando las dos sotanas se confundieron, rodando por la arena, que las mujeres levantaron clamor horrorizado. Y fue tal su chilla, y tan conmovido su llanto, y tan temerosos sus ojos, que poco a poco fue parando la pelea general y nuestro presidente, incorporado ya, acertó a sacar el pavoroso pistolón con el que amenazó a paisanos y enemigos, por igual, mientras gritaba con voz ronca y herida:

—¡Ya está bueno, cabrones, ya está bueno!

Los curas fueron separados por las beatas, que los bañaron de justísimos reproches mientras amenazaban con viajar especialmente a Jalapa para acusarlos con el señor Obispo. Y entonces el orador apretado, desmelenado, la cara una máscara puerca de sangre, mocos, sudor y tierra, caminó casi a rastras de sí mismo hasta abrazar, convulso, al Santo Patrón del pueblo, al Novio ya no inmaculado que yacía, junto a la Novia, tirado al sol y al aire, salpicado de arenas y denuestos.

—¡Jesús! —chilló la Pinocha, que se hincó nuevamente en lo que fue imitada por las demás mujeres—. Dios mío: ¡perdón, perdón, perdón!

Abrazado a su Cristo maculado el orador se puso en pie y echó a andar hacia la lancha empavesada que bailaba solita porque su gente de maniobra había entrado también en la pelea. Y subió a bordo, y se hincó ante su Santo Patrón, y rezó fervorosamente mientras la paisanada le seguía, ocupando las lanchas, empujando a su

cura, que llevaba dos dientes en la mano y una hinchazón horrible en el lado derecho de la boca. Nuestra gente presenció, paralizada, la marcha hacia las lanchas y el embarco de la tropa ofendida. Cuando todos subieron a las embarcaciones y los marineros empezaron a soltar los cabos, conforme ganaban agua adentro, el orador volvió la vista a la ribera de nuestro pobre pueblo y encontró voz en el fondo de su dolor amargo:

—¡ Maldito... maldito sea este pueblo con su maldad salvaje!

Nadie respondió. Nadie captó ya el sentido del grito rencoroso. Todo el pueblo hacía rueda al cuerpo del Cheloca, sin vida ya, sanguinolento, roto, un muñeco desarticulado cuya hinchazón alcohólica se hinchaba más con los golpes de la muerte.

Entonces el Tío Tamarindo buscó entre su gente, anheloso, y al no encontrar a quien buscaba despertó de la pesadilla y se echó a llorar.

—¿Y don Macario? ¿Dónde está don Macario? —me preguntó, un niño chillón apenas, arrepentido. Yo me vi en el caso, muy triste, de aclarar: —Don Maca se fue a su casa, llorando, cuando empezó el relajo ...

Ahora, castigo divino ... ¿pero contra quién, o quiénes?, las aguas del río nuestro padre subían y subían, se arremolinaban, furiosas, arrastrando grandes macizos de lirios en los que, a veces, se enroscaban las nauyacas espantosas. Y conforme el nivel de las aguas subía y el cielo, locamente, se limpiaba la mugre de los últimos días, dejando asomar, aquí y allá, ruedos azules, el color de las aguas se ensombrecía, se ensuciaba, rebotado, arrastrando, desde las sierras lejanas, donde llovía sin cesar desde hacía quince días, los primeros cuerpos muertos: perros, conejos, toches. Un pequeño becerro...

Los pescadores, a la orilla misma del agua, comentaban dolidos las terribles novedades que sufrían como consecuencia de la frustrada boda divina.

—Me duele lo de nuestro cura, la verdá —decía el Cheto, pasando y repasando las manos sarmentosas por el ala mugrienta del sombrero—. Me duele porque si le entró a la brava fue porque nos quiere, porque quiere al pueblo y a su Virgen. Eso de que lo hayan obligado a salir de la iglesia, y a entregar al nuevo cura... ¿lo vamos a dejar así, muchachos?

Los "muchachos", casi todos ancianos o pequeños hombres flacos envejecidos, chimuelos, amarillentos, se empeñaban en no contestar. Y miraban, con ojos extraviados, las aguas que subían y subían ... ¡ Nunca nuestro padre el río creció tanto en tan pocas horas! Para la tarde, que vino fría y desapacible, con golpes de viento que lo mismo venían del Norte que del Este; furiosos y cortantes, el nivel lamía ya el piso mismo de nuestro malecón. El Tío Tamarindo miró hacia el lado opuesto de la laguna, abajito, donde aparece la raya gris en la que desemboca el río en la laguna, y que ahora semejaba el lomo negro de un animal furioso y mugidor, enloquecido.

—Esos se van a fregar. Ustedes saben que no tienen defensa, como nosotros ...

El Cheto se frotó las manos, amoratadas, y escupió: —¡Qué se chinguen! ¿A poco no por su culpa se nos va don Macario?

Y la presencia, la ausencia, del gran viejo, removió el rencor.

DIALOGO EN LA NOCHE

—SOY cura, don Macario... ¿o es que ya no lo soy, que no lo fui nunca...? Pero no, con permiso o sin permiso de Monseñor: ¡ soy cura! Creo en Dios. Pues bien, o mal, mejor dicho, amigo, compañero de tristezas: nunca he presenciado nada que pudiera llamarse milagro, lo que se llama nada. ¿ Cómo esperar ahora para mí, y en cierto modo para usted, milagro semejante ...? Y lo grave del caso, lo que me enloquece, don Macario, es que sin un milagro mi vida habrá acabado. Digo mal: sin un milagro mi vida no tendrá fin, será un infierno. ¡Dios, Dios, Dios!

Nuestro amigo el cura fumaba, tosía, pujaba, sudaba, maldecía entre "Padres Nuestros" y ayes profundos. Con la llegada de las sombras y las últimas noticias del río, que los interlocutores fingían ignorar, pero que esperaban ansiosos, noticias más y más alarmantes, que hacían pensar en un desastre río arriba —"allá, donde está mi enemigo", pensó el cura en el otro cura, y luego sacudió un escalofrío—, don Macario había acompañado, como todas las noches desde su destitución, si así puede llamársele, a su amigo al último cuarto de la casa, el más separado del grueso de la familia y su constante cloquear. En aquel cuarto, usado hasta entonces por el viejo funcionario para encerrarse a tocar melancólica, desafinadamente un viejo violín sin barniz cuyos graves eran, sin embargo, de una dulzura profunda, casi azul, habían colocado las hijas del masón dos catres, con sus respectivos mosquiteros. Y, como todas las noches, pero esta vez angustiados por las noticias de la creciente, empezaron a hablar en cuanto se acostaron.

Era una especie de neurosis aquel hablar a vuelta y vuelta sobre el mismo tema. Y con todo, la llegada de la noche resultaba una bendición, porque las horas del día eran terribles. Ninguno de los dos se atrevía, ni lo deseaba tampoco, a pisar la calle. Y ninguno de los vecinos, aunque agonizaran de ansias, se atrevió a su vez a tocar la puerta. Rondaban los pescadores frente a la casa de dos pisos, y el Tío Tamarindo tosía más fuerte y desgarrado que de costumbre al pasar frente al zaguán, en la esperanza de provocar una llamada. Pero nunca tuvo otra respuesta que un silencio por él imaginado hosco, rencoroso.

El cura, en franca rebeldía ante las órdenes de su santo superior, volvía a plantear la cuestión, mientras buscaba en la silla que tropezaba casi con el catre cigarros y cerillos, pues ahora fumaba constantemente. Se filtraba, quién sabe de dónde ni cómo, alguna luz, una fantasmal claridad sucia que permitía a don Macario distinguir los contornos de los muebles y la mancha grisácea de la ropa civil del cura, que tan apretada le quedaba. Luego, por asociación de ideas, volvió la vista hacia la blanca pared donde la enorme sotana dada de baja colgaba fingiendo un enorme murciélago dormido.

—¿Cómo voy yo, ¡yo, querido don Macario!, a meterme a un convento por obedecer a mi santo superior? Permítame usted decirle, y de mi parte sería pecado, pecado de hipocresía, negarlo, que de no haber sido destinado a este pueblo en la última promoción, yo hubiera abandonado la carrera eclesiástica motu proprio. Yo estaba arriba, en la sierra, en el puro chipi chipi, donde la gente, aunque aparezca como veracruzana, no lo es, sino más bien poblana. Cuchicheo, chiches de oquis, ¡ shh, shh! Nada de hablar en voz alta, nada de tomarse un trago sin remordimientos y mucho menos, ¡ pero ni soñarlo!, poder echar mano a una muchacha, siquiera a una vieja, de cuando en cuando. Yo no soy casto, don Macario, y usted lo sabe. ¡Yo no padezco, a Dios gracias, aberraciones sexuales! Cuando iba a reventar, cuando iba a renunciar, porque muerta mi

madre ya nada me importaba, fui cambiado a este puerto de mis amores y de mis terribles pecados. ¡Puerto adorado de mi alma, querido amigo! Aquí la gente es buena, noble, franca, alegre, cogedora. ¡Cogedora, sobre todo! Y no solamente no exigen castidad al cura, en lo que hacen muy requetebién, sino que verían con malos ojos a quien padeciera semejante cochino vicio secreto. Vine, por bien de mis pecados, querido amigo, a dar al Paraíso, un paraíso ciertamente muy caliente y hasta feo –si uno tiene alma de fotógrafo postalero–. Pero lindo, ¡re lindo!, de todo y de todos. Aquí la jarana se baila menos con los pies que con el alma, don Macario querido, ¡queridísimo! ¿Cree usted, don Macario, que voy a meterme en un convento como quiere monseñor ...? Cuándo entregué la iglesia y salí aturdido, a sentarme en aquella banca del parque, sin sentir siquiera el aguacero, y usted llegó, don Macario, ¡querido amigo!, a ofrecerme su hospitalidad y la de su linda familia, yo, don Macario, yo, este cura, este ex cura, mejor dicho, sentí la presencia de Dios en la figura de un masón como usted, ¡y que Dios me perdone por haberlo dicho, que si no lo suelto, reviento!

Dio dos, tres vueltas en el catre, que amenazaba el derrumbe. Prendió el cigarrillo, apagado hacía un rato, y resoplando volvió a encararse, aunque a obscuras, con su huésped:

–Yo quise mucho a mi madre, querido amigo, como le he contado a usted todas estas noches que nos hemos pasado de lechuzas, habla y habla, los ojos pelados. ¡Benditas velas, que nos han permitido dormir por las tardes y escapar así al problema de los problemas ! Mi madre, don Macario, fue una pobre vieja rezandera y tontilla, pero más buena que el pan, y no me refiero al pan bendito, sino al bueno, al sabroso... yo no sé, ni quiero saber, quién fue mi padre, aunque sospecho que sería algún cura como yo, sin aberraciones ... pero el caso es que la pobre vieja trabajó como una bestia del campo para mantenerme y para llevarme, limpiecito y sano, al condenado seminario. Dígame usted ahora, don Macario, ¡pero dígame ya! si yo odio, así, o-d-i-o el recuerdo de los años cochinos que pasé en el seminario entre muchachos puñeteros y curas chotos y otros brutos e hipócritas, todos crueles, ¿cómo voy a ir a dar ahora a un convento, donde todo será peor, mucho peor, puesto que lo que era horrible entre muchachos será inaudito entre viejos? ¡Cómo, cómo, cómo ...!

Y resoplaba, y maldecía, y bendecía, y lloraba. Y su amigo don Macario prendía el cigarrillo a su vez, y esperaba a que pasara el arrechucho, y contestaba, los ojos locos buscando paz en el misterio de la noche:

–Hace usted bien, amigo; hace usted bien ... y lo que hará mejor será tomar las cosas con filosofía. Digo yo: ¿cree usted, por acaso, que a mí no me duele tener que dejar este pueblo? Mire usted, padre... –¡ No me diga padre ...!

–Mire usted: nada hay más sucio, ni triste, que mi oficio de mordelón, de sacacentavos. Pero todo está hecho en México para que uno lo sea irremisiblemente. ¡Tiene uno hijos a montones, y un sueldo de cuarenta y cinco pesos mensuales! ¿Cómo no van a morder los empleados del gobierno, padre? –¡Que no me diga padre! –Bueno, pues no se lo digo... Bueno: pues esta gente, esta maravillosa gente es la primera gente de pueblo, forma el primer pueblo al que yo muerdo sin remordimiento, sin sentir asco de mí y de los que se dejan morder o de los que ofrecen la mordida. Aquí me he encontrado una fiesta en los hombres, y en el río ... aunque el río, hoy... y en el cielo, y en los árboles, y en los vinos. ¡Y hasta en la iglesia, mientras usted ocupó la iglesia, por supuesto! Aquí yo he sido hasta donde ello es posible en esta perra vida, feliz, mi amigo, mi querido amigo. Pero después de todo lo ocurrido yo tengo que irme de aquí. No porque nadie me obligue a ello, como a usted, sino por algo peor: porque nunca más podré ver cara a cara a esta gente, que no es mala... y, además, yo tampoco soy malo.

Había en la voz del viejo el sollozo. Y entonces, para su sorpresa, para su enorme y

dolorosa sorpresa, oyó al cura llorar a largas pucheros, casi a gemidos, y chapotear las palabras, mocosos y aturcido:

–Sí, don Macario... nosotros dos, que habíamos encontrado la felicidad, y el amor ... que ... ¡ que nos habíamos encontrado, don Macario!, ahora tenemos que salir alguna madrugada, de escondidas, con vergüenza, como si hubiéramos cometido un crimen. Y usted, mi muy querido amigo, irá a sufrir a algún pueblo desgraciado de allá arriba, entre hipócritas, y sus mordidas serán mordidas *en* su pobre alma. Pero, don Macario... ¿se ha puesto usted a pensar en lo que será de mí?

–Le he dicho mil veces, padre (y esta vez no hubo protesta), que mi casa será su casa. Que usted pertenece, por derecho de alma, a mi familia, que ...

No pudo don Macario terminar su frase generosa, efectivamente dicha por enésima vez, ni pudo el pobre ex cura agradecer, de nuevo, para rechazar la bondadosa oferta: fuertes golpes en la puerta de la habitación hicieron brincar en sus catres a los amigos, y entonces se oyó la voz de la dueña de la casa, que gritaba:

–¡Macario! Aquí te buscan ... ¡que es urgente!

El viejo funcionario dejó ver su pequeña figura quijotesca por jorobada y flaca y cascorva envuelta en el pulguero de lana y echó a andar hacia la puerta, mientras el cura, que tenía la costumbre de dormir completamente desnudo, recurría a la sábana para taparse la colosal barriga, alarmado ante una posible irrupción femenina. Entonces se oyó la voz del Tío Tamarindo, al otro lado de la puerta:

–¡Padre! ¡Don! Ai les voy ...

Abrió de par en par y avanzó el viejo chimuelo con cara de duende loco. Traía en la mano un palo de ocote prendido, que soltaba un humo apestoso y goteaba resina sobre sus pies descalzos, y cuando hubo iluminado la pieza lo suficiente para ver y dejarse ver, urgió, angustiado:

–Yo me voy, con mi plebe, a rescatar la gente al pueblo aquel. Él de los apretados. ¡ Ya pasó el primer muerto! Y quisiéramos ... sí, quisiéramos ...

Y echó a correr desapareciendo de los ojos enormes de los amigos. Don Macario saltó hasta la silla que sostenía sus ropas, junto al catre, y empezó a vestirse con tal temblorina y prisas tan locas que vino a caer sentado, incapaz de meter una pierna en los pantalones bailarines. El cura, cuando vio finalmente que su amigo lograba vestirse y echaba a correr fuera del cuarto saltó a su vez, desnudo, enorme, sudoroso, pero feliz, del catre y dirigiéndose no a la silla que sostenía su nueva vestimenta, sino a la pared del fondo, donde colgaba su sotana, echó mano de ella, se la puso en un santiamén y descalzo como estaba echó a correr tras de su amigo, mientras gritaba, conmovido: –¡El milagro, don Macario, es el milagro!

EL RESCATE

CADA seis o siete años el río nuestro padre, que toma desmesurada anchura frente al pueblo de los apretados, saltaba furioso las márgenes y se derramaba salvaje, incontenible, fatal, sobre las tierras labrantías por el lado derecho, y entraba locamente destructor por las calles de la población hasta golpear los muros blancos y azules de sus dos iglesias que, al fin de caramelo, amenazaban reblandecerse y ceder a tanta rabia.

La inundación era total y subía el agua, en ocasiones graves, a cuatro o cinco metros. Y por la repetición del castigo, y el amor a la tierra y a la tradición, y hasta la comodidad normal de vivir en paraíso semejante, los apretados habían creado una arquitectura estrictamente anfibia, de modo que las casas todas tenían puertas a la calle y embarcadero en el tapanco. Porque cuando venían las aguas grandes y se metían en los cuartos y se llevaban animales, camas, roperos y retratos –esos grandes, horribles retratos amplificados que venden incansables por los pueblos agentes especiales de la capital del país; pérdida, por cierto, la más dolorosa para aquellas gentes– las víctimas, un poco acostumbradas al desastre, subían a los templete, a los tapancos, tarimas y techos de sus casas, rodeados de sus pequeños y sus viejos, y esperaban, comiendo y bebiendo como si llevaran vida corriente y normal, a que las aguas bajarán, a que el río, avergonzado, se metiera de nuevo en su cauce y volviera, el muy hipócrita, a murmurar los chismes de todo Sotavento.

Pero esta vez las aguas enloquecieron de verdad. Y el desastre abrió sus alas negras sobre la zona, bellísima el día anterior aún, que era ya un inmenso mar sucio y pestilente donde la muerte chocaba en remolinos, con la muerte. En los techos de sus casas todos los apretados, sus mujeres gritando peticiones a un Dios acuático que se antojaba armado de tridente, veían con el anochecer cómo la furia subía, y subía.

–Hace siete años el agua llegó hasta donde está llegando ahorita. Si esto sigue ...

Cuando las aguas cubrieron, aullando, la línea anterior a que los viejos se referían, un clamor saludó, entre súplicas y maldiciones, entre caricias histéricas y consejos paternales, la noche terrible que subía del abismo negro y loco donde danzaban ya, junto a perros y cochinos, vacas y grandes toros hinchados, putrefactos apenas unas horas después de ahogarse. Los troncos arrancados río-mar-arriba, golpeaban, derribaban paredes y cercas, que iban quedándose enanas, y un cielo hosco, gris, odiador de la vida del hombre y de la bestia cayó como una losa sobre las incontables cabezas martirizadas que buscaban a su Dios mientras recogían los pies, mojados ya, mordidos por el terror, por el calosfrío mortal que dan las sombras.

–Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...

Las viejas interrumpían la oración para chillar frenéticas, y los hombres, los recios hombres reposados, los de manos oscuras y callosas, lloraban como niños ante sus hijos, niños terriblemente adultos, ojerosos, mudos. Y ahí hora tras hora hasta que un alarido corrió sobre el mugido de las aguas y agitó las copas llorosas de los grandes árboles tercos en su amor a una tierra inexistente.

–¡ Dios, Dioooooo! ¡El abuelo, el abuelo, que se va!

Cedían las fuerzas de los viejos y caía vencida la resistencia aterrada de las mujeres. Las manos, aferradas a palos, piedras y ramas empezaban a temblar y luego se soltaban, se iban, se sumergían, horribles, retorcidas, fantásticas. Entonces salió la primera lancha río, mar, caos abajo.

Era un naufragio aéreo, un hundimiento desde las puntas de las ramas, un ahogarse en neblina. Los pobres hombres, que deben ser fuertes, metían a la familia, golpeaban a los chiquillos, maldecían a sus mujeres, amándolas locamente, empujaban, rencorosos, a sus viejos:

–¡ Suban, suban, que esto se acaba!

Pero no todo el pueblo tenía lanchas. Los infelices que se quedaban miraban, enloquecidos, cómo los náufragos de sus casas remaban, desesperadamente contra la corriente; cómo las frágiles embarcaciones se abrían al golpear contra esquinas de cal y canto; cómo luchaban viejos y jóvenes, hombres y mujeres que habían dormido y amado juntos la noche anterior, para matar primero, para matar y dejarse morir después. Y la lluvia se soltó, de pronto, como si anunciara el fin del mundo. Y los gritos aterrados y aterradores sacudieron las tinieblas.

Así hora tras hora, ¡ siglo tras siglo! sobre una absurda azotea plana de cemento, una treintena de fantasmas con el agua mordiéndoles el ombligo, despedazándoles testículos y riñones, vieron salir de la obscuridad una loca procesión de luces temblorosas. Una vieja se soltó a chillar, señalando con el dedo flaco de su esqueleto:

–¡Son ellos, los muertos, sus almas, que vienen por nosotros!

Y entonces Dios cantó. Del rumbo, de aquellas luces surgió un coro bárbaro de voces roncadas, pulmonares, submarinas, que saludaban el milagro inaudito de la vida con la muerte. ¡Era un son, un son jarocho!

–Ave María Purísima... los muertos nunca cantan. ¡Eyyyyyyy!

El alarido detuvo la furia de las aguas, que de todos modos menguaba un poco desde hacía rato. Y a la luz de los ocotes encendidos, aparecieron dos enormes cayucos, con motor:

–¡Puerto a la vista! –gritó una voz nueva, fresca, limpia, bella, divina, una voz de hombre con luz, una voz de hombre con fuerza, con remos, con motor, con otros hombres! Y poco a poco, ante el griterío de los niños, que todos se soltaron llorando, fueron surgiendo de las tinieblas las camisas blancas, empapadas, de los pescadores. Y en la primera lancha, dos bultos negros alargaban los brazos cortos, y gritaban cosas que nadie entendía en medio del escándalo general, del caos del mundo, de la alegría primera y del último llanto:

–¡Ave María Purísima! –se oyó la voz de nuestro cura, que echaba bendiciones–. Aquí estamos. Calmarse, calmarse, que todos serán salvados. No somos nada más nosotros, vienen más, unos con motor y otros, más despacio, a canaleta. ¡ Pero todos, todos seremos... serán salvados!

A bordo de la primera lancha hubo una lucha terrible contra la azotea, que se antojaba un muro bajo y grueso, el muro para romperse el alma, ni más ni menos. Y el cura, el pobre cura, el buen cura nuestro, llorando, trató de saltar de la lancha a la azotea. Pero la sotana se lo impidió. Se alzó entonces el negro paño y asomó unas piernas de elefante, blanquísimas. Pero, ¡como si alguien lo viera, vive Dios!, sintió vergüenza, se volteó a los hombres fuertes de atrás:

–¡Ustedes, ustedes! ... ¡Los niños primero! ¡No, los viejos! ¡ Los niños, los angelitos, los niños!

Y reía y lloraba al mismo tiempo. La lancha a motor de Cheto, que venía atrás, maniobró hábilmente y se interpuso entre la embarcación del Tío y el muro. Cheto gritó, mandando en su elemento:

–Ustedes adelante. ¡Allá, en la pochota, está la gente!

Clareaba ya el alba sobre este mundo loco y se distinguía, a lo lejos, la masa de un árbol enorme en cuyas gruesas ramas se agitaban, gritando, llorando, docenas de gentes enloquecidas que sentían la alegría loca de la salvación y el loco temor de pensar en la

muerte en tal momento.

–Ustedes allá. Nosotros nos llevamos a éstos, y con los de atrás completamos. ¡Échenle, échenle!

Ronroneó el motor y el cura dejó las yemas de los dedos en las aristas del muro, que chuparon su sangre, celosas de no ser alcanzadas por las aguas. Poco a poco, a tumbos, como un borracho, el cayuco tomó rumbo y sus hombres, felices de sentirse tan fuertes y tan buenos, fueron contestando a gritos los gritos que salían de todos lados:

–Allá vienen más, atrás ... ¡ Todos salvados! ¡ Viva, viva Veracruz! ¡Viva la Virgen! ¡Y el Santo Patrón!

–¡Benditos sean! –chilló una voz de vieja que venía de lo negro–. Benditos sean, hermanos. ¡ Todos hermanitos!

–¡Todos hermanos, todos! –gritó don Macario, llorando, gimiendo de dicha, de ternura, de infinito amor por los hombres, y los animales muertos, y los árboles deshechos, y las casas destruidas. Por todo y por todos. Y por su amigo el cura. Y por él, sí, por él también.

Los hombres, al llegar cerca de la pochota, se tiraron al agua para ayudar, en una cadena de hombros, brazos y cabezas, a hacer un puente heroico para que pasaran los del árbol a gatas, abrazados, empiernados, batidos, sucios y resplandecientes de gratitud y de alegría. El cura quiso completar la cadena cuando vio que el viejo Macario se echaba al agua y cogía, fuertemente, con su mano derecha la mano izquierda del Tío Tamarindo. ¡ La maldita sotana, otra vez, que le impedía moverse! Pero ahora don Macario lo veía, con cara de loco, a la pálida luz del alba, y le gritaba, con voz perdida ya:

–¡Usted sabe, padre, lo que le estorba para ayudar al prójimo!

El cura quedó un momento inmóvil en la zarabanda brutal del piso de la embarcación. Y luego, rápido, se sacó la sotana por la cabeza, con un solo movimiento fuerte y alegre. Quedó en pelota, cabalmente un elefante sin cola, y se echó al agua, gozoso, a carcajadas:

–Pasen, hijos de mi alma, pasen sobre este lomo indigno...

Así, durante veinticuatro horas terribles, heroicas, locas, el puerto de mi infancia, su gente pescadora, marinera, maldiciente y santa, realizó el rescate de sus enemigos de río arriba. ¿ Quién podría, si quisiera, recontar heroicidades, esfuerzos inauditos, pulmonías consecuentes, besos y abrazos, mentadas de madre y bendiciones, todo el infernal, todo el celestial barullo armado por dos pueblos que se unieron, para siempre, en el fuego eterno de la vida y de la muerte, en la aventura incomparable de la bondad humana?

Y cuando, horas después, los salvadores, más rotos, sucios y cansados que los salvados, abrían las puertas de sus casas, de sus bohíos, para ofrecer la bendita hospitalidad veracruzana, se limpiaban los lagrimones y jalaban el moco:

–Pasen, cabrones, pasen... ¡ y coman, maricones, coman mucho! Esta es su casa, pendejos. .Que les digo que pasen!

Ahora el puerto de mi infancia, aunque sigue siendo pueblo de pescadores maldicientes y santos, es un punto importante en la ruta soleada que conduce al sureste de mi amado país. Hay, de orilla a orilla de la masa de agua donde chocan el río y la laguna, docenas de hombres que trabajan en los difíciles cimientos de un puente. Y dos ferries enormes se saludan a cada rato llevando en sus enormes panzas gigantescos transportes, ágiles camionetas, lujosos coches de turistas. Más adelante la selva abre el ojo felino en Catemaco, y luego el azufre y el petróleo, y el plátano de Tabasco, y la cocina de Campeche, y el dolor de los mayas hasta caer, de pronto, en la piedra preciosa del Caribe.

Pero mi pueblo conserva sus calles de arena, sus jaibas, sus mentadas de madre, su parroquia y la torre de la alcaldía. Y las palomas. Y los chiquillos léperos.

He dejado mi coche en la ribera, sobre el asfalto hirviente, y camino hacia los médanos, recorriendo la carretera en sentido inverso, como si regresara a Veracruz. Así paso algunas calles pequeñas, humildes, donde sale una canción de un patio florido, y aparece una mulata sabrosa en un portal; y, de pronto, me topo con un niño exactamente igual al niño que yo fui. Viene descalzo, con apenas una camiseta sucia y un pantaloncillo roto. Trae en la mano derecha, ¡tan fina! el milagro de una flor de lele. Yo sigo.

Ahora tengo ante mi vista, en la pequeña altura, el panorama incomparable de las barbas del río nuestro padre. Y entro, aliviado ya del calor por las nubes moradas de la tarde, en el blanco panteón, ¡tan alegre!, que alimenta millones de cangrejos. Un lagarto de ojos esmeraldinos corre a esconderse entre la grama y deja al descubierto la tumba de don Macario, tan blanca, tan sencilla, con su placa de mármol: "A su memoria, los miembros de la Cooperativa de Pescadores que él fundó y dirigió hasta su muerte, agradecidos". A un metro nomás, pura justicia, la tumba del que fuera cura en mi niñez: "A la memoria del vicepresidente de nuestra Cooperativa". Están bien así, juntos, en sus catres definitivos, los amigos.

Me he quedado, ¿una hora, dos?, mirando las tumbas, oyendo el zumbido de los insectos, sintiendo apenas sus picaduras. Ahora alzo los ojos de viejo niño y miro un cielo dulce y allá, lejos, borrosa ya, la raya del monte. Hay un rumor de aguas cercanas que no logro situar. Y un susurro de paz. Y un son que canta en el río.

Contenido

La chingada
El parto
Don Macario
La Celestina
Un rapto
La capilla de la Virgen
Dos galanes
Una conferencia fracasada
Dos velorios
Béisbol
Otra vez la Celestina
El coronel Juan Domínguez
Monseñor
El rayo
Damián, el de la Isla
El crimen de la arboleda
Las pinochas
La gran idea
Otra boda frustrada
Los días del rencor
Diálogo en la noche
El rescate

Contraportada

Un son que canta en el río es, quizá la mejor novela de Roberto Blanco Moheno. En ella desfila una serie de personajes cuya vigorosa descripción es ya carácter estilístico del autor. La viveza de ellos; el acierto en la descripción; la naturalidad y la lealtad a la realidad, confieren a esta obra verdadera calidad estética. La exposición lúcida de las ideas se transmite al lector de manera insensible y sencilla; es decir, se trata de una novela bien concebida y bien escrita.

Los nexos entre los protagonistas y la trama son de tal naturaleza, que llegan a fundirse en un todo congruente y armónico que va, palmo a palmo, desbrozando el camino hasta llegar a un final acorde con la motivación y la acción.

De intenso sabor localista, trasciende a lo universal por la hondura humana de los actores que pueden ser ubicados en cualquier latitud y en todo tiempo sin que por eso mengüen sus significadas calidades literarias.